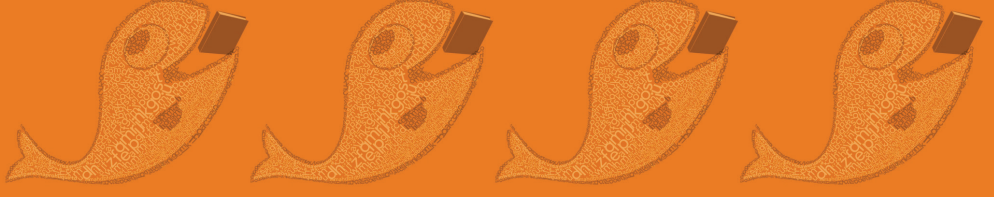
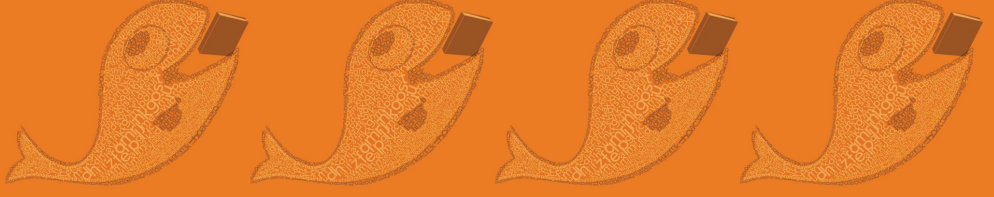
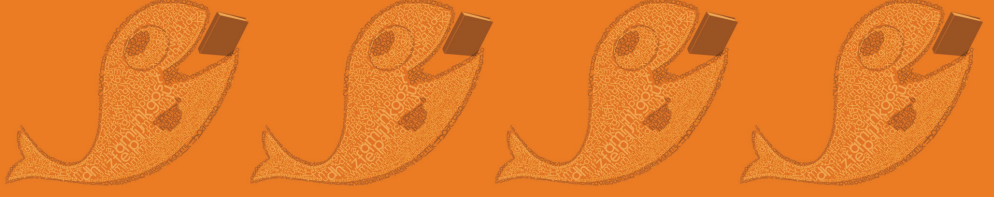
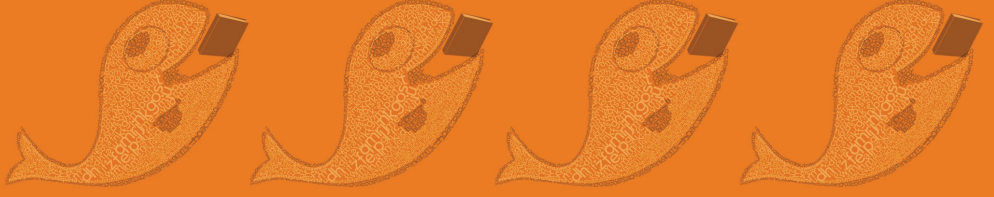
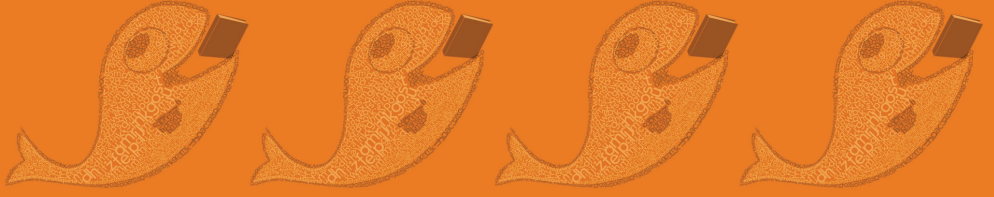
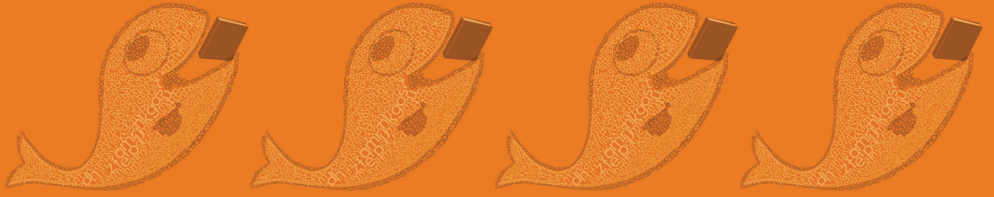
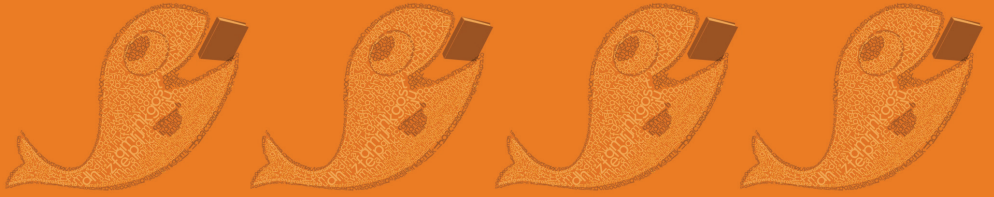
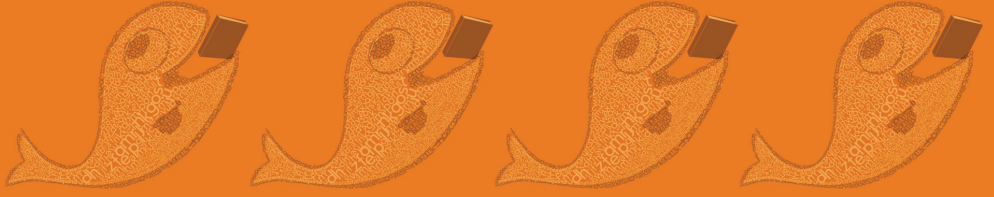
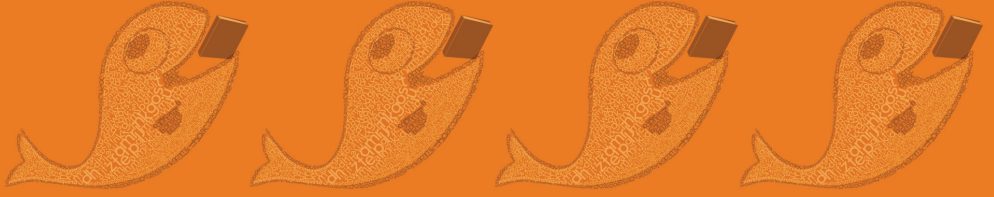
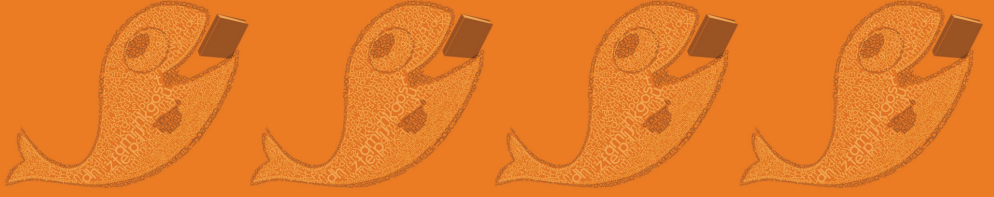
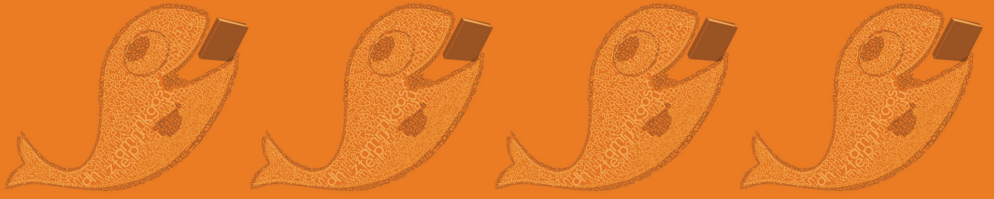


Cuentos tamaulipecos

Antología







Cuentos tamaulipecos

Antología



Cuentos tamaulipecos

©Autores varios

Primera edición 2013

ISBN: 978-607-8222-37-7

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Ilustración en portada:

Gato

Óleo sobre tela

30 x 40 cm.

Autora: Olivia Malibrán

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

Estos *Cuentos tamaulipecos* dan seguimiento al trabajo del Programa Permanente de Círculos de Lectura, el cual forma lectores mediante historias inteligentes y creativas, imaginadas por escritores locales para ampliar el panorama de la literatura tamaulipeca.

Son tantos nuestros temas que harán de este libro un amigo en tu vida diaria. Cada vez que necesites imaginar, viajar o adentrarte en tus recuerdos, él estará contigo. Los relatos que aquí se cuentan son para ti que participas activamente en los círculos de lectura, para que lo leas, lo compartas, platiques y analices, o simplemente disfrutes del placer más sano de todos: la lectura.

Carlos Acosta (1954)
Antiguo Morelos, Tamaulipas

Irse es nunca volver

para Miguel Ángel (+), Norma Silvia y Saúl
los niños de siempre.

Era el primer domingo de marzo. Yo tenía nueve años y revoloteando sobre mi cabeza un destino inasible que ese día se trozaba en dos. Desde el amanecer, aquel día fue distinto, parecía más bien un domingo de septiembre y no de marzo. Amaneció con un aironazo que había empezado en la madrugada, apenas viento suave, y ya cuando el sol andaba cielo arriba silbaba en las rendijas, daba latigazos en las ventanas, azotaba puertas y tiraba de las copas de los árboles como queriendo arrancarlos de una vez.

Por alguna extraña razón desperté antes que el sol. Tal vez un presentimiento anunciaba que éste iba a ser un día diferente. Abrí los ojos en medio de la oscura madrugada, permanecí unos minutos mirando al techo de palma de la casa y después, en silencio, salí de la cama

y caminé hacia la ventana. El aire empezaba a mover las hojas de los árboles, incipientes ráfagas de viento iban y venían, alegres, amenazantes, entre las cortinas. Siguiendo un impulso, cerré y atranqué las dos hojas de la ventana y a través del cristal seguí mirando a un punto perdido mucho más allá del portón de la casa. Luego de un buen rato, regresé a las sábanas tibias y ahí permanecí despierto, hasta que los primeros rayos de luz se dejaron ver en la ventana.

Al alba de aquel domingo, el viento ya se había desatado. Alguien, allá arriba, entre las nubes, le había soltado las bridas, lo había dejado libre como nunca en su inmemorial existencia. Y el viento, ese irresponsable, al sentirse por una vez en completa libertad, daba rienda suelta a su fuerza, a su quimera divina de estar en todo lugar a la vez, a su ansia de ir por todas partes. Por eso fue que primero se emborrachó y finalmente enloqueció de libertad. No miento si digo que, ya entrado el día, oí decir a mi abuelo que aquel aironazo era el más fuerte que en su vida hubiese visto. Era un silbido de culebra indomable entre las rendijas, eran las nubes de polvareda que hacían remolinos en la calle y ganaban cierta altura para luego azotar contra puertas y ventanas, eran los dos pinos del portón balanceándose en un baile espeluznante que amenazaba desprenderlos de la tierra en cualquier momento.

Pero el remolino no sólo estaba en la calle; también dentro de la casa había un movimiento extraño, un bullicio inusual. Desde las primeras horas de la mañana, a la luz del quinqué, mi madre empacaba ropa y

utensilios de casa en cajas de cartón; guardaba trastos de cocina, tallador de lavar la ropa, estufa pequeña y tinas de peltre en otras cajas; traía una mesa de madera y cuatro sillas. Y todo lo iba acomodando en un rincón especial de la casa. Mi padre y dos tíos ayudaban, cargaban un colchón de cama y un catre, ataban las cajas con un cordel. De pronto parecía como si el ventarrón hubiera entrado en la casa y los hubiese contagiado, porque se movían con prisa, con nerviosismo, y no sé si decirlo, pero eso me pareció, con ansiedad. Iban, venían, dame la caja de las colchas, pásame el mecate para amarrar las sillas, dónde quedaron los juguetes de los niños. Por momentos quedaban quietos y en silencio, se miraban a los ojos, o mejor dicho, ellos miraban a los ojos de mi madre, y se hacía más largo el silencio que sólo era interrumpido por el desorden, que allá afuera, causaba el viento iracundo. Luego los tíos, como asustados, preguntaban por cuarta o quinta vez a mis padres, de veras, ¿se quieren ir?

Al principio yo no comprendía. Desde la cama me di cuenta de que hoy el trajín diario de la casa empezaba más temprano que de costumbre y escuché la llegada de mis tíos en la colorada, una camioneta Ford del año cincuenta y siete que era de mi abuelo. No comprendía al principio. Luego, poco a poco, fui atando cabos. Recordé que en los últimos días, al anochecer, cuando creían que todos sus hijos ya estaban dormidos, mis padres platicaban en voz baja con los abuelos. Aquí no hay futuro, decía mi madre, tendremos que irnos. Pero a dónde, cómo le van a hacer, con quién habrán de

llegar, decía mi abuela con la voz en un hilo. Mi padre con la mirada fija, permanecía en silencio. Yo, que no dormía, me sobresaltaba.

No era que tuviese miedo a viajar. De hecho, muchas veces me había soñado en lugares distantes, en ciudades lejanas y desconocidas. Pero en aquel pueblo de lodazales en verano, de ciclones en septiembre y de temperaturas bajo cero en invierno, habían vivido mis abuelos, habían crecido mis padres y ahora nosotros pasábamos la niñez. Ahí yo tenía una madre que me amaba como nadie y un padre que cantaba en los atardeceres, dos hermanos y una hermana como pegados al pecho, un arroyo a donde ir de pesca los sábados y una escuela urbana con alguien que me quería como poca gente me ha querido en la vida: mi maestra. No era que yo tuviese miedo a viajar, pero algo dentro de mí, ahora me doy cuenta, se rompía.

Casi a media tarde todo estaba listo. El ventarrón había cesado. Un aire residual se insinuaba entre las ramas de los árboles y por la calle, tiradas aquí y allá, las hojas caídas dormían el sueño del olvido. En el portón de la casa, la camioneta ya estaba repleta con nuestras pertenencias. Mi madre, mi padre y los tíos, se veían exhaustos. La calma, en apariencia, volvía. Escribo en apariencia, porque con el paso de las horas, a medida que el aironazo fue amainando en la calle, en mi interior sucedió lo contrario: se me fue formando un remolino idéntico al callejero —ansiedad, ventisca, desasosiego— el cual amenazaba arrasar ese paisaje, que a mis casi diez años, apenas se me iba dibujando

entre pecho, garganta y espalda. Ahora lo comprendía: Nos íbamos del pueblo. Nos íbamos a vivir a una ciudad lejana y desconocida. Irse quiere decir nunca volver, ahora puedo escribirlo, entonces ni siquiera lo intuía. Sin embargo, en mis adentros, iba siendo cada vez más incontrolable, más devastador, el remolino que, paradójicamente, en la calle había desaparecido.

Irse es nunca volver. Vinieron los abrazos entre mi madre y los abuelos, entre mis padres y los tíos. Y en medio de todo, los cuatro niños que no sabíamos bien a bien qué estaba sucediendo. Alguien lloraba, no, no estoy seguro que hubiera sido yo. Pero alguien lloraba. Irse es nunca volver. Subimos uno a uno a la cabina de la colorada. ¿Quién era el chofer?, no lo veo, no alcanzo a verlo, quizá mi padre.

En el horizonte la tarde caía, era una tarde apacible. Pero alguien lloraba, estoy seguro. Luego de la tempestad viene la calma, dijo mi madre cuando ya todos estábamos en la camioneta. Irse es nunca volver. Pero dentro de mí no había calma. Ya lo dije, ¿es necesario repetirlo?, el ventarrón no se había ido, el aironazo no se ha ido madre, sólo cambió de lugar, mira, tócame el pecho, mira lo enloquecido que anda mi corazón. No ha pasado la tempestad madre, no ha llegado la calma. Irse es nunca volver.

Al primer intento encendió la camioneta. Empezó a moverse por la calle de tierra suelta pueblo abajo. Por el espejo retrovisor alcancé a ver a los abuelos, los dos pinos del portón y la casa de mi niñez, que se fueron

haciendo cada vez más y más pequeños. Poco a poco, más bien a una velocidad lenta, seguimos hasta llegar a la carretera y salir del caserío.

Allá va la colorada con una familia que emigra del terruño. Otra de las tantas familias pueblerinas en pos de la conquista de la gran ciudad. Va un hombre quien no sabe que en los siguientes cuarenta años hallará un trabajo digno como cantor, guitarra en mano, en serenatas y cantinas; va una mujer quien no imagina lo que hará, lo que significará por y para sus hijos. Van tres niños y una niña. Ninguno puede imaginar que el mayor de ellos, ¡ah!, tristeza más grande que ninguna, morirá a los treinta y siete años; que el menor será un futbolista destacado; que la niña se convertirá en madre, a su vez, de dos niñas. Y el que falta por mencionar, ese del remolino en el pecho, no sabe ni presiente que algún anochecer, poco más de cuarenta años después, con genuina alegría y dulce aflicción, intentará escribir lo que nunca olvidó, lo que partió su destino en dos, el primer domingo de aquel marzo.

Carlos Acosta (1954)

Antiguo Morelos, Tamaulipas

Y así con los ojos abiertos me encontró el amanecer

Nunca podré olvidar mi primera experiencia con una prostituta. Yo estaba por llegar a los veintiuno y ella, no sé, siempre fui un fracaso calculando la edad de las mujeres, pero veinte no tenía y cuarenta, pienso que tampoco. Su cuerpo exuberante, las pestañas muy negras, el cabello rojizo, y por increíble que parezca, su escasa palabra, eran sus mejores atributos.

En aquellos años yo formaba parte de un grupo de universitarios quienes compartíamos departamento, en el quinto piso, de un edificio en el centro de la ciudad. Sobra decir que cada fin de semana teníamos fiesta. Nunca faltó pretexto. El cumpleaños de uno, el examen salvado de otro, la ruptura de alguien con su novia, el partido de fútbol ganado o perdido. En fin, poquito quería la nube para desgranarse en lluvia. Y nosotros, lo que sea de cada quien, ángeles, aunque parecíamos, nunca fuimos.

Aquel viernes por la noche, cuando llegaron mis amigos, ya venían con ellos las muchachas. Habían escogido una para cada uno. Y venían también, hay que decirlo, ya inmersos en esa ruidosa algarabía que producen tres o cuatro cervezas. Yo me había quedado en casa por esas obsesiones que, desde entonces, ya tenía por la soledad. No esperaba aquel milagro. Por eso, cuando me di cuenta, ya todos sentados en la sala, reíamos a carcajadas.

Nunca supe quién, ni a qué horas se lo dijeron. Pero cuando abrí los ojos, ella estaba ya muy puesta, sentada a mi lado. No era una chica atrevida, tampoco frívola. Más bien parecía llevar las cosas con un encanto sereno, digamos, profesional. En grupo, al unísono, reíamos de cualquier tontería, festejábamos la mínima ocurrencia, hablábamos a gritos. El viernes era promisorio. La noche sería el paraíso encontrado.

Poco a poco, así como sucede en estos casos, el grupo se fue haciendo cada vez más pequeño. ¿Dónde están los demás? ¿A dónde se fueron? Hasta que ya casi a medianoche sólo quedamos en la sala, fantasmas cautivos, mi compañera y yo.

Habíamos hablado poco. Cuando se cruzaban las miradas, ella me tiraba una sonrisa que parecía de artista. Yo no sabía qué hacer, qué decir. Así que optaba por dar uno y otro trago a una cerveza que nunca terminaba.

No supe cómo sucedió. Creo que ni ella, con todo lo experta que aparentaba ser, tampoco logró entenderlo. Pero llegó un momento en que platicábamos como si nos

conociéramos de toda la vida. Qué se puede platicar con una prostituta, podría cuestionar cualquier hombre o incluso cualquier mujer. Pues no sé, pero aquella vez no creí, que por el sólo hecho de ser, digamos, una mujer de la calle, debería ser por fuerza, lisiada intelectual. No, y de hecho hasta el día de hoy, nunca lo he creído.

Yo empecé por decirle que no era del D.F., que apenas hacía unos meses vivía en la megaciudad, que iba en segundo semestre, soñaba ser médico y me gustaba leer poesía. Para mi sorpresa, ella no se sorprendió, no mostró ese gesto, mezcla de indiferencia y burla, que la mayoría de la gente mal-disimula, cuando confieso, así de buenas a primeras, mis obsesiones literarias.

Asentía con su cabellera rojiza y me miraba a los ojos. Yo no dejaba de hablar. Y le daba vueltas a lo mismo. Que me gustaba caminar por San Juan de Letrán, desde la estación del metro Bellas Artes hasta mi casa, que prefería hacerlo de noche, bajo la llovizna diaria de esta ciudad que no sé a ti pero a mí en cada paso me asombra. Ella escuchaba, o parecía que escuchaba.

En un momento, con toda naturalidad, encendió un cigarro. Y yo, que en aquellos días, éste era un rasgo femenino que no toleraba, en ella lo encontré, por decir lo menos, cautivante.

El silencio de la noche y la naciente madrugada le soltaron la lengua. Supe que también venía de provincia. Soy de Veracruz, dijo, de un pueblo que seguro no conoces, porque ni siquiera aparece en el mapa. El mes que entra cumpliré dieciséis años viviendo en esta ciudad. Hizo un silencio. Entonces, yo pregunté con los

ojos y ella contestó: Sí, siempre me dediqué a lo mismo. Y como mis ojos, ávidos, seguían a la espera, continuó: No te voy a venir con el cuento de la niña violada o la provinciana que no sabía qué hacer a los dieciocho. Nada de eso. Yo me metí a esto sabiendo a lo que iba y de lo que se trataba. Bueno, corrigió reflexiva, creí saber a lo que iba, creí saberlo, pero la vida siempre es más cabrona de lo que imaginamos.

Seguimos platicando. Por momentos yo hablaba sin parar y ella escuchaba mientras seguía fumando. Luego, ella hablaba y hablaba, y yo abobado no podía dejar de mirarla. Confesó no tener hijos, imagínate, yo con críos, y se rió con desfachatez. Me contó que, contrariamente a lo que mucha gente pensaba, a ella sí le gustaría tener una pareja estable, aunque siguiera trabajando en esto, pero los hombres lo primero que quieren es tenerte encerrada en la casa y hacerte un niño, y así, no.

Y así, dándole rienda suelta a las palabras, se nos fueron las horas, hasta que todo pareció indicar que habíamos agotado los temas. Entonces, sin saber cómo, y menos por qué, mis labios pronunciaban en voz alta, algo que nunca pensé decir y menos justamente, en circunstancias como ésta. De pronto me encontré diciendo, de memoria por razones obvias, textos de Antonio Machado. *¿Quién carajos me empujó a hacerlo? Dicen que el hombre no es hombre / hasta que no oye su nombre / de labios de una mujer / Puede ser.* Ella me miraba incrédula. Dentro de sí, ¿reía? Me pareció que no, pero en realidad nunca lo sabré. Pro-

seguí: *He andado muchos caminos / he abierto muchas veredas / he navegado en cien mares / y atracado en cien riberas. Silencio, ráfagas de silencio. Y en todas partes he visto / gentes que danzan o juegan/cuando pueden y laboran / sus cuantos palmos de tierra. No me dejaba de ver, no me quitaba la vista de encima. Y no conocen la prisa/ni aun en los días de fiesta / Donde hay vino, beben vino/donde no hay vino, agua fresca. Sus ojos le brillaban, mi voz ondulaba en la soledad del cuarto. Son buenas gentes que viven / laboran pasan y sueñan / y en un día como tantos / descansan bajo la tierra.*

Un silencio muy largo se interpuso entre nosotros después de aquellas palabras. Recostó su cabellera en el respaldo del sofá, y siguió fumando al tiempo que exhalaba el humo hacia arriba y su mirada vagaba perdida, en el cielo de la sala.

Luego de minutos como siglos, alcanzó a balbucear: Qué extraño... esto es de locos... ¿quién te crees que eres para hablarme así? Yo me asusté, la miré ansioso, pero no se inmutó. Sin parpadear seguía mirando al techo.

Entonces volví a tomar fuerza y ahora invoqué a Neruda: *Puedo escribir los versos más tristes esta noche / Escribir por ejemplo, la noche está estrellada / y tiritan azules los astros a lo lejos. Más silencio, ríos de silencio. Yo la quise y a veces ella también me quiso. / En las noches como ésta la tuve entre mis brazos. / La besé tantas veces bajo el cielo infinito. Ya no sigas, dijo en tono de ruego. Pero no hice caso. Puedo escribir los*

versos más tristes esta noche. / Pensar que no la tengo sentir que la he perdido. / Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella. / Y el verso cae al alma como al pasto el rocío. Que ya no sigas, insistió ahora triste. Ya no la quiero es cierto pero tal vez la quiero. / Es tan corto el amor y tan largo el olvido. / Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos/mi alma no se contenta con haberla perdido. Y antes de decir los últimos dos versos, creí ver sendas lágrimas negras resbalando en sus mejillas. Y terminé: Aunque éste sea el último dolor que ella me causa / y estos sean los últimos versos que yo le escribo.

(Silencio, otra vez tú, cuánto de ti aquella noche).

Se puso de pie como quien regresa de otro mundo. Restregó sus ojos con los dedos índice y pulgar izquierdos, quizá ahuyentando el sueño, el llanto o un tropel de visiones antiguas, no sé si lacerantes, tercas en regresar.

Miré mi reloj de pulso, eran las cinco de la mañana. Entonces, con presteza, hizo un ritual, creo que para ella muy frecuente: se ajustó el vestido, bajó un poco la parte de la falda, subió otro tanto la blusa y reacomodó su escote. Luego caminó hacia el ventanal sin cortinas y miró a lo lejos como buscando algo en lo oscuro de la madrugada.

Yo permanecí sentado, y ahora sí de verdad, sin palabras. Ella regresó y quedó de pie frente a mí. No me debes nada, dijo dejando en mis ojos lo sutil de su mirada, ya me arreglé con tus amigos. Tomó de la mesa de centro un pequeño bolso morado, que supuse

le pertenecía, y se alejó rumbo a la entrada del departamento. Abrió la puerta y antes de salir sus palabras subrayaron el adiós. Y no te preocupes, a ti también te olvidaré.

Permanecí dos o tres minutos más en el sofá. Luego, movido por un impulso desconocido, me puse de pie y fui hacia el ventanal. Con los ojos la busqué... y la encontré. Era una silueta que por la acera de enfrente caminaba segura y presurosa. La seguí con la mirada hasta que dobló en la esquina. Volví sobre mis pasos y me dirigí a mi cuarto, entré, y así como estaba, vestido, me dejé caer sobre la cama. Lo intenté, juro que lo intenté, pero no pude dormir. Y así, con los ojos abiertos, me encontró el amanecer.

Rolando Aguilera (1973)

Sombrerete, Zacatecas

Ellas

Laura desliza lentamente una mano sobre la pierna de su amiga, por debajo del mantel, en el restaurante nuevo donde se encuentran cenando. Carmen permanece con el rostro impassible, a la vez pone la suya encima de aquella que la acaricia cada vez más cerca de la entrepierna, haciendo a un lado la falda negra estampada. Ajenas, las amigas con quienes comparten la mesa continúan conversando. No es la primera vez que ocurre. Cuando se conocieron tiempo atrás, en la preparatoria, sus novios eran grandes amigos y ellas meros accesorios para acompañarlos. Ellos platicaban ignorándolas, acompañados de cerveza y unos odiosos cigarros sin filtro. En esa ocasión Laura no dejaba de observar a Carmen. Tiempo después le confesaría que nunca había hecho algo así, pero tampoco había conocido una mujer tan hermosa. Carmen volteaba a ver a su novio angustiada, le daba pena que notara la

insistente mirada de Laura, o la descubriese halagada por ello, como si él pudiese adivinarle el pensamiento. En la siguiente reunión, Carmen se acercaría a Laura para iniciar una plática inocente, casual, tratando de disimular lo mucho que le gustan esos ojos sacados de una revista de moda. Los muchachos, enfrascados en un reñido juego de dominó, ignorarían ese sutil cortejo llevado a cabo en el sillón. En adelante todos las conocerán como grandes amigas.

A Carmen y a Laura se les ve juntas, estudian la misma carrera, en el mismo salón, comparten los fines de semana que no ven a sus galanes, comen en la cafetería de la escuela, ven películas en el cuarto. De visita duermen en la misma cama, como hacen las buenas amigas. Ni papá ni mamá lo verían con malos ojos. Un día, contando chismes sobre sus novios y con una televisión encendida generando un ruido de fondo, se encuentran riendo a carcajadas extrañamente cerca, muy cerca una de la otra, la nariz casi tocándose, así permanecen largo rato, indecisas, viéndose a los ojos entre dudosas y anhelantes, pensando que si se atreven a dar un paso más difícilmente podrán dar el de regreso. Pero mamá toca la puerta, el desayuno está servido y las esperan en el comedor. El encanto se rompe. Ellas se alejan, levantan y visten pretendiendo que nada pasó, pero ahora salen tomadas de la mano como si llevaran años haciéndolo. Ahora será común verlas así. Qué buenas amigas son, dirán los demás. La próxima semana será cuando sus labios se conozcan por fin.

Mientras Carmen guía la mano de su amiga con cadencia y el mesero toma la orden a todas, rememora cómo Laura acostumbraba dejarle mensajitos en la mochila. “Te extraño” o “Nos vemos donde siempre”, se convirtieron en contraseñas cotidianas. Con el tiempo decidiría esconderlos pues algunos vendrían acompañados de un pequeño pero revelador corazón rojo. Ir de compras, al cine, a tomar café, a los conciertos juntas, luego comenzarían las pintas de la escuela, los viajes de estudios inexistentes, la piel impregnada en la piel en un motel en la orilla de la ciudad. La primera vez Carmen observó a Laura dormida a su lado, satisfecha; encendió un cigarro, tenía poco de haber empezado a fumar, debe ser que lo prohibido sabe diferente. Mejor. Ella buscó una frase para explicar su relación sin lograrlo. Es difícil definir algo cuando no hemos aprendido las palabras para hacerlo. En cambio contempló esa espalda desnuda que se ofrecía ante sus ojos, pensando temerosa y emocionada en un futuro juntas. Aquellos eran buenos tiempos, ahora ya no lo son.

Laura retira la mano. El mesero trajo ya los platos y se disponen a cenar. Sus vidas tomarán rumbos distintos cuando salgan del restaurante. Laura rumbo a la capital, en busca de un sueño que los caminos empedrados de esa pequeña ciudad no le pueden ofrecer. Esta sencilla reunión es la fiesta de despedida y el festejo por la graduación de todas. En cambio Carmen permanecerá ahí. Las señoritas deben quedarse, dice mamá, hasta que vengan a pedir su mano y salgan ves-

tidas de blanco. Hace unos días su novio se lo explicó: los hombres no suelen esperar hasta estar casados, pero Carmen dijo no, de momento. Sospecha que más adelante la pedirá en matrimonio y no está segura de cómo responder, o más bien sí, aceptar desde luego, como debe ser. Los novios se conocen, conviven, se casan y tienen hijos. Sabe también que debería estar contenta por su amiga, pero no es así, de todas formas la abraza como las demás y le desea lo mejor. Carmen quiere decirle algo a Laura, pero no lo hace, ni tendrá oportunidad de hacerlo. Cuando lo ha intentado se le quedan las palabras atoradas en la garganta, como el sollozo callado que emitirá la noche cuando por fin acceda a las súplicas de él, tres meses después, en una cama espaciosa, en un hotel caro en el centro de la ciudad, en unas sábanas blancas que le recordarán, sin poder evitarlo, al envoltorio de los muertos.

Marisa Avilés (1963)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Mis zapatos

Cada etapa de mi vida está marcada por un par de zapatos. Los blancos de charol como base apenas, casi adorno de mis primeros, dudosos pasos. Luego los ortopédicos, negros y pesados, con los que enderecé la pisada, la postura y que me servían de proyectil ante el ataque de cosquillas de mi hermano mayor. ¡Qué puntería la mía!

La boleada era la tarea de cada tarde: revisar los zapatos, desatarlos, limpiarlos, volver a atarlos. Debo confesar que pocas cosas me han retado tanto y me han hecho ver tan torpe, como el cotidiano rito de amarrar las agujetas. Tenía seis años cuando mi padre le pagó cinco pesos a un vecino, hijo de una familia amiga, para que me enseñara el modo de amarrarme los zapatos. Después de una lección, que duró menos de dos minutos en los cuales lo intenté varias veces, con activa voluntad en el empeño. Cuando se fue el “instructor”

me encerré sola en un cuarto, traté, retada hasta las lágrimas. Hice un rizo con la cuerda derecha, uno con la izquierda, lo pasé por abajo y lo jalé para que apretara. Esa fue la manera más fácil de hacerlo, aunque se hiciera un nudo grueso, pero eso fue lo mejor que aquél día pude lograr. Después aprendí la manera tradicional de hacer circular la cuerda izquierda sobre el círculo formado por la derecha. ¡Pocos logros me han llenado tanto de satisfacción, como aprender a amarrarme los zapatos!

Los choclos negros de primaria, los que lustraba en la parte de atrás de la calceta blanca que cubría el chammorro, al son de la Marcha de Zacatecas cada mañana, cuando la madre superiora revisaba la presentación de las alumnas. Cada grado era una larga fila, por orden de estatura; íbamos por turnos en la coreografía de la boleada clandestina.

Con la energía del deporte, llegaron los tenis para entrenar atletismo, para jugar basket; para jugar. Después “los picos” para correr, para saber que podía impulsarme sola, acelerar el pulso y competir, lograr ganar o lograr perder.

En secundaria, se incorporaron los tacones. La coquetería hecha torpeza y vanidad. No puedo creer que haya sido capaz de usar, durante casi diez años, esos tacones de casi quince centímetros. El equilibrio hecho martirio. “La cosa es fácil —decía para convencerme— me paro muy segura, veo y ubico el lugar a donde quiero ir; sobre una línea imaginaria camino recta y relajada. Estirada, derechita que la belleza está en el

movimiento”. Así, avanzaba hasta llegar a mi lugar de destino. Entonces, soltaba la tensión que provocaba el muelleo de mis tobillos.

A la par de los zapatos, el complemento para usarlos. Tiempo de calceta, de calcetón, luego llegó el tiempo de las medias. Toda la envoltura para el cuidado y la ocasión.

Es curioso, hay situaciones de las que recuerdo los zapatos que traía. Quizá ni siquiera me acuerdo de las conversaciones, pero sí de mis zapatos. Me completaban: eran mi base, las naves en que me desplazaba, eran el *mood*, el estilo y hasta la altura.

De la segunda época de mi vida, se me nublaron los recuerdos de mis zapatos, quizá porque me puse a pensar en las ideas, hasta lograr proyectarme un futuro. Los zapatos volvieron a definirse claramente hace algunos años, ahora más perfilados por la actividad, que por el estilo o la moda.

Cuando no los calzo, mis pies juegan, bailan, se liberan. Están de recreo, sin su cubierta y protección, sin armadura, sin corteza.

Chanclas, pantuflas, huaraches; mocasines, tenis, botas; choclos, sandalias, botines zapatillas; broches de velcro, de agujetas, de hebillas; altura de piso, de plataforma, de tacón.

Quizá una de las principales señales de mis cuarenta, es que empecé a elegir los más cordiales y cómodos, para poder caminar sin percibirlos. Que nada apriete nada, la maravilla de la madurez.

Esa presencia imperceptible que me calza, es ahora mi base, la plataforma sobre la que me erijo y declaro mi sostén en esta tierra.

¿A cuántos caminos me han llevado mis zapatos?, ¿cuántos pares de zapatos he tenido en mi vida?, ¿quién calzará mis zapatos cuando tomen su propio camino, sin mi ritmo, sin mi destino, sin mi pisada?

Aarón y Octaviano Camacho

(1912-? y 1916-?)

Tula, Tamaulipas

Del compadre creyente y del no creyente

Había dos señores aquí en Palmillas que eran compadres; uno se llamaba Irineo Hernández que ya falleció y otro se llamaba Florentino Silva que también ya falleció. Estos señores se seguían mucho, se estimaban, eran paisanos y compadres y salían a buscar el ganado o a algún mandado por ahí a un rancho, y uno y otro se acompañaban.

Cierta vez iban para ciudad Ocampo y en el camino empezaron a platicar. Uno de ellos era muy anti-religioso y el otro no. Iban platicando:

—Oiga compadre, usted es muy religioso —comentó uno.

—Sí, compadre, yo sí.

—¿Usted cree en la virgen? —insistió el compadre.

—Sí, cómo no, yo creo en la virgen —contestó el creyente.

—Y, ¿en qué virgen cree? —dice.

—En todas —contestó—. Claro, vírgenes no hay muchas, nomás es una, que es la Virgen María bajo varias representaciones, pero como decía yo, en todas creo.

—Bueno, pero en ¿cuál cree más? —preguntó insistiendo el compadre.

—Mire compadre, pos como vamos cerquita de la Virgen del Contadero, pos yo creo mucho en ella.

—Bueno compadre ¿usted cree que esa virgen tenga poderes extraordinarios? —preguntó el antirreligioso.

—Sí, compadre, ¡Pos cómo no!, ¿usted qué dice?

—¡No! pos la virgen no tiene ninguna cosa extraordinaria, ningún mando; ningún poder; esa es cosa suya compadre —señaló— no ande creyendo usted esas cosas.

—¡Ah, compadre!, cómo no —contestó el creyente.

—Bueno y ¿usted me puede demostrar que de veras tiene poder? —preguntó el compadre.

—Sí compadre, sí se lo puedo demostrar, y ¿usted me puede demostrar que no tiene poder?

—Sí —respondió— yo también le puedo demostrar que no tiene poder.

—Bueno, pos “pal baile vamos” al fin de que vamos a pasar el Contadero y entonces allí vamos a hacer la prueba, bueno pos ¡dele al macho, compadre!, ¡dele!, y no se me quede.

Van los compadres plática y plática de todo, de los problemas de la familia, del campo y de su pueblo. Ahí van los señores, se oye el chasquido de los cascos de

los caballos en las veredas pedregosas con rumbo al Contadero. Cuando iban llegando, el señor Florentino Silva le dice al señor Irineo:

—Mire, ya vamos a llegar al Contadero y ¡alístese!, le voy a probar que la virgen no tiene ningún poder. Anda usted muy equívoco compadre y se lo voy a probar.

—Bueno compadre, pues que bueno, vamos a ver —contestó Irineo.

—Pos vamos a ver —dijo.

Y ahí van ¡chas! ¡chas!, varazo y varazo a los caballos. Ya por la tarde se divisaba el lugar.

—Yo no sé al Contadero, he pasado cerca, pero no sé; dicen que es una montaña, hay una subida, por ahí se sube por esos caminos pedregosos y ásperos —al fin llegaron. Y no iban a pasar exactamente por donde está la virgen, pero para hacer la demostración uno y otro, dijeron: “vamos a llegar a onde está la virgen; sí, sí llegamos, precisamente allí enfrente de ella para hacer la demostración”.

Cuando llegaron al paraje de la Virgen del Contadero, subieron y llegaron.

—Bueno, pos me va a demostrar que no tiene poder —dijo Irineo.

—Sí compadre le voy a demostrar que no tiene poder —contestó el compadre—. Mire, ora lo verá. ¿Sabe lo que voy a hacer? Voy a hacer una necesidad en la virgen, y si tiene poder, no me va a permitir que haga eso, pos fijese nomás, es la virgen de su devoción y ella no lo va a permitir; usted lo permitiría porque no tiene el poder, pero según usted, la virgen tiene mucho po-

der y lo va a evitar. Vamos a ver cómo no tiene ningún poder!, porque va a permitir que yo lo haga —aseguró el compadre Silva.

—Bueno compadre, pos empiécele.

El señor empezó a soltar sus ropas, estaba en eso cuando el otro que era el religioso, sacó una pistolota y se la apuntó.

—Si usted hace esa necesidad aquí, ahí se queda sentado, compadre —dijo.

El otro se da la levantada pronto.

—No, compadre, pos éntrele, haga su necesidad, ¡ánde! —le decía el compadre creyente— pero usted sabe que ahí se muere, ahí se queda sentado arriba de la virgen —le respondió el otro.

—¡No, compadre! ¡No, compadre!, usted deveras que lo toma en serio.

—No, pero usted también lo está diciendo en serio.

Y el señor antirreligioso, al ver que su compadre estaba decidido a jalar el gatillo, tuvo miedo, y se empezó a abrochar su pantalón, ponerse sus ropas convenientemente y se levantó.

—¡Quihubo compadre!, ¿no dijo que lo iba a hacer?

—No, pues usted me apuntó con la pistola —le contestó el otro.

—Pues es el poder de la virgen —le decía el señor religioso— ella se valió de mí como instrumento, me escogió a mí como instrumento, para que yo ejerciera esa actitud, por eso fui inspirado por ella para demostrarle que sí tiene poder.

Y el otro dijo:

—Oiga compadre, pues así, sí me rindo.

—¿Pues no dijo que lo iba hacer?, ¡ya ve como no lo pudo hacer! Ahí está la inspiración de la virgen, yo luego luego lo mato ahí, pero ella no lo iba a permitir.

Así se sentía el compadre religioso, él estaba influenciado por el poder de la virgen.

—¡Quihubo compadre, qué me dice, cómo ve!

—¡Oh, compadre! Esta sí me la ganó, deveras.

—Vámonos para Ocampo de vuelta.

—¡Ándele! compadre vuélvase hacer, a ver cómo le va.

—¡No' hombre compadre!, ya no lo vuelvo hacer.

Arturo Castrejón (1980)

Cuernavaca, Morelos

Una historia cotidiana

A la hora de dormir, como todas las noches, mamá me contaba un cuento.

—“Entonces el murcielaguito Huey Cabooby fue abofeteado por la vaca Holstein que acababa de morder...”

—Mamá, ese cuento me aburre.

—Bueno Laurie, cariño, ¿qué historia te gustaría escuchar esta vez?

—La del simpático hombre de Transilvania.

—No, no, tu tío Vlad Tepes ya está fastidiado de ser una fábula viviente. Tú sabes como sufre el pobre, no puede salir de su castillo, porque inmediatamente brincan los paparazzi de entre los arbustos para retratarlo y solicitarle entrevistas en vivo. No podemos nosotros, los de su propia familia, propiciarle un disgusto.

—Pero mamá, tú siempre dices que debo conocer bien la genealogía familiar.

—Si eso quieres, voy a llamar a tu abuelita Mary para que platiques con ella un ratito.

—No mamá, no es necesario.

Mamá pareció no escucharme y salió de la habitación convocando a la abuela. Yo no quería verla, mucho menos conversar con ella, porque desde hace siglos sufre de insomnio y le encanta hablar. Es muy aburrida y con frecuencia pierde la noción del tiempo. Baste saber lo que le pasó al abuelo el día que le preguntó la fecha de su aniversario nupcial. En esa ocasión, ella aprovechó para hacer un detallado resumen de los cinco siglos transcurridos juntos. Papá Franz, como buen caballero inglés, no se atrevió a interrumpirla. Hasta la fecha no sabemos si el abuelo murió de aburrimiento o de inanición. Antes de poder esconderme en el clóset escuché la voz cavernosa de la anciana.

—Buenas noches, Laurie.

—Buenas noches, abuelita.

—Qué bueno que tienes ganas de platicar, le contaba a tu mamá que hoy he recordado cosas preciosísimas. ¿Recuerdas la noche en que brotó tu primer colmillito?

—Esa historia me la has dicho como ochenta y cuatro veces.

—No importa. Me sé muchas otras historias. ¿Ya te platiqué del día en que tu mamá desenterró solita a un muerto?

—Sí, por supuesto que sí.

—Seguramente no sabes la anécdota del señor pasado de copas que me dedicó una bebida, poco antes de que lo incorporara a mi coctel...

—Sí, ya sé todo lo que ocurrió con el Bloody Mary.

—Entonces tendré que remontarme más al pasado.

Voy a hablarte de un pretendiente que tuve cuando yo era muy joven. Nosferatu era simpático, y aquí entre nos, hasta buen mozo, lástima que siempre se manifestara tan glotón. Sólo se le ocurría invitarme a cenar. Nunca me invitaba nada más. Por eso, si algún día sales con un Nosferatu, recuerda lo que te he dicho. Mientras beba sangre todo estará bien, pero si falta su bebida predilecta, él se pondrá pálido y de mal humor. Nadie puede sostener una relación normal con un Nosferatu.

Abuelita siguió hablando de los temas más diversos. Me dio recetas de cocina. Me aleccionó en el arte de conseguir pareja y citó la importancia de no relacionarse con nadie que prefiera dormir en la tierra de su tumba original. “Son tipos muy inseguros”, dijo la abuela.

—Mira lo que le pasó a tu prima Langsuir, la pobrecita tiene que trabajar, porque nunca encontró un buen demonio que la hiciera feliz. Ahora vive en una iglesia derruida y sólo sale para chupar la sangre de los niños que se alejan de la aldea cercana. ¿Ya te dormiste? Creo que estás cansada, ya me voy, además falta poco para el amanecer. Ojalá sueñes que te entierran viva.

—Usted también.

—Descansa en paz.

—Igualmente.

Se fue antes de que me atreviera a romperle el cuello. Es una lástima, porque ya no tengo sueño. ¿Qué haré para entretenerme?, tal vez salga a dar una

vuelta por el parque, pero no tengo hambre. Debiera buscar al abuelo Franz. No, no soporto su silencio. ¡Ya sé!, voy a jugar con Susanita. Ella no era precisamente mi amiga, acostumbraba ofenderme. Me llamaba “injerto de vampiro”, “colmillos” y otras cosas menos agradables. Durante mucho tiempo la ignoré, porque mamá siempre me ha dicho que no es bueno pelearse con los conocidos, sin embargo no pude hacer otra cosa, el día en que Susana Windcox me encontró en el salón de clases merendándome a mi exmaestra de gramática, la señorita Highgrove. La estúpida armó tal escándalo que no tuve más remedio que hincarle el colmillo también. La hubiera dejado en la escuela, pero me dio lástima verla tan muerta, por eso la traje hasta mi casa. Lo malo es que no me dejan tener cadáveres en mi habitación, aunque escondida debajo del ataúd de mi abuelo ha pasado inadvertida y la saco a hurtadillas cada vez que quiero que juegue conmigo. Ahora nos llevamos muy bien.

El único inconveniente es que tiene una mueca que me desagrada. No he logrado quitársela a pesar de haber probado varios cosméticos en lo que queda de su rostro. Bah, suena aburrido. No me fastidia con frecuencia, casi siempre sé cómo pasarla bien. ¡Hay tanto que hacer en mi casa!, bueno, también hay otras cosas que me gustan. Me fascinan las excursiones de las girl scouts por los bosques cercanos a mi casa, adoro las clases de francés y tocar el saxofón. Lo único que no me gusta es la escuela. Allá me aburro porque casi no tengo con quien hablar, aunque me frecuente tanto

el tarado de Tommy Higgins, quien dice estar enamorado de mí. Ja, ja, mejor me voy a dormir, porque se me ocurre una idea. Mañana invitaré a Tommy a jugar conmigo y Susanita. Es un idiota muy feo, pero se ve saludable. Quizá lo tonto no le quite lo apetecible.

Buenas noches.

Graciela González Blackaller

(1922-2011)

Saltillo, Coahuila

El enigma del consultorio

Carlos miró a los demás pacientes. Ellos también lo miraron y de inmediato estableció una relación de antagonismo entre él y los otros. La única oportunidad de sustraerse de los seis pares de ojos que lo contemplaban era refugiarse en aquel cuadro que colgaba de la pared del consultorio del doctor Tirado.

Era un paisaje. Unas coníferas, buscando el cielo, parecían almas del purgatorio; un camino que se perdía en una curva le sugirió el adiós postrero; sobre el camino, la figurilla de una mujer se alejaba; el toque del pincel daba movimiento a su falda y no podía vérsela la cara. Carlos formuló mentalmente un deseo:

“Ven mujercita, no te vayas.”

Cuando salió del consultorio, tropezó dos veces. Tenía en su mano la receta, constancia firmada de que su mundo se había agrietado. Algunas palabras del médico, sin embargo, eran esperanzadoras; y a ellas se

aferró. Las recordaba y acariciaba noche y día, mientras en su fuero interno dominaba el impulso de mandar todas las medicinas al diablo.

Llegó el día de la segunda cita. Había cumplido las instrucciones del doctor al pie de la letra. Llevaba en su cara la sonrisa de un niño que se ha portado bien. Los síntomas de la enfermedad habían desaparecido y él empezaba a recuperar la alegría de vivir. Mientras esperaba que el doctor lo atendiera y aunque esta vez no había ojos que lo contemplaran, se sumergió en la observación del cuadro. Le gustó el paisaje, le pareció perfecta la combinación del verde de los pinos y el color amarillo del pasto seco del borde del camino. La joven campesina de la falda azul venía presurosa con una sonrisa fresca que lo cautivó. Carlos musitó:

“Ven mujercita, ven.”

Ahora no tropezó al salir. Las noticias del doctor eran buenas. Los temores salieron de su pecho como palomas liberadas. Para que su salud se restableciera completamente, sólo tenía que seguir algunas indicaciones, y por supuesto, cumplir con el tratamiento impuesto. Las buenas noticias lo mantuvieron despierto esa noche. Repasaba cada uno de los momentos de ese día para saborear su nuevo estado de ánimo. En ese afán, fue a dar al consultorio, y de ahí, al cuadro. Sí, era un bello paisaje. Todo el conjunto daba sensación de paz; la mujercita que venía por el camino era la imagen de la vida. ¿Venía?

Dio cuerda hacia atrás al reloj de su memoria y se detuvo en la primera visita. Hubo confusión en sus

ideas. El hombre se inquietó, pero el sueño rasguñó sus párpados y no alcanzó a precisar nada.

Pasó el tiempo y la vorágine de la vida lo envolvió. Los días se amontonaban y no supo cuándo se olvidó del tratamiento médico. Cuando tuvo conciencia de ello fue porque sus males se presentaron de nuevo y lo obligaron a guardar cama. Su lecho de enfermo empezó a ser visitado por sus amigos, y aunque le hablaban de un pronto restablecimiento, adivinaba una carga de lástima en los ojos. Ya no quiso recibir a nadie. Desconfiaba, respondía con monosílabos y gruñía siempre.

Comenzó a sospechar que sus familiares le ocultaban algo, porque hablaban en voz baja y sus preguntas quedaban en el aire.

Fue haciéndose costumbre que lo cuidara una persona constantemente. Se turnaban y esa cadena de ojos y manos se le hizo insoportable. Le ocultaban algo grave y la duda lo atormentaba. Durante sus noches de insomnio, con la mirada fija en el techo, repasaba otra vez el proceso de su enfermedad; de esta manera llegaba al consultorio del doctor Tirado. De pronto, un día se hizo la luz. En el paisaje del cuadro estaba la clave. Le eran familiares los pinos, las pequeñas nubes desteñidas, el camino que se perdía en la curva y la frágil mujercita con su falda azul. Ella era la clave ciertamente. No estaba loco ni se figuraba cosas. Con claridad aparecían dos imágenes distintas; una, cuando fue por primera vez al consultorio, la muchacha se alejaba por el recodo del camino, esa era el anuncio de la muerte. En la segunda imagen, la joven venía hacia él

con su fresca sonrisa, era la señal indicadora de vida. Esa era la verdad. El secreto estaba en el cuadro.

Decidió ir al consultorio. Pacientemente esperó día tras día un descuido de sus guardianes. Estaba más desesperado que nunca, cuando se quedó solo. Se vistió con gran prisa, haciendo esfuerzos que lo hacían jadear y sudar, las piernas le temblaban. Salió de la casa subrepticamente y como borracho perdido cruzó las calles.

Cuando llegó al consultorio, respiró profundamente para serenarse. En ese momento apareció el doctor Tirado. Carlos le contó la historia que había forjado. El médico comprensivo, trató de calmarlo:

—Amigo, hace tiempo compré esta pintura. Me gusta y la contemplo a menudo; le aseguro que la muchacha siempre está en la misma posición. ¡Véala!

El enfermo levantó la cabeza y miró. Sus ojos se agrandaron; los músculos de la cara envejecida se contrajeron y el llanto ahogó sus gritos:

—Se ha ido doctor, no la veo. Se ha ido, doctor.

Desde el camino, bajo las coníferas, la muchacha del cuadro sonreía.

Norailiana Esparza (1978)

Coyoacán, D.F.

Gotas de invierno

Era una tarde tibia, en el pueblo aquel al que había llegado a trabajar. Las horas pasaban lentamente agónicas. Con este panorama, la nostalgia me encontró cuando escuchaba una vieja canción de Roberto Carlos.

Sin desearlo, las lágrimas resbalaron cobardes por mis mejillas. Era increíble, cómo después de tanto tiempo, aún dolía evocar recuerdos de la lejana niñez, cuando mi padre tuvo que emigrar a los Estados Unidos, orillado por la precaria situación económica que sólo nos permitía comer frijoles llenos de gorgojos y tortillas caracterizadas por su desagradable olor y sabor a troje, alimento otorgado como favor de un programa de esos que se jactaban de beneficiar a las familias.

Crecer sin él, sin sus borracheras cotidianas, golpes e insultos a mi madre y hermanos, era como respirar aire puro. Por otro lado, a los diez años de edad, mi madre se empeñaba en hacerme una buena ama

de casa... —“Para que cuando te cases, si tu marido te golpea por no hacer bien tus quehaceres, no me vayas a culpar”—. Sí, eso pensaba ella, cuya existencia giró en torno a las necesidades de mi padre y hermanos.

Crecer sin él, era cruelmente liviano, ya que esto significaba pasar los días sin zozobra, sin la angustia provocada por su presencia; además, podía con libertad trepar árboles, jugar con el menor de mis hermanos, lo cual era estrictamente prohibido, “las mujeres no deben jugar con los hombres”, decía. Así, entre las aprensiones de los dos, transcurría la infancia. A los diez años, mis prioridades eran otras, los cuadernos de dibujo, mis sueños, me gustaba divagar suponiendo que era una princesa de los cuentos de Walt Disney, de los cuales tenía una colección; los tejidos y bordados impuestos por ella me agobiaban a más no poder.

Entre estas trivialidades, el recuerdo de mi padre iba tomando forma en mi desobligada memoria, pues su partida había sido una especie de liberación... y por supuesto nadie pensaba en él.

No sé cuanto tiempo transcurrió entre veranos lluviosos, noches iluminadas por una especie de mechero que usábamos para alumbrar y despedía un humo negro y espeso con fuerte olor a petróleo, pues no había luz eléctrica. Una vieja radio de pilas era mi distracción nocturna, cuando había luna —siempre hermosa— en el patio me echaba sobre un montón de tierra y recostada con los brazos bajo la cabeza, pasaba horas embelesada observando ese inmenso cielo claro cubierto de estrellas, el aire fresco me llenaba de me-

lancolía por mi padre, mientras las nostálgicas notas de algunas canciones, incluso la que esa tarde me había hecho llorar, me hablaban de su ausencia.

Y pensaba *¿en dónde estará papá? Ha pasado mucho tiempo y no vuelve... ya quiero que esté aquí.* Al parecer era la única que lo echaba de menos, con razón justificada: él me tenía cierta preferencia, ya que después de cuatro niños, deseaba una hija, yo fui la primera niña y conocía su inclinación por mí, pese a la cual, debido a su carácter no me otorgaba muchos privilegios.

Los meses siguieron su camino y mamá no recibía noticias de él. La situación económica empeoraba. Un día no quedó más remedio y mis tres hermanos mayores se fueron a buscar trabajo en la pizca de algodón y frijol soya a un lugar lejano. En algún momento pensé que los tres hijos menores los acompañaríamos, que nadie se quedaría en ese lugar perdido entre el monte, al que nos llevaron a vivir después de pensar que la Ciudad de México, en donde estuvimos antes, no era propicio para crecer.

Pero no fue así, de tal manera que quienes nos quedamos, con mucho miedo y poca comida, pronto éramos unos “arrimados” en casa de la tía Catalina, que no permitió cumplirse el refrán de “el muerto y el arrimado...”, pues al segundo día ya tocábamos la puerta de la abuela, esa vieja de mente sucia y mala voluntad reflejada en sus expresiones al hablarnos “muchacha, ¿cuándo va a regresar su madre?...”

Con tanta angustia como piojos en la cabeza, lo menos que esperábamos de ella era un esbozo de cariño, sin embargo se concretaba a decirnos que esos animales que colonizaban nuestras cabezas eran sinónimo del abandono de nuestros padres, lo cual obviamente, oprimía nuestros tiernos corazones haciéndonos llorar.

Cuando mi hermanita, mi hermano y yo, con esos pocos años a cuestas decidimos no depender más de nadie, regresamos al remedo de casa en que vivíamos, construida con varas, lámina ruidosa y fría como nuestras pequeñas almas, en la que el aire y la lluvia nos calaban hasta los huesos. Cocimos frijoles —no había más— hice tortillas, pusimos en orden las tablas que servían de camas, dejamos limpio y mojado el piso de tierra, y como si lo supiéramos, mamá regresó después de dos semanas de ausencia... sólo para ver cómo estábamos y dejarnos cincuenta pesos, una gran frustración y una cantidad inmensa de lágrimas, en la que nos hundimos tres días después, quedando solos nuevamente.

Así transcurrieron las semanas que se me antojaban siglos. Al terminar la temporada del frijol soya y el maíz, ella y mis hermanos volvieron con poco dinero, pues el trabajo era mucho, pero la paga raquílica, tal como toda paga efectuada por los agraciados del sistema. Regresábamos al mismo punto, tal como si fuese el día anterior, distinto apenas por el cambio de clima y la amargura que había cubierto el rostro de mi madre.

Llegó el mes de marzo, entonces las lluvias eran frecuentes y una mañana en que el arco iris atravesaba

el cielo, cuando la esperanza casi había muerto y el vocablo “papá” desaparecido, lo vimos llegar por una brecha de anhelos transitados por la necesidad. Venía descalzo y lleno de lodo hasta las rodillas, cargando un veliz de color verde muy pesado, en el que supusimos encontrar la explicación de tan prolongado mutismo.

Era un hombre diferente, hablando palabras extrañas que nadie entendió: “mai guaif, mai famili, aiam jir”, eso dijo.

Parecía contento. Nosotros, todos los abandonados, estábamos confundidos. Nosotros que tanto esperamos ese momento, quedamos estupefactos, quizá por suponer improbable el regreso después de tanto tiempo, de tantas carencias emocionales, materiales y de tantas historias de familias abandonadas por los “emigrados”. Transcurridos algunos minutos, reaccionamos como lo ameritaba la ocasión; abrazos fríos, besos huecos, lágrimas rabiosas disfrazadas de júbilo; los reproches quedaron como siempre, almacenados en el fondo de la resignación.

Pasaron los días. Poco tiempo después de su regreso, mi madre volvió a su característico servilismo —tal vez era lo que los dos extrañaban— él a sus cotidianas borracheras y mal humor.

Volvió y tras de sí, los gritos, las maldiciones, los golpes, la zozobra... las ganas de que se fuera nuevamente...

La economía mejoró, se compraron máquinas trilladoras para levantar las cosechas, camionetas, tractores, todo lo que ellos, los hombres necesitaban. La

casa era la misma, pues papá navegaba con un torpe adagio del abuelo: “hacer casa y amansar potro, que lo haga otro” —decía— y mi madre no se hizo acreedora a limpiar por lo menos una casa decente; cuatro remedos de cama en un solo cuarto, hacinamiento... En fin.

La adolescencia llegaba sin avisar y sin la mínima instrucción pues a mamá le daba vergüenza hablarnos de “esas cosas”. Después de la primera menstruación, que dicho sea de paso, para nadie pasó desapercibida, llegó el asedio y la sentencia de alejarse de los hombres, pues según mi padre y hermanos, sólo se acercan a las muchachas para embarazarlas, por lo tanto, ¡ay de mí si algo pasaba, tenía que cuidar la honra de la familia!

Vino también el ruego a papá para que nos permitiera seguir estudiando. Con catorce años encima, apenas recibí instrucción comunitaria, tenía mi certificado y todas las ganas del mundo de continuar, sin embargo, él estaba interesado en mantener una familia patriarcal con todas sus características; pero mi resistencia y perseverancia rindieron frutos. Después de perjurarle que no saldría con “mi domingo siete”, nos permitió salir a estudiar a la cabecera municipal del ejido en donde vivíamos. Eso sí, siempre bajo la supervisión de dos hermanos mayores que fueron como mis ángeles de la guarda.

Los que se quedaban, seguirían padeciendo sus malos tratos, su machismo, alcoholismo... el despilfarro y las consecuencias.

Con el transcurrir del tiempo, me hice una adolescente introvertida, insegura, temerosa, desconfiada. Sin

embargo, traté de erradicar esos traumas y complejos. Papá hizo un esfuerzo muy grande y dejó el alcohol, pero ya nada tenía remedio. La huella emocional quedó marcada entre la piel y el alma, haciéndose acreedor al rencor de casi todos en la familia.

Y aquella tarde, la misma canción que tanto me hacía echarlo de menos durante su ausencia... volvió a doler, porque como entonces, me hacía falta mi padre, a quién sólo una vez le dije cuánto lo quería. Ahora, cuando la juventud no es más que un recuerdo, atrapado por el mal de Parkinson, lo veo extinguirse como aquella humeante flama, entre el temblor de su cuerpo y la palidez de su luz.

Juan Guerrero Zorrilla (1942)

Tampico, Tamaulipas

El refrigerador

Necesitábamos un refrigerador auxiliar, ya no cabían las cosas en el que teníamos, un amigo que se dedica a la invención me dijo:

—Estoy en algo en verdad revolucionario, un refrigerador que no funciona con gas y no tiene compresor. Ya tengo listo el prototipo, si quieres te lo presto para que veas cómo funciona.

Acepté gustoso ser el conejillo de indias. Al día siguiente estaba el refrigerador en mi cocina. Era un modelo de años atrás, un Philco de los años cuarenta de formas redondeadas, color blanco, reconstruido en forma tal que lucía como un modelo reciente. Mi amigo nos dio instrucciones a mi esposa y a mí, explicándonos que se ponía a funcionar como cualquier otro, conectándolo a una corriente alterna de 110 volts, después nos mostró el control del termostato situado en el interior del refrigerador. El control y el evaporador

fueron sustituidos por unos tubos situados en la parte superior y un control con grandes números. El dial del control marcaba del 0 al 10, explicándonos que mantuviéramos el control en el número 3 ó 4; unas de las ventajas del invento era que si se deseaba, al poner el control en 7 o más, el aparato se transformaba en un congelador con temperatura de menos 20 grados centígrados. Comentándonos que el consumo de energía era menos que en modelos similares y la capacidad de enfriamiento mucho más rápida.

Atrás, en el lugar habitual del radiador de los demás aparatos, éste tenía una especie de bulbo de un metro de longitud, que funcionaba por medio de corriente de electrodos, enfriando el interior y sacando el calor hacia afuera y disipándolo por medio del bulbo, que debería estar libre de cualquier objeto pues se calentaba con temperaturas de más de 100 grados centígrados. Me dio explicaciones técnicas, cosa que a mi esposa no le interesó oír. Se retiró nuestro amigo y dejó funcionando el refrigerador.

Dos semanas después estábamos encantados con aquel aparato, funcionaba de maravilla con el termostato en el número 3, y en un silencio total.

Una noche al acostarnos, mi esposa me comentó que el refrigerador nuevo estaba enfriando de más, la leche casi estaba congelada, así es que bajé el termostato al número 2, esperando que se corrigiera la situación.

A las cinco de la mañana nos despertó una explosión sorda, seguida de ruidos de platos rotos y sartenes caídos al suelo. Nos dirigimos a la cocina. Nuestro

asombro fue total, en el suelo se encontraban partes del refrigerador, algunas de ellas retorcidas, otras quebradas como cristal, era como si hubiera hecho una implosión, no se encontraron rastros de comida, el bulbo disipador de calor, hecho de metal, estaba ahora casi totalmente derretido y aún despedía mucho calor. La cocina estaba hecha un desastre, platos y vasos rotos, botes, cubiertos y sartenes por el suelo. Llamé a mi amigo, llegó rápidamente, observó el desastre y luego comentó:

—Falló el termostato, el disipador de calor siguió funcionando y enfriando el interior del refrigerador. Su cocina tuvo el honor de conseguir algo que ni en los laboratorios desde hace tiempo han podido lograr: La obtención del Cero Absoluto, menos 273 grados centígrados.

A mi esposa no le hizo ninguna gracia semejante “honor” obtenido en su cocina.

Juan Guerrero Zorrilla (1942)

Tampico, Tamaulipas

El abanico sin aspás

Hay anuncios que dicen: es exclusivo o artículo de producción limitada y numerada. Las personas que adquieren estos objetos se sienten orgullosas. Y es lógico, ¿pues a quién no le gusta tener un reloj conmemorativo, una pluma de plata decorada y numerada, algún objeto de buen gusto que decore su sala o recámara ya sea una pintura o un bonito souvenir?

Yo tengo algo de producción muy limitada, cuando se lo muestro a los amigos, muchos quedan asombrados, e inmediatamente me preguntan: ¿Dónde lo conseguiste?, y ¿cómo funciona?

Describiré el objeto que causa asombro. Es un abanico de pedestal, color blanco con azul. Bueno, ¿quién no está familiarizado con los ventiladores?; sobre todo en clima caliente, en el que se usa hasta ocho o nueve meses al año.

Lo singular de mi abanico es que no tiene ¡aspas! Lo vi tan raro cuando llegó, el pedestal es mucho más

ancho que un modelo normal, de alto es igual, y lo que fueran las aspas en un modelo habitual, aquí es una rueda de donde salen unos tubos los cuales están orientados en diferentes direcciones. Los tubos son de color azul. El aparato está bien terminado, pero al principio veía aquello como una ametralladora antigua con muchos cañones, ahora ya me acostumbré.

Ante la pregunta de muchos amigos, ¿dónde lo conseguiste? Les recuerdo que es un regalo de mi amigo que me prestó el refrigerador que hizo implosión en la cocina de la casa al alcanzar el cero absoluto (-273 grados centígrados); apenado por eso, me obsequió el abanico sin aspas. Mi primera pregunta en vista de la experiencia anterior, fue saber si era peligroso.

Explicándome que no; seguridad sin problemas.

Trataré de explicar cómo funciona: no tiene motor, bueno, tal como lo conocemos, no posee ninguna parte móvil, no produce ningún ruido fuera del movimiento del aire. Trabaja por medio de un superconductor que activa un campo magnético, el cual cambia rápidamente (una micro computadora produce este efecto) haciendo que se desaloje el aire alcanzando gran velocidad. Este principio, con ciertas variantes es el que se ha empleado en modelos a escala de monorrieles, trenes magnéticos y barcos (que se mueven al desalojar el agua). Por estar orientados los tubos en diferentes direcciones, al estar alternándose el tiempo del flujo de aire, uno sale al frente y luego hacia los lados. Dando el mismo efecto que un ventilador giratorio. Tiene al

frente un pequeño foquito azul que es el que indica si está en funcionamiento.

Tiene ya dos años con nosotros, en verano trabaja toda la noche produciendo una agradable y silenciosa brisa. Su consumo eléctrico es de 30% menos que un ventilador convencional.

Por producir un fuerte campo magnético, no conviene ponerlo junto a una TV, a causa de la interferencia que produce y magnetiza la pantalla. También daña los relojes simples de cuerda. Fuera de eso no hay problema ni peligro.

Es la máxima curiosidad que tengo en la casa. Y creo que por un tiempo lo seguirá siendo. Mi amigo me comentó que el costo únicamente de materiales, fue unas 12 veces más que un ventilador normal de aspas.

Pedro Guzmán Reyna (1950)

Miquihuana, Tamaulipas

Las nupcias

Durante varios días la rutina de aquella relación no varió mucho. Juana que bajaba todos los días a llevarle alimentos a Jacinto, y éste que se recuperaba poco a poco mediante ciertos ejercicios físicos y caminatas por los alrededores.

El tiempo que pasaban juntos era muy breve, pues hasta ese momento Juana suponía que los demás miembros de su tribu ignoraban la presencia del español, lo cual no era cierto. Pero los mecas eran por naturaleza cohibidos o discretos y dejaron pasar varios días antes de intervenir en el asunto.

En particular había cierto joven, quien se consideraba el elegido de la tribu para casarse con Juana. Éste era quien más de cerca vigilaba los movimientos sospechosos de la muchacha, hasta que un día, movido por los celos, alborotó al resto de la tribu para que aquel intruso fuera muerto o expulsado de sus dominios.

Sin embargo, la muchacha se había acostumbrado tanto a la compañía de Jacinto que no estaba dispuesta a abandonarlo a su suerte.

—Si lo matan, me tienen que matar a mí también, y si lo corren de aquí, yo me jullo con él —le había sugerido al jefe de la tribu que también era su padre de crianza.

Jacinto, por su parte, de buena gana hubiera continuado su camino, de no haber sido por su estado tan débil y además ignoraba el curso que estaban tornando los acontecimientos en el país tras la muerte de Maximiliano. Así que, temiendo por su vida, prefirió quedarse un tiempo más largo en aquel remoto lugar.

En resumen, la mejor solución que se les ocurrió a todos fue la de casar a la meca Juana con el español Jacinto, pero con la condición de que establecieran su hogar lo más alejado posible de las comunidades indígenas y de que se prohibiría la presencia y asentamientos de otros extranjeros blancos.

Jacinto, que tal vez no esperaba permanecer por mucho tiempo en esos lugares, aceptó las condiciones sin protestar.

Así fue como, a los pocos días, se celebró una gran fiesta a la que se dieron cita la mayoría de los habitantes de la sierra, los que, por su gran número, sorprendieron a Jacinto. Pero también debieron haber sido invitadas otras personas de las comunidades cercanas, pues se tiene conocimiento de que en esa boda hubo otros festejos propios de la cultura mestiza, tales como jaripeos, bailables y comidas que los indios de

la sierra desconocían. Tampoco se ha esclarecido de dónde consiguieron una banda musical que fue la que amenizó el festejo. En fin, parece que la boda resultó una de las más notables en aquellos tiempos y lugares.

Pasados estos festejos, los recién casados, fieles a su palabra, se fueron a vivir a un terreno pedregoso, semi árido y con poca agua. Ahí construyeron su primer cuitzillo hecho de adobe, piedras y zoyate que les sirvió de vivienda por muchos años. Ellos sin saberlo, empezaban a formar un nuevo asentamiento humano.

Guillermo Lavín (1956)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

La máscara

En cuanto él puso un pie en la banqueta de la plaza Juárez; donde cada sábado descanso la tarde en una banca bajo la sombra de un flamboyán, me di cuenta de que traía puesta una máscara blanca, sin rasgos. Era un hombre delgado, chaparro, vestido con tela negra untada al cuerpo y zapatos tenis como de bebé. De un morral oaxaqueño, grande en proporción al cuerpo del cual colgaba, extrajo una flauta de carrizo y nos regaló una melodía dulce, como comer el mismo durazno con la muchacha que se quiere.

Así, soplando el instrumento, caminó al centro del parque. Al principio nadie se aproximó. No sé si éramos cautivos de la desconfianza o la figura nada común del tipo nos tenía pasmados. Me acerqué cuando varios espectadores lo rodeaban; abrupto, suspendió la música. Creí ver en la máscara una sonrisa. La flauta, con movimiento suave y deliberado, fue depositada en

el morral del cual salía la punta de un trapo rojo. Algo, quizá libros, lo abultaba en la parte inferior.

El hombrecito puso el morral recargado en la reja metálica que rodea los bustos de Juárez y Carranza. De la cintura sacó un rollo de tela, y sujetando un extremo con cada mano, lo alzó a la altura de nuestras cabezas. Decía: CHAVA. Luego acomodó la tela en el lugar de origen y, al tiempo que desplegaba una sonrisa descomunadamente orgullosa, la frente en alto, llevó el índice al pecho. A partir de ese momento no pude dejar de verlo: me maravillaba la manera de acomodar huesos, distender músculos, flexionar y endurecer el tórax. A ratos marioneta, a ratos víbora; sólo se escuchaba el roce de la tela. Su figura narró la historia de un pájaro cucú raptado por un gigante, y un espantapájaros convertido en héroe. Dejó entrever a un hombre harto de la vida que terminaba colgado de un farol público. Finalmente, para disgusto de algunos y risa de otros, imitó a varios espectadores, incluido yo.

Pero nada de ello me importaba más que la máscara, que a cada instante asumía el gesto y los rasgos precisos. En ese lapso vi un ave, una cara triste rodeada por paja, un hombre montaña enfurecido, la caricia del viento, la lengua larga y morada del ahorcado, y también el rostro rugoso, el adolescente abrazado a la novia, el semblante intelectual cubierto de barba, la mujer gorda que arrastraba un cocker spaniel y a mí mismo.

La actuación duró poco más de una hora, pero no sentí transcurrir el paso del sol, que desde un principio,

atosigaba como si lo lleváramos prendido al cuerpo. “Dónde estará el truco”, me pregunté. Supuse que el mimo era mago y cambiaba de máscara tan rápido que no lo podíamos ver. O tal vez no era máscara, sino su propio rostro maquillado. Pero entonces, ¿en qué momento se maquillaba? No, no podía ser pintura, pues lo que había visto no eran gestos sino caras, cambios en la estructura de los huesos, de la piel, de las dimensiones y del color. No era copia de gestos; reproducía rostros.

Más aún me aturdió ver ante mis ojos la lisa y pálida máscara del principio. El actor se había colgado el morral en el hombro y tenía en la mano una gorra infantil de béisbol. Con ella, caravaneando ante los presentes, solicitaba dinero. Discretamente salí del círculo.

De nuevo en la banca, reflexioné si no sería todo aquello pura sugestión. “Si es así —pensé desabotonándome la camisa para refrescarme un poco— uno tiene que evitar ver el inicio de la actuación para no ser atrapado.”

Mientras tanto el mimo se alejaba con pasos erguidos. Si hubiera colocado una vara a su costado, sería imposible saber cuál de los dos avanzaría más erecto. Bajo el arduo sol, un viento que parecía venir de un fogón nos arrojaba y hacía temblar las hojas de la rosaleda. Solicité al jardinero que me regalara un poco de agua. Pegué la boca a la manguera sin perder de vista al cómico, quien daba la sensación de saber a donde dirigirse. No esperé más y fui tras él, caminando por la avenida Hidalgo, hacia el oriente. Para evitar que se diera cuenta de que lo seguía, le otorgué una ventaja

de media cuadra. A pesar mío caminé por la acera contraria, donde casi no hay toldos en los comercios y los tizones que caen del cielo no encuentran resistencia antes de azotar la espalda del transeúnte. A partir de ese momento no pensaba dejar en paz al hombrecillo hasta que aclarara lo que me tenía tan intrigado.

En el trayecto encontré a Rosalba, mi novia, que de inmediato se colgó de mi brazo y expuso el coraje que sentía después de buscar en varias mercerías un botón octagonal color malva, que necesitaba para reponerlo en una blusa casi nueva. Sin demasiadas consideraciones le arrebaté la palabra contándole entusiasmado el espectáculo reciente y la invité a seguir al mimo. “Estoy seguro de que te gustará —le dije— pero apúrate porque ya no lo alcanzo a ver”.

Trotamos, aunque tenía la seguridad de que nuestro objetivo se dirigía a la plaza Hidalgo a continuar su trabajo. Llegamos cuando la flauta anunciaba la representación. El círculo de espectadores, ahora más numeroso y popular, no se limitaba a sonreír: las carcajadas eran francamente explosivas y los aplausos pródigos. Oculté los ojos con la mano y volví la cabeza para evitar que la mirada del personaje me hipnotizara; simulé que me peinaba para taparme los oídos el mayor tiempo posible. La mano cálida de Rosalba se posó en mi hombro y escuché que me preguntaba en voz baja si me sentía bien.

—Claro —respondí preocupado al comprobar que se repetía la metamorfosis. La abracé en busca de apoyo. La náusea me tomó desprevenido. A lo mejor

esa era la causa: tenía fiebre y no ocurría en realidad lo que parecía ver. Me sentí mejor. Estaba enfermo; alguna enfermedad creadora de fantasmas.

—Estás hablando solo —me dijo Rosalba con el reflejo del sol en los ojos, parcialmente cubiertos por el manto nocturno de su pelo.

—Qué tiene de raro —minimicé— todos lo hacemos alguna vez.

El ejecutante se aproximaba al final del acto y la gente parecía feliz, lanzando gritos a pleno pulmón, burlándose incontenible de ver a los demás, de verse ahí, caricaturizada. Él llegó a nosotros, tomó de la mano a Rosalba —me encelé, lo confieso— frunció los labios ofreciéndole un beso en el aire, y de inmediato, ante mí, paralelos, aparecieron dos pares de ojos negros, dos narices chatas, cuatro pómulos salientes, dos bocas gruesas y una confusión de cabello en bocanadas negras.

El hombre se volvió hacia mí; le di la espalda para que no me imitara. Bastante tenía con haber visto mis sentimientos partidos en dos.

Vacilé un instante cuando Rosalba me tomó del brazo, pues era como si me acariciara él. Presioné su mano con la intención de alejarnos del lugar. A cada paso sentía los mosaicos incandescentes bajo los pies. Yo veía de reojo al mimo quien, sin quitarse la máscara, giraba la cabeza de izquierda a derecha. Después cruzó la calle rumbo al hotel Los Monteros, contempló unos segundos la fachada colonial y entró.

Ella me dijo que se le antojaba un refresco para el calor. El sábado empezaba a oscurecer y la gente había brotado en busca de aire menos cálido. La calle era casi intransitable. Compramos dos vasos de aguas frescas a un carretonero, y entre sorbos y pasos, Rosalba me preguntó de nuevo si me sentía bien. La palma húmeda y fresca de su mano midió la temperatura en mi frente. “No tienes calentura”, informó. Ante la puerta de su casa, Rosalba me dio un comentario postrer sobre el mimo:

—¿Te fijaste? Qué fabuloso truco. ¿Cómo le hará para cambiar de cara constantemente?

Ella nunca sabrá la ansiedad que me produjo. Con eso bastó para convencerme de que no estaba enfermo.

Esa noche, la mezcla de cansancio con insomnio se tradujo en excitada lucidez. La imaginación revivió la tarde anterior y mostró el camino, el lugar y momento en que se abriría un resquicio que satisficiera mi curiosidad. Calculada la hora en que el mimo debía de trabajar, salí a la calle.

El hombrecillo finalizaba la función en la plaza Juárez. A mi lado, un hombre de rostro gelatinoso y bigote abundante, amparado con un sombrero norteño de palma, se estremeció por una tos seca que recordaba a un perro recién desparasitado, incluyendo arcadas y flemas que parecía extraer de una profunda noria. El actor no perdió la oportunidad de retratarlo, aunque el vecino trataba inútilmente de ocultarse a las miradas. Pensé que era un acto sádico ridiculizar a cualquiera en esas circunstancias. Creo que al momento de imitar

al bigotón, el actor suspendió la mirada más tiempo del normal en la mía. Hubo en sus ojos una clave de reconocimiento. Experimenté un prolongado escalofrío; eran dos tubos donde la luz se apagaba paulatinamente, quedando al fondo dos brasas ardientes.

El mimo, al concluir la recolección de dádivas, me dedicó una nueva mirada cubierta por dos arcos oscuros e irónicos, como si supiera que me tenía cautivo y pudiera disponer de mí a su antojo. No me desconcertó que, aún cuando ostensiblemente mostré dinero, me omitiera. En el cielo las nubes se estacionaron a poca altura, desbordando el límite que las separa de la tierra.

Lo seguí de nuevo, sin reservas, sobre la misma calle y unos pasos atrás. En el transcurso de las siete cuadras que se interponen entre las dos plazas, se volvió en innumerables ocasiones. Incluso se detuvo, presentí, nada más para comprobar que yo seguía fielmente sus huellas.

La siguiente actuación fue sustancialmente la misma. Entre él y yo se cruzaron tensas las miradas varias veces. La función empezaba a parecerme abominable. Al terminar le aplaudieron mucho, más que en las representaciones anteriores. Él no se retiró. Ahí estábamos, inmóviles, separados por tres o cuatro metros. El sujeto simulaba esperar algo, pero no tuve valor suficiente para acercarme. En el intervalo, con ambas manos, hurgó en el interior de la bolsa oaxaqueña y sacó un paliacate rojo, que tomado por esquinas opuestas, giró sobre sí mismo formando una tira gruesa. Lo anudó entre su cuello y la camisa. La

gente de nuevo en las bancas habituales, platicaba con calma para no confrontar el bochorno canicular, mientras los niños pedaleaban triciclos y corrían sobre las avenidas formadas de esquina a esquina del jardín. Uno de ellos estuvo a punto de chocar con el artista y salió despavorido gritando que se le había aparecido un monstruo peludo y sin ojos. Yo también lo vi.

El actor dedicó una sonrisa desdeñosa al parque antes de retirarse del sitio. Iba con el morral al hombro, como la primera vez, sin titubeos. Atravesó la calle rumbo al café Cantón. Antes de cerrarse la puerta, entré.

“El hombrecito tiene que comer —había supuesto esa mañana— tiene que quitarse la máscara”. Afortunadamente, frente a él había una mesa desocupada. El soplo impulsado por el ventilador de techo le impedía leer el libro recién sacado del morral, y debe de haberse molestado ya que algo dijo a la mesera señalándolo. Ella movió la cabeza afirmativamente mientras anotaba en una libreta. De ahí caminó hasta la pared donde hizo girar una perilla disminuyendo la velocidad del abanico. El viejo chino, acodado en el mostrador, imperceptible tras la sumadora mecánica, estiró un poco la cara, entrecerrando aún más los ojos, enfocando al extraño durante unos segundos. Luego continuó inmutable. Los clientes sonreían.

—No, señorita —negué a la mesera la minuta— tráigame un café negro, por favor.

A diferencia de otras ocasiones en que me distrae cada muchacha que pasea al otro lado del ventanal, ahora concentré la atención en él. Creo que me inspiró

valor la decepción que padecí al ver que le sirvieron jugo de naranja. Respiré profundo y me incorporé con la cabeza agachada. A cada paso me atacaba el miedo, la náusea, la sospecha de estar a punto de recibir un veredicto mortal. El actor, persona evidentemente sensitiva, estaría incómodo, enojado conmigo por el acoso.

Me excusé, pues no es mi costumbre abordar a un desconocido, y menos a la hora de comer. Con una mano agarrando el vaso y con la otra el popote, levantó la cabeza. Su boca no emitió sonido alguno.

—Lo he visto actuar varias veces —dudé unos instantes, sudoroso— hace usted un excelente trabajo —pensé que si lo elogiaba sería mucho más sencillo— y su máscara me tiene obsesionado.

Con la mano me invitó a sentar. El abanico giraba lento en el techo, sin fuerza ya para ahuyentar una mosca que reiteraba curiosidad por mi nariz.

—Sé que le parece extraño, pero me intereso en ella —añadí sintiendo que sus ojos adquirían intensidad de soplete; jalé la silla bajo mis piernas— se la compro.

—Sí, cómo no —escuché por primera ocasión su voz, cavernosa, oculta, reverberante, como si viniera de un cajón oculto en otro cajón—. Se la vendo —dijo, y sentí que el eco de la voz retumbaba en mi pecho, adentrándose, como si intentara conmover los cimientos de un edificio por medio de una implosión— sólo que dígame, ¿cuál quiere? —preguntó llevando la mano corta y venosa a la cara.

—Ésta —cayó la máscara blanca sobre la mesa y confundí la sensación de sudor con sangre, pues la voz

me abría el pecho— o ésta —apareció el águila mientras yo escuchaba el crujido de los huesos en mi cara— o ésta otra —decía soltando al hombre montaña, al rostro rugoso y al bigotón. Se amontonaron rostro sobre rostro. Me faltaba aire. Y el hombrecito se agigantaba triunfante, su voz llenaba y aturdía mi cerebro, dejándolo incapaz de ordenar la fuga, hasta que vi la cara de Rosalba, y sobre ella, la mía.

Óscar Martínez Vélez (1967)

México, D.F.

De la luna o la ilusión de muchos calvos

*Los hombres calvos son
gente interesante, nunca,
nunca lo olvides.*

Frase de la tía Socorro

Esta historia empezó el día en que un producto para detener la calvicie fue puesto a la venta en las tiendas de autoservicio. Lo anunciaban como la panacea, el resurgimiento de individuos que habían visto una metáfora de su muerte en cada pelo desprendido de su cabeza, como el salvavidas al que un grupo de pelones inteligentes, se aferrarían en ese mar de hombres de abundante cabellera que siempre se llevaban las muchachas guapas de las fiestas.

En los comerciales de televisión se veía un tipo de leonesca greña, caminando por una playa abarrotada de bañistas calvos y melancólicos, que lo observaban con cierta envidia mientras él, fornido y con un pequeño traje de baño, se iba rodeando de féminas que,

admirando la sedosidad de sus angelicales caireles, lo seguían extasiadas como una plaga de sanguijuelas. Después él se daba un medio giro, le enfocaban la cara, y decía mostrando la preciada botellita “Todo se lo debo a este producto”; la cámara se trasladaba a un cuarto semioscuro, como de sanatorio psiquiátrico “Antes yo era un tipo triste”; ahí estaba el mismo individuo, derrotado sobre una cama, con unas grandes ojeras, y sin pelo. “No tenía trabajo, tampoco mujeres, ni dinero, ni amigos”. Otro repentino movimiento de cámara lo trasladaba hasta un baño elegante, de nuevo aparecía triunfador y con su arrogante melena. “Pero desde que lo descubrí y supe lo fácil que era usarlo”, vertía un poco sobre la palma de la mano, lo untaba en el pelo, se hacía vigorosas frotaciones y asomaba la cabeza por la ventana. “Sus propiedades curativas actúan en el cuero cabelludo bajo los rayos de luna”. Al final se oía la voz de un locutor CÓMPRELO, palabras que eran como una orden para todos los calvos que vivíamos en el país.

Eran anuncios ideados por algún publicista astuto que seguramente conocía el hambre de información que tienen los calvos, y que termina perdiéndolos en un océano de recetas, tratamientos y medicinas; casi siempre inservibles. Pero que, en algunos casos, les inyecta una esperanza y sosiego psicológico.

Es un mal que sólo afecta ciertas susceptibilidades, yo estaba convencido, y cuando decía eso me venía a la mente mi primo Eugenio, que es calvo con alguna experiencia, empezó a perder pelo desde los dieciocho

años, y no se dejaba intimidar... bueno, hay que tomar en cuenta la elegancia de su nombre, y algo importante: baila tap. O por lo menos es lo primero que decía cuando llegábamos a cualquier reunión y las mujeres se quedaban viendo nuestras relucientes calvas: “Bailo tap”. Entonces ellas le contestaban “¿de verdad?”, y él, con una agilidad inusitada, abría pláticas muy interesantes. Además, cuando se es calvo, tiene sus ventajas el decir que uno baila tap; es imposible comprobarlo porque en estos tiempos ya no se toca música de ese tipo en las fiestas. Pero como mi primo es sumamente celoso de sus discursos, o mentiras, yo no podía decir lo mismo, y no podía hablar de nada, porque si hubiera dicho que bailaba salsa o cumbia, corría el riesgo de ser descubierto.

Esa tarde fui al centro en busca del revolucionario producto que había dejado muy conmovida a la población de escaso pelo: todos los balcones y azoteas de la ciudad eran observatorios en donde, misteriosamente, había hombres que esperaban la llegada de la luna para asomar sus tristes calvas. Pero cuando llegué a la farmacia me di cuenta que ya estaba agotado; había un grupo de calvos con las caras enrojecidas por ese llanto sin lágrimas, adulto, el que es provocado por la desilusión. Eran como un grupo de niños que se habían quedado sin ir al día de campo.

En su lugar compré una pomada que opacaba la desagradable brillantez del cuero cabelludo —un producto para resignados— y después de bañarme estuve varias horas peinando los pocos pelos que me queda-

ban. Eso era un trabajo casi poético. Volteé a ver mi bisoñé, que sólo había podido usar una semana, estaba abandonado en una esquina del baño, donde se empolvaba, como una araña vieja y muerta. Por aquel tiempo los medios de comunicación habían borrado la fama de esas prótesis cabelludas —o peluquines, como le dicen algunos pelones de léxico elegante—. Argumentaban que esas cabelleras de origen sintético lo único que hacían era darle más notoriedad a una profunda desdicha, imposible de ocultar. Algunas personas hasta se creían audaces al elegir, de entre la gran variedad, una melena de aborregada caída, cuando alguna vez fueron lacios; o unos rizos de amarillo angelical, cuando su piel era morena. (Muchos calvos protestaron: aunque sea mentira, es una bonita ilusión).

Esa noche llamó mi primo Eugenio, quería que fuéramos a un baile, yo le dije que no tenía ganas. Me quedé en la casa, observando la luna que se había convertido en la ilusión de muchos calvos.

Alejandro Merlín (1988)

Durango, Durango

¿No me piensan matar?

Lo maté frente a los niños, eso es lo que me hace huir, o poder vivir en paz. Pasé tanto tiempo pensando cómo lo borraría del mapa, pensé meses y meses cómo me lo quitaría de encima, que no puedo soportar que haya sido así, justo cuando salían de la escuela. Les di el mismo ejemplo que me dieron a mí.

Yo también vi el asesinato de un hombre cuando tenía esa edad, no sé qué edad tendrían esos niños pero yo tenía nueve años entonces. Era agosto, si mal no recuerdo, regresaba a mi casa después de haber ido a la escuela a vender chucherías —nunca fui a la escuela, aprendí a leer por mi cuenta— y no había dado ni siquiera cinco pasos cuando divisé a un hombre de sombrero, que al rato supe que se llamaba Lucio, darse la vuelta y darle la espalda a otro hombre del que jamás supe su nombre. Lucio logró verme y me sonrió. El hombre de atrás se acercó un poco a él y le disparó

justo en la nuca. Hasta hoy no comprendo cómo no se dio cuenta Lucio a través de mí que aquél lo iba a matar, no creo que no hubiera visto en mi rostro el miedo que sentí cuando sacó el arma. Uno siempre sabe con certeza cuando va a ser asesinado y cuando no lo será aunque lo parezca, ese presentimiento nunca se nos niega. Lucio, me pareció, quiso fingir que no lo sabía tan sólo porque un niño lo estaba viendo. El balazo en la nuca fue suficiente para acabar con su vida, aún así el hombre se acercó y le dio de balazos y balazos, disparos que se escucharon demasiado fuerte, seguro se trataba de un arma vieja, de grueso calibre. Ahí lo dejó tirado, boca abajo, con la sangre corriendo de su boca y cráneo, la sangre llena de tierra, el rostro lleno de polvo y las heridas de bala que parecían lunares enormes. Justo como —por honor— no se debe matar a un hombre. Me quedé observándolo por mucho tiempo, quizá media hora, hasta que descubrí que estaba rodeado de niños que a su vez, se acercaron para verlo. De inmediato pregunté, algo desesperado, por qué no venía nadie a recoger el cuerpo, por qué no se le avisaba a su familia. Uno de los niños, creo que se llamaba José, dijo que era su tío. Lucio, sin embargo, no tenía sobrinos, aquel niño estaba mintiendo. Que alguien le hable al juez del pueblo, dijo un señor que no era de ahí. Otro hombre, Alberto, que vivía frente a la escuela, le explicó que quien acababa de matarlo era el juez del pueblo. No podía ser, el juez del pueblo se llamaba Antonio Fulgencio Velázquez, y estuve a punto de decírselo pero alguien se lo dijo primero. No jovencito, los

jueces ahora somos nosotros, le dijo Alberto, y todos, quisiéramos o no, nos quedamos callados. Tardaron un día en recogerlo. Nadie se atrevió a dar la cara por él, ni siquiera la poca familia que le quedaba. Tuvo que venir la policía desde la comisaría para levantar un acta. Sus familiares no firmaron el acta de defunción, y en menos de una semana se cambiaron de pueblo. Entre los vecinos en donde vivía Lucio hicieron una colecta para comprarle una caja y enterrarlo aunque fuera con pocas flores. Aún debe estar su cruz en el panteón, pero la cruz que pusieron donde lo mataron hace mucho ya no está allí. Nunca pude averiguar los motivos de su muerte. Le pregunté a Alberto si sabía por qué habían asesinado a Lucio, que no parecía haberse buscado esa muerte. Me contestó que se la tenían sentenciada. Le pregunté quién lo había amenazado, y casi gritándome me dijo que no hiciera preguntas estúpidas, que no lo molestara.

Durante algunos años, supongo que hasta que me fui a Estados Unidos, me atormentó la idea de que yo muriera de manera semejante, en una calle frente a algunos testigos que fueran incapaces de darme sepultura luego, aunque fuera en ese mismo día, sin alguien que me rezara aunque fuera un padre nuestro o aún peor, sin nadie que me llorara. Un hombre muerto y olvidado —como si la muerte no fuera suficiente— sin una cruz para que los niños o las señoras preguntaran quién se murió ahí, en esa esquina, y sin la oportunidad que alguien como yo les contara la historia. Pobre Lucio.

Ahora, después de lo ocurrido, comprendo que he matado a más de uno en las mismas condiciones. Hace un año maté a un serrano en una quebrada, estoy seguro que se lo comieron los lobos o los buitres, un soldado me pagó para eso. A otro, un inmigrante guatemalteco sin familia en Estados Unidos, con documentos falsos, lo maté en un suburbio de Chicago, cerca del aeropuerto. En sus condiciones no dudo un momento que terminara en la fosa común, encalado, junto a los vagabundos, los adictos y una que otra prostituta. A ese lo maté como me lo habían pedido, en su casa, en la noche y en el instante preciso en que un avión despegara, para que no se escuchara el disparo, pues me exigieron que le diera con un arma de grueso calibre y sin silenciador. Lástima de hombre. A todos los otros, me imagino, sí los encontraron, los reclamaron, los enterraron, les dieron lo que tenían que darles en su funeral. Maté mujeres, muchachos, viejos, gangueros, narcotraficantes, polleros y me retiré con el asesinato de un agente aduanal, un desgraciado que no me provocó ningún remordimiento apuñalarlo en una cantina de Tijuana.

Regresé para acá, lo hice porque un agente aduanal no se olvida tan fácilmente, con ellos, con los que trabajan para el gobierno se necesitan años para ser olvidado, siempre te persiguen. No deben ser más de tres meses que vine para acá.

Veintidós días de paz y de pronto sobran los motivos para matar a alguien. Me hospedé en ese hotel que está allá a la vuelta, al lado del álamo, muy cerca

de la plaza. Hacía mucho que no venía, y para estos momentos, pensé que poca gente podría recordarme. Tres semanas. Al quinto día, como a las cinco de la tarde alguien llega a tocar a mi puerta. ¿Quién eres? Un hombre con una camisa negra, de lentes oscuros y casi calvo. Soy el que te sigue y te conoce. Con esa respuesta no supe quién demonios era. ¿No sabes quién soy? ¿O quieres que te diga por qué te sigo, por cuál de las que debes vengo a cobrarte, para que te refresque la memoria? Le debes a Lucero más de un favor, me dijo, te estuvo esperando durante mucho tiempo. No desaparezco hasta que le pagues, no te molestes en hablarle a la policía o algo semejante, no vaya a ser que yo mismo venga para perseguirte, además, yo tengo más motivos que tú para hablarles por teléfono. Entendí de inmediato de qué se trataba, Lucero estaba en esto. Aquella Lucero. Me pedía diez mil dólares.

A diario, durante diez días, casi siempre a la misma hora, sonaba a mi puerta y me decía lo mismo.

—¿Pagas o trabajas para nosotros?

—Le di quinientos cada tarde, y el décimo día terminé de pagar lo que me pedía. No me iba a rehusar, lo que quería era retirarme. Pero regresó al rato con Lucero. Los dejé entrar a mi habitación e invité a ambos a tomar asiento. ¿Quieren jugo de arándano?, Lucero dijo que no pensaba sentarse, que hablaría conmigo desde la puerta.

—Te vamos a pedir diez mil cada vez que vengamos, si no puedes pagar, trabaja para nosotros.

—No puedo, le dije, Alberto se va a dar cuenta, y de nada habrá valido venir para acá.

—Nunca debiste regresar del otro lado, me dijo, ahora ya no sabes si te vas o si regresas, tú sabes, no te conviene. Por otro lado, agregó, por Alberto mejor no te preocupes. No me hagas perder mi tiempo, o trabajas para mí, o me pagas los diez mil.

—Te pago los diez mil —le dije.

Si uno se convierte en asesino a sueldo después del primer asesinato, ya no mata para ganar dinero sino para dejar de matar. El amigo de Lucero regresó para cobrarme, le dije que le pagaría en el entronque de la carretera. Le di el dinero y le pedí que me llevara a mi hotel. Lo maté de dos tiros. No lo dejé hacer un solo movimiento. Lo puse de mi lado y conduje por horas y horas hacia el sur. A media tarde, después de haberle quitado las credenciales y deformarle un poco la cara, lo arrojé cerca de un estanque. ¿Cómo pude no haberme dado cuenta que un grupo de niños pasaba cerca del puente? Antes de arrancar la camioneta pensé en él, en su rostro, en su calvicie, en sus lentes oscuros que escondían mi recuerdo de Lucio. Seguro ese también sería enterrado de la misma manera que aquél. Ahora lo entiendo, desde entonces no estuve matando a nadie diferente, siempre maté a Lucio, siempre repetí el gesto de su asesino omnipotente y desconocido, siempre maté la idea de morir entre desconocidos sin ningún motivo importante, por eso he venido, maldito, por eso he venido con ustedes para que me maten como a Lucio, sin que dejen una cruz donde quede mi cuerpo,

lleno de sangre y tierra, dibujado de heridas de bala que parezcan lunares. ¿Qué? ¿No me piensan matar? Tendré entonces que buscar a Lucero, decirle que maté a su amigo y que lo arrojé frente a unos niños. O puedo ir a Estados Unidos. No, eso no serviría de nada. Mejor busco a uno de esos niños, aún deben estar ahí, los busco y les digo mi nombre, les hablo de los motivos por los que tuve que asesinar a ese hombre, para que hagan lo mismo.

Alejandro Merlín (1988)

Durango, Durango

El ciego

Él, hijo de un ciego llamado Luis, apodado de distintas formas, desde las más emotivas hasta las más ignominiosas, decide comprar un arma de postas con el pretexto de usarla exclusivamente para matar aves y lagartijas. El oficio de su padre es la indigencia, ser el recipiente de los deseos altruistas de sus congéneres, su mediador con la bondad. Para este hijo de ciego no sólo sobra la lástima, sino que está impregnada de misericordia excesiva que desemboca en desprecio. Este hijo de un ciego de nacimiento es arrogante, porque sabe que a diferencia de su padre él lo ha visto todo. Intuye que él es el padre, y no lo contrario. Intuye que alguien depende de él. Lo que no sabe es que si su padre no fuera ciego, aquel niño escuálido y blanquecino no tendría qué comer. A diferencia de los indigentes comunes estos dos no aparentan serlo y no fingen para aumentar la limosna. El hombre viste bien, usa pan-

talones de pinzas y retocados, con camisas de manga larga y sacos de buenas telas. Su nombre es Martín. Su esposa murió hace un par de años. Era una mujer bien parecida, más bella de lo que se podría pensar después de oír que se había casado con un ciego de nacimiento, un hombre para quien el sonido de los colores es todo su significado, alguien para quien la percepción del mundo es la perfecta abstracción de la oscuridad. El joven viste bien y luce limpio. Peina su cabello rubio con lociones que lo hacen lucir brillante. Su lenguaje es sumamente descriptivo, pues no es de extrañarse, ha desarrollado esta cualidad al vivir toda su vida junto a alguien que se sirve de explicaciones suntuosas.

Para obtener el arma se vale de la actitud inofensiva de su padre. Le insiste a la dueña de aquella pistola que la necesita para defenderlo de algún imprevisto. ¿Y qué tal si la usas para asaltar o para herir a alguien?, preguntó la mujer. No sería fácil robar con él a un lado, y de herir sólo lo haría cuando fuera necesario. No puedo vendértela. No es necesario que lo haga, no tengo dinero. ¿Quieres que te la regale? Su padre se da cuenta casi inmediatamente que su hijo posee algo que lo hace aún más arrogante frente a la gente. ¿Por qué tienes eso?, para matar aves y lagartijas.

La pareja tiene dos domicilios, viven en la ciudad en una habitación que la prima de Martín les presta. Viven en el pueblo en la casa que fuera de su esposa. Ahora están en el pueblo y Luis, hijo de un ciego, tiene demasiado tiempo para buscar aves y lagartijas que matar. La casa de Mariana se está cayendo, en el cuarto de su hija que

murió de frío (la primera hija que tuvieron dejó de vivir en una noche de invierno, sin llantos, sólo sus labios púrpura la delataron. La otra hija que tuvieron no nació, su vida alcanzó para matar a su madre desde el vientre), hay una inmensa grieta que va del techo al piso. Ahí ya crecen hierbas. La casa es un lugar casi inhabitable a punto de venirse abajo. Cuando Martín y su hijo están en el pueblo no piden limosna, parece que la miseria pagada es un oficio que sólo practican en la ciudad. En el pueblo no tienen benefactores, quizá porque a la primera ocasión que Luis extiende la mano no le darán monedas sino clavos y un martillo para trabajar. El único vínculo familiar que le queda a Martín es su hermano, un hombre mayor que se negó a cuidar a su hermano desde que era niño. La gente del pueblo sabe que en realidad sí se hizo cargo de su hermano pero dejó de hacerlo cuando se casó con Mariana, no era posible que lo prefiriera por Martín, un invidente. Lo difícil de comprender para él, que nunca hizo un esfuerzo por entender los motivos de cambiarlo por su hermano, era que ella se sabía amada por alguien que jamás la había visto y que suponía que no podía ser amado por ninguna mujer. Se casaron y tuvieron esos hijos. Podría decirse que Mariana adquirió la incertidumbre por el mundo visible y Martín la minuciosidad y las labores del hogar que jamás vio. Era una pareja misteriosa y eso fue la causa que hizo a su hermano, a la muerte de Mariana, buscar los medios para verlo decepcionado y ciego. Así moriría años más tarde, decepcionado y ciego, en una de las calles donde acostumbraba pedir limosna. Para

esto moriría primero su hermano, y antes su hijo Luis, que es el punto que atañe a esta historia.

La muerte de Luis viene pronto, una semana más tarde de comprada la pistola. Mi abuela decía que una pistola tarde o temprano mata a su dueño. Mi abuela no conoció a Luis porque es un personaje de mi imaginación, sin embargo, vio con sus largos años de vida historias semejantes. Luis se dedica a jugar con un indígena, que fue su amigo desde la infancia. Sus juegos son simples: disparan a botellas, a cortezas de árboles y amenazan a otros. Incluso juegan a dispararse, a ser el asesino y la víctima. Otro de los pasatiempos es enseñar el arma a las muchachas. Cuando están en el campo Martín no necesita de su hijo para sobrevivir, se sabe el lugar de memoria y nada cambia, acaso una casa que se ha derrumbado o ha muerto alguien y no lo sabe. Luis se dedica a jugar y se olvida de su padre. Junto a su amigo, un niño indígena, persigue una ardilla para dispararle. Hay una pequeña barda que deben saltar. Luis lleva el arma sujeta entre el pantalón y su cuerpo apuntando hacia arriba, cae al suelo casi sin vida, apenas tiene tiempo para mirar un álamo. La vida le da su última limosna y también su último obsequio, sonrío al saber que puede ver un álamo. Su amigo, un niño indígena, toma el arma y se va a su casa.

Nadie se atreve a darle la noticia al invidente, su hijo murió por una posta disparada involuntariamente y que se incrustó en el corazón del muchacho. No puede creerse, demasiado tonto, demasiadas muertes y desgracias para un ciego. Al final se lo dicen, y aquellas matronas

encargadas del mensaje se sorprenden de que el viejo no se ponga sentimental. Se lo dicen. ¿Martín, cómo es que no lloras? ¿Cómo es que no derramas ni una lágrima por quien fue casi como un bastón para ti? No fue un bastón para mí, dice, fue mis ojos, ahora estoy ciego de verdad, un ciego, se los digo porque no lo saben, no ve desde sus recuerdos, mucho menos un ciego de nacimiento como yo. Si no lloro es porque no vale la pena, la muerte no puede intimidarme, no sé en qué consiste, me imagino que se parece a esta oscuridad, sólo que en silencio, esta oscuridad pero sin el ruido de la vida. Las mujeres no dicen nada, se van. El tío del muchacho vive cerca, le ofrece a Martín su casa para velar al niño, él no quiere velarlo, sin embargo le insiste porque hay más de una persona que quiere ver al muerto para llorarle aunque no lo haya conocido.

Al cabo de un día, después de inspeccionar y hacer oficial su muerte, el cuerpo del joven es llevado a la casa de su tío. Lo colocan en medio de la sala. Hay demasiadas lágrimas, lágrimas como limosnas, pues el dinero que se le da a la gente por caridad se le da porque son desconocidos, no me refiero a una forma física por supuesto, o a un reconocimiento de la persona, sino a que no conocen su condición porque les está velada. Luis lleva puesta una manta que sirve en los días que no corresponden a los de velar a un muerto como manta para colar la leche y para separarla del suero cuando se hace queso. El cuerpo fue entregado desnudo, de hecho, la manta tiene un poco de sangre. Una mujer se levanta en el instante exacto en que entra Martín en

la sala. No puede soportarlo, llora frente al cadáver y le pide a Martín que lllore con ella. ¿Por qué él y no tú? Tú eres el ciego, tú no quieres vivir. Los cirios se apagan, Martín no contesta, tan sólo le pide a la mujer que le describa a su hijo muerto. Es igual Martín, es el mismo. Está sonriendo, no tiene camisa. ¿Conociste a tu hijo desnudo? Esta vez está pálido, mucho, sus labios son tan púrpura como los de tu hija cuando murió, o los de Mariana. Tiene los ojos cerrados como los tuyos, podría decir que tiene tus ojos, ahora ve lo que estás viendo. Parece que está dormido y tiene frío, que quiere cubrirse, pero un sueño tan calmo lo distrae. ¿Por qué quieres saber cómo es? Entiérrenlo ya, pide Martín, es tiempo de que lo entierren.

La casa de Mariana pronto se caerá. Primero murió Luis, luego dos semanas después su tío, a causa de un paro cardíaco. Aún pasaría mucho tiempo para que aquel hombre ciego no cerrara los ojos sino la respiración y entendiera por fin lo que significa la vida en silencio.

Orlando Ortiz (1945)

Tampico, Tamaulipas

La adopción

Doña Ninfa Cisneros caminaba con paso apurado por la única calle más o menos decente de aquel pueblo de llega-y-vete. Ahí nunca pasa nada y no hay mucho qué ver: su placita de armas con tres o cuatro árboles trespeques y las dos bancas que, como dice el letrero del respaldo, regaló doña Minerva Treviño (boutique y varios, con fotocopiadora anexa); también están la presidencia municipal con la cárcel a un lado, una fonda que dicen restorán con cuartos como de hotel (para fuereños sólo, no para lo que se les ofrezca a las mujeres de la vida, porque esas andan por el mercado) y un almacén que tiene cosas del “otro lado”, y también desde semillas y aperos de siembra hasta medicinas de patente, para cristianos y ganado; la funeraria del Chueco González, que lleva por apelativo Ambrosio, pero nadie lo conoce como tal.

Para más datos, el pueblo está en la frontera, justo con el río Bravo en su cabecera.

La escuela primaria no queda lejos del centro, y secundaria ni para remedio, pero sí hay como diez cantinas, ninguna en la plaza de armas porque las mentadas “fuerzas vivas” lo impidieron.

Ni quiosco había en la placita de armas, así que doña Ninfa la atravesó en diagonal, como si fuera hacia la silla con toldito de lona que usa Margarito, el bolero del pueblo. Lo saludó, igual que siempre. Y como siempre, el susodicho le preguntó a dónde iba; la señora le respondió que hasta la pregunta es necia, Márgaro, es viernes, voy al panteón. Ni tan necia, Ninfitita, le dijo el hombre, porque malpensé que iba como todos a ver a los muertos. Las palabras surtieron efecto, se detuvo dizque a secarse el sudor de la frente pero fue más bien para darle tiempo al infeliz de que le contara todo el asunto. Aunque se lo imaginaba.

El martes de la semana pasada, cuando ya estaba pardeando, llegó Hilario, el del rancho Los Rastrojos, para avisar a las autoridades que había unos cadáveres ya muertos en una de sus labores, la que queda juntito al río; como ya era tarde fueron a recogerlos hasta el miércoles. El comandante Pancho, y Dámaso el alcalde, dijeron que estaban baleados por la espalda pero todo apuntaba a que los habían balaceado en el otro lado, seguro los rinches o algunos de esos que andan ejecutando a los mojados, y que luego los echaron al río. Pero eso no es novedad, apuntó la mujer, fue la semana pasada y casi cada de vez en diario matan a algún paisano. Pero mal que bien se saben luego sus generales — replicó el bolero— y nos los mandan como

quien dice ya etiquetados, pero estos no traían papeles ni nada y los tienen en la cárcel con hielo seco; lo alarmoso es que a pesar de que mandaron avisos para todas partes y han venido paisanos a verlos desde no sé-dónde, nadie los reclama y el presidente municipal y el comandante ya no saben qué hacer con los muertitos.

La mujer se encogió de hombros y reanudó su camino. El panteón está en las afueras, pero el pueblo no es muy grande, así que en dos patadas ya estaba ahí. Nomás traspuso el falsete de la entrada se le pintó en la cara una sonrisota de orgullo. A leguas se veía cuál era la tumba de Ramiro Zúñiga, su difunto marido. Las otras tenían unas tristes cruces de madera, negras o deslavadas, y no faltaban algunas con lápida gris o negra, todas muy lúgubres; en cambio la de Ramiro viejo, su difunto, era una chulada, hasta daba gusto verla. La cruz era azul celeste con toquécitos blancos, el nichito para las veladoras y la lápida las había pintado de amarillo, y alrededor tenía sembradas flores de colores según la temporada. Todos los viernes iba a moverles la tierra, para que las raíces estuvieran a gusto, a quitar la hierba, a regarlas y ponerles vitaminas.

La gente decía que estaba medio zafada porque siempre había flores en la tumba y no dejaba semana sin ir a cuidarlas, llueva, truene o relampaguee, así ande con reumas, traiga dolor de costado o me haya dado esa tos de perro que a veces no me deja ni dormir, decía. Pero la verdad es que eso de una tumba que no lo pareciera había sido idea de su difunto. Primero

porque a ella le enfadan muchos las gentes que se la pasaban años y años de luto entero, todas de negro; segundo, porque él le dijo que una cruz o una lápida negra y triste la iba a entristecer a ella; y luego, porque tampoco él quería apesadumbrarse viéndola a ella toda mustia y enlobregada.

Doña Ninfa era tan meticulosa con el jardincito de la sepultura, que cuando cambiaba la temporada y no podía ir personalmente al otro lado por los sobrecitos de semilla y tubérculos de las flores, se los encargaba a su comadre Raquel, que vive en Reynosa y casi a diario cruza el puente porque es medio afrentosa y dice que de allá trae todo su mandado, menos las tortillas de maíz, que son mejores acá, y las sodas, que vienen siendo más baratas de este lado, sabe Dios por qué si es que allá las inventaron.

Cuando la tumba de su difunto Ramiro ya está como nueva, desanda el camino y llega a su casa a comer cualquier cosa. Lava los trastes que usó, al cabo son unos poquitos, y se sienta en la mecedora que tiene en el porche, a sentir su soledad y rumiar sabe Dios cuántas cosas. A veces, de tanto pensar, se llega a arrepentir de haber vendido las tierras de labor, pues al menos tendría pretexto para ir a ver lo que hicieran sus peones y no se aburriría. Pero no, dejó que sus hijos la convencieran de que no iba a poder atender las tierras y las vendió; luego les repartió el dinero y dejó sólo uno centavitos para ella, que los presta a rédito. De eso vive. Los hijos, apenas tuvieron el dinero se fueron al otro lado; Ramiro chico, hasta Chicago; Cha-

bela no tan lejos, se quedó en Edinburg pero no la viene a visitar y jamás le trae a los nietos; Servando puso un changarro en la Isla del Padre; Dante trabaja en Atlanta; y Lola sabe Dios dónde ande, a veces hasta piensa que se echó a la vida, desde chamaca le salió muy repelona, de cascos ligeros, inútil e irresponsable.

Su Ramiro ha de estar que se retuerce en la tumba viendo que sus hijos le salieron peor que entenados y que a ella la tienen más abandonada que a unas chanclas viejas. Si al menos de vez en cuando le trajeran a los nietos, para no estar tan sola y tener algo que hacer. Ya ni ganas le dan de cuidar la huertita y el jardín que rodean su casa, prefiere ir al panteón, pero con un día que vaya basta; luego no le queda más que estar vegetando en su casa, o cuando mucho visitar a alguna amiga de las pocas que le quedan, porque la mayoría se las han llevado sus hijos a vivir con ellos en otra parte. Tuvieron esa suerte, en cambio ella... tiene que inventarse otras cosas, porque no es muy de iglesia, prefiere rezar en su casa, tampoco le atraen la tele ni el radio, que tal vez ya hasta se descompusieron de tanto que no los usa. Y lo peor es que se siente tan sana que seguro le falta un buen rato para irse a reunir con Ramiro viejo, con su difunto, pues.

Si sus hijos y nietos la visitaran tendría el jardín hecho una chulada y la casa bien cuidadita, pero cuando sabe que es nomás para ella, ni ganas le dan de barrer o mopear el piso. Necesita algo, siente doña Ninfa, algo que la aleje de tan nefastas ideas y pensamientos más prietos que Margarito, el bolero del pueblo, que de tanto

estar al sol en la plaza de armas se ha ido poniendo medio cambujo. No es fácil llevar la soledad, menos cuando se está sola, piensa, y no dan ganas de hacer nada de nada. Ese sentimiento se le guindó tan fuerte del alma ese viernes, que no la dejaba dormir; tuvo que pararse en la madrugada a hacerse un tecito de anís de estrella con flor de azahar; pero ni así pudo pegar los ojos, estuvo vuelta y vuelta en el colchón, hasta que amaneció. Almorzó cualquier cosa, luego lavó unos cuantos trapos y planchó otros poquitos —qué tanta ropa sucia puede juntarse cuando está una sola— para dar tiempo a que fuera hora de ir a donde pensaba ir.

Y dejó pasar más tiempo, porque no acababa de decidirse. Finalmente agarró rumbo al centro, como de costumbre, por la única calle más o menos decente del pueblo y cruzó la placita de armas, pero en línea recta, de manera que saludó de lejos a Margarito. El policía que estaba en la puerta del palacio municipal se le cuadró y ella siguió de frente hasta la oficina de Dámaso Cuéllar, el alcalde, al que conocía desde niño, por eso entró sin mayores miramientos y sin saludos ni nada, le preguntó qué tenía que hacer para una adopción. Ya me cansé de estar sola, Dámaso. Éste no pudo disimular su sorpresa. No respondió de inmediato, se dio su tiempo para cerciorarse de que era la doña Ninfa que había conocido siempre, o sea la que ya le andaba rascando a los ochenta. Usted ya no está para esos trotes, Ninfitita, imagínese lo que sufriría lidiando con güercos llorones, traviosos, o que se enferman y dan una guerra que ni dios padre aguanta, respondió el alcalde. La soledad es

muy fastidiosa Damasito, ni te imaginas cuánto, y yo más bien digo, cómo te diré. A ver, Ninfitita, dígame qué ocurrencia se trae, le preguntó y se sentaron a platicar.

La semana siguiente Margarito, el bolero del pueblo, no se cansaba de relatarle a sus clientes lo de las adopciones de doña Ninfa Cisneros, historia que el mismo Dámaso le había contado. A todos les decía que él le dijo que ni lo había pensado dos veces cuando la mujer le explicó que quería adoptar a los dos muertitos que arrojó el río Bravo en una de las labores de Hilario, el del rancho Los Rastrojos, y que nadie reclamaba. Así tendría al menos otras dos tumbas que cuidar con el mismo esmero con que cuidaba la de su difunto marido, que ni modo que a estas alturas fuera a ponerse celoso de esos desconocidos que tenían menos años que sus malagradecidos hijos. Además, le había encomendado a los adoptados que buscaran por allá a su difunto y platicaran con él, para que no se aburriera.

Ahora Margarito la ve pasar por la plaza de armas tres veces a la semana y le late que doña Ninfa va a acabar adoptando por lo menos otros dos muertitos indocumentados. Así completará su jornada semanal, comenta con cierta socarronería.

Orlando Ortiz (1945)

Tampico, Tamaulipas

La niña

Mami no me entiende, le digo que no llore y sigue chilla y chilla y a mí me da miedo, no quiero que luego diga que es por mi culpa y abusona que soy, que me porté mal y vuelva todo a que por malcriada y traviesa las nalgadas y yo a chillar pero nomás tantito, después se me olvidaba, salía a jugar al patio o a la calle y rájales de nuevo quesque te machucan los carros o te va a dar chorrillo por tragar mangos cocoyos o guayabas asoleadas o que ya pisoteaste las flores y luego tu abuelita se enoja quesque porque no las cuidó y a ti muchacha del demonio que ni te dicen nada y una fregándose todo el día en el trajín de la casa de aquí para allá, desconsiderada, y el coscorrón o el pellizco que ya hasta los echaba de menos cuando se le olvidaba sorrajármelos porque vete a traerme una cebolla con don Rafa pero no te cruces la calle y fijate por donde caminas que ni había por qué, con la

tienda en la esquina y las señoras compre y compre que la manteca o el fideo suelto y el niño de la señora Lolita, el de brazos, se rió conmigo, y yo le hice caras y como está gordito se veía rechispas al reírse y hacerme fiestas hasta que se fue moviendo sus manitas y risa y risa de lo gestosa que yo estaba cuando me dijo don Rafa qué te doy a mí se me olvidó y por ponerme a pensar llegó doña Rosa por un cuarto de almidón y don Rafa le platicó que ya todo iba a subir, que no era negocio el negocio y yo me quedé viendo los dulces que él tenía metidos en un frasco de vidrio encima del mostrador, junto a las pilas de tomates y calabacitas y cilantro y cebollas y naranjas y limones y el queso del que cortaba un cacho cuando me mandaban a comprar dos pesos, pero que te dé del fresco, decía mi papá, y los frascos de vidrio como pelotas, llenos de chiles en vinagre, que te venda un tostón de jalapeños, pero a mí más me gustaba ver la vitrina, tan llena de todo y colores que me la pasaba viendo de un lado los panes de dulce, luego los dulces envueltos en celofán y chocolates de los caros, tinlarín y éstos, los chicles en papel orito, los coquitos, luego botones de muchos colores y tamaños, prendedores negros con bolita en las puntas, listones, hilos, chaquiras, bieses, carritos, muñequitos de plástico, todo en cajitas de cartón, los dulces y los hilos y todo, en cajitas cada cosa, a veces revueltos pero viéndose tan bonitos los colores que se chorreaban de una caja a la otra y quedaba un chicle de los de papel orito entre los botones, o un botón rojo entre los coquitos o la punta de un listón azul entre

las cocadas amarillas, hasta que llegaba mamá grita y grita escuincla mensa, que te encargo las cosas y te quedas pazguateando como babosa, y usted que siempre no me la despacha don Rafa, que yo le pregunté y no sé qué tanto se decían y yo regresaba con mami a casa y doliéndome retefeó el jalón de orejas que me dio pero ya se me había pasado cuando llegó mi papá a comer y mami le dijo que ya no aguanto a tu hija, que se encaramó al mango y rompió todito el vestido nuevo, nomás anda de chiricueta y machorra trepándose aquí, rompiendo allá, como la muñeca, ya ves, no le duró ni una semana, pero mi papi comía y dice quesque soy niña y mi mamá que más se enojaba hasta casi llorar y yo le decía te juro por diosito santo que ya no voy a travesear y riácatelas el cachetadón, que no hay que jurar el nombre de dios en vano y no le pegues que está chiquita, vieja, y tú que la defiendes pero la voy a amarrar a ver si entiende la muy latosa a estarse quieta y me quedaba muy quietita en las noches cuando me dormía, menos cuando me daban ganas de hacer chis y me despertaba al baño y encontraba a mami llorando solita en lo oscuro y yo iba a decirle que no tenga miedo, que no llore y ella que tu padre es un cabrón desgraciado que por andar con güilas y eso y me abraza y me arrulla, yo sentía bonito y me dormía con ella y soñaba cosas de colores, esas güilas que de seguro habían de ser como hadas que hacían que mi mamá me quisiera, la vitrina de don Rafa y todo, y le digo a mamita no llores, ya no voy a ser traviesa, diles a los doctores y que suelta un chillido como grito de las

comedias del radio y yo no quiero que mamita chille y vaya a decir que por mi culpa y crea que de traviesa sigo igual, que sigo como cuando vino a jugar Chayito y yo le jalé las trenzas y gritó, y zas las nalgadas por abusiva y machetona, que Chayito es más chica que tú, abusona, que lo más malo que hay en el mundo es hacer llorar a la gente, escuincla pelada, marimacha y manolarga, a ver si amarrada entiendes, y Chayito que se reía y yo que de puro coraje le tiro una patada y se quita y le pego a la mesita y se cae el florero en los monitos como de vidrio blanco y se rompe todo y hasta con el cinturón me pegaron, por chiquilla traviesa y berrinchuda te quedas en el rincón, pero al ratito venía y vete a jugar hijita, y yo corría al patio pero al rato que por qué le jalas la cola al micho, molona malora, no seas traviesa, o que se cae un plato o se me iba la pelota y ya rompiste la ventana, estoy harta, no te estás quieta y luego me dijo que te arreglas para ir al centro a comprar el bies y los botones de tu vestido y que me pongo de las cremas en los cachetes como mamita cuando va a salir pero ella se enojó que ya te empuercaste el vestido, traviesa, ya no te aguanto, ahora sí te amarro y te quedas en la casa, mocosa del demonio. Ya no lo vuelvo a hacer mamacita, gritaba y lloraba, pero estaba como nunca enojada y me amarró las manos con el elástico que tenía para pegarle a los calzoncillos de mi papá y me jaloneó de las greñas y me amarró las manos al sillón, aquí te quedas sola y amarrada a que vuelva para que aprendas a portarte bien, escuincla, se fue y yo chilla y chilla sola y con susto y con las hormiguitas por adentro

de las manos, chillando hasta que me dio hipo y luego risa de que el hipo me cortara los chillidos y unos como piquetes de alfiler en las manos que se iban poniendo moradas del berrinche de estar amarradas y me dolían del susto de estar sola y más llora y llora con risas por el hipo y hasta el brazo medio entumido del dolor en mis manitas el buti de horas y horas que ya ni dolían cuando llegó mami y Jesús bendito que no sé qué y me trajo a que me curaran los doctores, cuando desperté de la inyección tenía los trapitos blancos enrollados en las muñecas, mamá chillando porque no me entiende que no quiero que llore para que no se crea que soy mala y le dije ya me voy a portar bien. Mami, dile a los doctores que me pongan mis manitas, y más lloró y si sigue con su chille y chille van a decir que fue por mi culpa y no quiero.

Julio Pesina (1973)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Pastillas para el abandono

A Doña Francisca “Panchita” Rodríguez

Por las tardes los muchachos se van a la universidad y sólo los ruidos de los perros logran perturbar la calma. Ni siquiera el viento, que en ocasiones despierta los árboles y los incita a luchar con sus ramas, parece darle vida a la casa; adentro hay vida, desde luego, pero no es una vida que podamos llamar activa, es sólo la costumbre de seguir viviendo; el tipo de vida que se puede encontrar en una casa silenciosa, quieta e imperturbable.

Allá en el fondo, sentada en su banquita, con una canasta llena de hilos en el regazo y entre sus manos la costura del día, está Panchita; ochenta y cinco años a cuestras; varias vidas acumuladas a lo largo y ancho de su piel, pesándole en cada arruga; pasa y vuelve a pasar la aguja a través del pedazo de tela como si quisiera dejar algo de su vida en el lienzo. Panchita tiene

su cuarto propio porque aún en los hogares más pobres llega el momento en que a los viejos les construyen su lugar aparte, no tanto para que se sientan cómodos, sino para evitar que estorben a los demás.

Panchita suspende la costura de vez en cuando y dirige la mirada hacia el umbral de su habitación; aguarda unos minutos, sabe que la espera será inútil, pero espera; anhela ver entrar por esa puerta, rodando, la pelota de los niños, sus bisnietos, y detrás de ella a alguno de ellos. Pero los niños crecieron y han entrado en esa etapa en que el olor a viejo suele provocar jaquecas.

La anciana tiene el cuerpo débil, marchito por los golpes de la vida; de su cabeza, los cabellos cenicientos se desprenden como las hojas muertas al final del año; sólo sus ojos grises son vivaces, brillantes, resplandecientes; aunque alguna vez esos ojos no fueron grises, ese color es más bien el resultado de los años, como todas las cosas que se van decolorando con el tiempo y el uso continuo; ojos que tal vez ya han visto demasiado, pero que se niegan a dejar de ver, a caducar, igual que los girasoles tendidos al sol; esos ojos son los más vivos que alguien pueda imaginar, son dos oasis de vida en medio de toda esa agonía que es la existencia de Panchita.

Ella hilvana la aguja con la destreza de un cirujano mientras susurra algún himno religioso o una canción de la época revolucionaria; a veces parece discutir con alguien que sólo existe en su endeble y caprichosa memoria; pero sus ojos grises son tan vigorosos que

leen sin dificultad la diminuta letra de la biblia de bolsillo que le regalaron los evangélicos y son aún tan avispados que pueden hurgar en la conciencia y en el corazón de quien le sostenga la mirada. Tal vez sea por eso que los muchachos evitan acercarse a ella.

Hace unos cuantos años, cuando los bisnietos aún eran niños, olvidaban sus juegos para formar un círculo alrededor de Panchita, obligándola a interrumpir su costura para que les contara un cuento; ella les contaba los clásicos, aunque con sutiles modificaciones; en sus versiones, Hansel y Gretel podían llamarse Juanito y Rosita, y los héroes solían terminar ahorcados o fusilados porque su mente ya no logra discernir con claridad entre la ficción y sus propias experiencias. Panchita era una excelente cuentacuentos, aún lo es, sólo que ya nadie quiere escuchar sus historias.

Las historias de Panchita están encerradas en las fotografías en blanco y negro que guarda entre sus parcas pertenencias y que de vez en cuando desarruga humedeciéndolas con sus propias lágrimas; son esas fotos en las que aparecen ella y sus nietos rodeando los ataúdes de sus familiares. Dice el refrán que las desgracias nunca vienen solas, eso le pasó a Panchita cuando tenía sesenta años, su única hija murió de cáncer, su yerno de un balazo, su esposo de un infarto y su mamá de vejez, todos el mismo año, de modo que ella sola tuvo que hacerse cargo de los nietos.

Los recuerdos son dolorosos, son como las heridas que sólo cicatrizan en la superficie, en cualquier momento vuelven a reventar. Panchita no se ha dado

cuenta pero se está limpiando lágrimas y mocos con la costura; ¿qué importa?, es un trabajo más que terminará arrumbado junto con las otras costuras que hoy son guaridas de cucarachas. Lejos quedaron los tiempos en que los niños se sentían satisfechos con una caricia, con una sonrisa de Panchita, aunque ahora que lo piensa, ya no sabe distinguir en sus recuerdos a sus nietos de los bisnietos, ¿qué más da?, a todos los cuidó como si fueran sus propios hijos.

Por eso es que Panchita parece de cien años, lo único que la vida no ha podido arrancarle es la energía de los ojos. Es el tipo de ojos que deben tener las personas de carácter fuerte, de un carácter tan fuerte como para callar el dolor. Panchita ha aprendido a sufrir en silencio por tres razones: en primer lugar porque como buena cristiana, sabe que el camino a la vida eterna es difícil y se debe llevar en silencio; en segundo porque ha recibido tantos golpes de la vida que ninguno puede hacerla desesperar, y en tercero porque a los lamentos de una anciana ni siquiera el eco se digna contestar.

A Panchita ya no la llaman a la mesa, su nieta le trae la comida hasta la recámara. Ella no sabe por qué la hicieron a un lado, no hubo explicación al respecto, lo que sí sabe es que la comida ya no le gusta y que lo que necesita es algo fresco, algo que apague un poco la fiebre que hay en su interior, ese fuego que la lastima, que la pone de malas; pero sus súplicas se quedan resonando en el vacío.

Panchita siente un dolor en los huesos, le duelen como si estuviera cargando al mundo sobre sus hom-

bros; le duele también el pecho, con un dolor que le corre en forma de fuego enfurecido desde el estómago hasta el cuello y luego se le esconde entre las costillas, pero lo que más le duele es el olvido, y ese no sabe exactamente dónde le cala, si en el estómago o en el corazón, aunque bien sabe que en alguna parte se le queda arraigado; lo ha sentido avanzar, crecer, cebarse día con día en sus entrañas, devorando su ser poco a poquito.

A Panchita la llevan cada mes al hospital, la mantienen bajo revisiones periódicas desde la vez que sufrió la trombosis, hace cinco años. La última vez fue el viernes pasado, le hicieron los estudios de costumbre y su nieta fue hoy a recoger los resultados.

Al regreso de la nieta hubo una reunión en la sala, los sollozos se escucharon hasta el cuarto de Panchita, pero ella no interrumpió la costura, sus oídos no son tan vigorosos como los ojos grises. Luego la mujer vino y le estuvo acariciando la frente, le peinó los cabellos cenizos; por unos instantes ambas dejaron escurrir el llanto silencioso. La nieta dobló cariñosamente el húmedo pedazo de tela y le dio unas pastillas amarillas argumentando que eran vitaminas, aunque Panchita sospecha que el médico las ordenó para paliar los dolores que cada vez son más intensos. Las encerró entre sus manos sin averiguar, se sintió aliviada del abandono, su nieta le estaba ofreciendo jugo de naranja para pasarse las pastillas. Se quedó mirando el líquido fresco con esos ojos sagaces como de niña y se apresuró a beber por fin algo que contenga un poco el fuego que se empieza a extender hacia su corazón.

Juan Miguel Pérez Gómez (1975)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

Mal de amores

Poca gente ha sufrido el mal de amores como lo sufrió Angustias Tejada. La noche de bodas su novio se fugó con el vestido de novia. Es común que en estos casos se adquiera el mal, ya que es sabido que si no se recibe apoyo a la brevedad el alma envenena los glóbulos rojos, y estando sola hay pocas esperanzas, una de ellas es inmediatamente beberte la botella de champaña. Después de salir de cuidados intensivos debía reincorporarse a la sociedad poco a poquito, ya que un cambio brusco en su estado de ánimo podría causarle una muerte tan intensa que correría el riesgo de afectar, incluso, su predestinada reencarnación y acabar de ánima en pena. Le recomendaron mucha tristeza y no mirar directamente a una persona que cayera de espaldas.

Murió de un ataque de risa. Su muerte dejó muchos misterios, se cree que fue asesinada. Resulta que en-

contrándose en un restaurante, un hombre pasó junto a su mesa y tropezó cayendo de espaldas, allí comenzó el ataque. Lograron trasladarla al hospital, pero las carcajadas estaban muy avanzadas y las inyecciones intravenosas depresivas no ayudaron. Le estiraron el cabello, le escupieron la cara, llegaron donadores de lágrimas y recuerdos tristes, no reaccionó. Le dejaron a oscuras, le untaron soledad, le dieron descargas de melancolía y nostalgia mientras le conectaban suero de complejo de culpa. Todo fue en vano. Al final de cuentas se puede decir que Angustias permaneció contenta hasta el último momento.

Testigos reconocieron al tipo que cayó de espaldas, dicen se trata de un asesino a sueldo. Lo detuvieron cuando intentó huir. De comprobarse que no fue un accidente será donado en vida a la escuela de medicina que experimenta vacunas para el mal.

Juan Miguel Pérez Gómez (1975)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

El pianista

Desde temprana edad mostró inclinación por la música. Fue a sus trece años, cuando visitó a su abuela, que vivía fuera de la ciudad, que encontró arrumbado en el sótano, cobijado por una capa de polvo y telarañas, hecho un multifamiliar de insectos, al piano que sería su todo. Lo tocó, sus primeras palabras fueron do, re, mi. El piano, como buen vino añejado, sonaba fino y profundo. El adolescente pasó el verano limpiándolo y tocando bellas melodías que improvisaba en comunión con las teclas.

Pasados los años se recibió de la academia de música y volvió a visitar al piano (la abuela aún vivía, si no la menciono es porque había pasado a un segundo término). Sin dudar lo gastó sus ahorros de estudiante en una mudanza.

No se separarían más. El pianista estableció una relación tan estrecha con el piano que parecía una extensión

del instrumento cuando lo tocaba. Un día comentó que llegó a quedarse dormido en medio de una presentación y que sus dedos bailaron solos en las teclas. Al final de un concierto, antes de agradecer aplausos besaba con fervor al piano.

Al iniciar una temporada en un recital, el piano descubrió que el pianista portaba un anillo de casado. La música desafinó, los dedos del pianista se adhirieron a las teclas, la melodía se metió a su cuerpo, le selló los labios y comenzó a manipularlo. Ya en control, las manos se movían a una velocidad anormal. Sólo él pudo sentir el calor de las venas que se transformaron en cuerdas. La gente se puso de pie ante el armonioso espectáculo, y palideció al ver caer, cual fruta podrida, la cabeza del pianista sobre el piano. Taaaann.

Constancio Porras Botello (1947)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

La prueba del amor

La vid destila a través de sus raíces la esencia de la tierra; el hombre le añade una cualidad espiritual con la fermentación. En toda boda, el vino propicia una gran alegría, vino que representa el espíritu, en su intención de fecundarse, durante la unión de un hombre y una mujer, del cielo y de la tierra. Por eso, cuando quedó solucionado el asunto del vino en la boda de ayer, y a pesar de que se le bebió como agua, la ceremonia y la fiesta se desarrollaron en un ambiente grato para la pareja y para los invitados. Sí, yo probé de aquel vino, que parecía acariciarme al descender por la garganta. Nos alegró la mente y logró que todos los asistentes a la ceremonia nos sintiéramos contentos, en comunión con la vida. No llegué a embriagarme; pude disfrutar la circunstancia del momento igual que los demás. No quise negarme a esa experiencia.

Y cuando anocheció, me retiré al lugar que me asignaron; traté de conciliar el sueño, de reposar mi cuerpo cansado, pues al día siguiente, nos esperaba una larga caminata.

Entonces ella, la que ha estado a mi lado desde hace días, la que ya forma parte de mi entorno, se deslizó hasta mí. Permaneció en silencio, esperando mi reacción. Yo, al sentir la cercanía de su cuerpo, al sentir sus manos en el mío, decidí vivir algo que aún no conocía.

Anoche comprendí que aquella chispa de la divinidad que encienden un hombre y una mujer durante su encuentro íntimo, les proporciona un vislumbre de la eternidad. Me di cuenta de que ese acto de placer es como dar vida a mundos y lanzarlos al espacio, o como apagar estrellas; es experimentar una pequeña muerte, en compañía, sin morir, y una resurrección.

Sé que muchos acontecimientos de mi vida no van a ser descritos, y los que pervivan a través del tiempo serán interpretados al arbitrio de muchos. Mas habrá también otros que entiendan mi mensaje. Que imaginen los hechos que no se van a escribir acerca de mí, y les den una interpretación justa desde el centro de su alma.

Hoy vamos de regreso a nuestra tierra bajo un sol candente; ella viene atrás de mí en compañía de mi madre, y rehúye mi mirada con una leve sonrisa en su rostro. Pero ella debe comprender que jamás se repetirá cuanto compartimos anoche.

Ella, María Magdalena, debe comprenderlo.

Constancio Porras Botello (1947)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Descenso

Él era uno de los maestros más tolerantes, pero esta vez Manuel Sibuna había rebasado la medida. Se puso de pie.

—Haga el favor de abandonar el salón de clases —dijo con un temblor de voz que los alumnos no supieron interpretar si era de cólera o de miedo. Manuel pensó que de miedo.

—¿Yo, maestro? —preguntó el joven que ocupaba un lugar en la última fila.

—Sí, usted. Es demasiado lo que le he aguantado.

El muchacho se levantó despacio, y se alejó con aires de gran señor. Antes de salir hizo una mueca obscena al maestro. Éste enrojeció, y con odio lo miró alejarse. Después regresó de nuevo a su lugar, detrás del escritorio. “Me las vas a pagar todas juntas”, pensó. Miraba absorto el hueco de la puerta cuando el silencio en que se encontraba la clase lo hizo volver en sí. Enro-

jeció otra vez, al notar que era el centro de las miradas de los alumnos. Tosió para aclararse la garganta. Le preguntó al primero de la fila más cercana en qué se habían quedado antes de la interrupción.

—En Kant, maestro —respondió— íbamos a empezar a repasarlo.

—Ah, sí, tiene razón, en Kant.

Se quitó los espejuelos y los limpió con su pañuelo. Luego continuó:

—Pues sí señores, Kant es uno de los filósofos que...

Manuel estaba decidido a esperar al maestro Cervero el tiempo que fuera necesario hasta que pasara por aquel lugar, cercano a la parada del autobús que lo llevaría a su casa. En la dirección de la escuela averiguó que el maestro salía de dar clases a las tres de la tarde. Tenía ya treinta minutos esperándolo para ofrecerle disculpas por su mal comportamiento en el año, y sobre todo, el de esa mañana. Los exámenes se acercaban y era necesario estar bien con los profesores, aun con éste. Recordó la amenaza de su padre: “Si repruebas una sola materia, fue tu último año en la escuela. Inmediatamente te pondrás a trabajar. Ya me hartaste”.

Fumaba su tercer cigarro a la sombra de un árbol, cuando a lo lejos vio que se acercaba el profesor, con aquel traje negro, el único que le conocían en la escuela, y el portafolio oscuro bajo su brazo. Manuel lo contempló. Lo despreció más. Despreciaba su timidez,

su apocamiento, su debilidad, su figura y su todo. Le dio una última fumada al cigarro, antes de arrojarlo en la acera y comprimirlo con el pie.

El muchacho abandonó su actitud y se plantó a mitad de la banqueta. El maestro no reparó en la presencia de Manuel hasta que lo tuvo enfrente, y casi choca con él. Se miraron un instante, sin decir palabra.

—Maestro Cervero, quiero hablar con usted... pedirle perdón si le falté al respeto. Verá usted, yo digo las cosas sin pensar, y ahora en la mañana se me fue la lengua. Discúlpeme por favor.

El profesor observó la cara del muchacho; observó también aquel cuerpo de toro que imponía respeto a toda la escuela, los músculos que le hubiera gustado tener en lugar de su cuerpo pequeño, fofo.

—Precisamente ahorita, antes de salir, iba a reportar su caso a la dirección y...

—¡No lo haga!, serían capaces de expulsarme —interrumpió Manuel en tono lastimero.

—Previendo que usted acudiría a mí a excusarse, no lo hice —dijo mostrando por primera vez firmeza ante él—. Naturalmente esto no va a quedar así. Le voy a dejar un trabajo que va a servirle mucho en su examen. Pero caminemos, y mientras tanto le explicaré qué deberá estudiar.

Empezaron a caminar, el maestro rozando con su mano los muros de las casas y Manuel al lado de la calle. El profesor continuó la conversación.

—Tiene que estudiar lo más que pueda todo lo relativo a los filósofos griegos.

—¿Quiere decir que será una especie de prueba?

—Pues sí, se le puede llamar prueba. Digamos más bien un examen personal. En la próxima clase yo le tomaré la lección y si compruebo que estudió, olvidaré sus insultos de todo el año.

—¿Y... en caso de que no?

—Me veré obligado a reportar su comportamiento a la dirección.

—Pero es que ahora fue el último día de clases. Hoy salimos a preparar exámenes.

—¿Pues qué día es hoy?

—Miércoles.

—¡Miércoles! Qué rápido pasan los días. Pero no importa, usted estudia y el sábado en la tarde va a mi casa; ahí le tomaré la lección. Miércoles. Tiene para estudiar jueves, viernes y sábado por las mañanas, porque por las tardes va al gimnasio. ¿No es así?

Manuel dejó de caminar y lo miró extrañado.

—Yo nunca le conté que por las tardes voy al gimnasio. ¿Cómo lo supo?

El maestro se detuvo a tres pasos de él y sostuvo su mirada.

—¿No? ¿Nunca me lo dijo?... Qué raro. No recuerdo cómo me enteré.

Continuaron caminando pensativos.

—Como le decía, estudie hasta que esté bien seguro de poder contestar todo lo que le pregunte acerca de la filosofía helenista.

—Acabo de recordar que no tengo libro. No he vuelto a ver al cuate al que se lo presté.

—Esa no es una excusa para no estudiar. Vaya a casa de un compañero y consiga otro. O todos los que pueda. Si va a comprar uno nuevo le recomiendo el de la editorial Hércules. La memoria ya no me ayuda mucho y no recuerdo el nombre del autor, pero es un libro empastado en negro —luego agregó—. Negro, qué bello color y qué incomprendido.

—¿Me da su dirección?

Manuel, con esas palabras, pareció bajarlo de la nube oscura hasta donde se había elevado.

—¿Eh? Ah, sí, mi domicilio. Vivo en la colonia Olimpo, en la calle Hipnos 333. Ahí lo espero el sábado por la tarde. Estudie.

Garabateó en una caja de cerillos y la guardó junto con la pluma en la bolsa de la camisa.

—Bueno, muchas gracias. El sábado iré a su casa —finalizó el muchacho y se alejó en sentido contrario al que llevaban.

El maestro se fue mascullando: “Maldito, seguro que se está riendo de mí, de mi modo de caminar”. Después apretó las mandíbulas al recordar aquella risa de hiena que lo sacaba de quicio. Aquella risa que acompañaba todas sus clases, aquella risa.

Manuel se perdió en el laberinto de callejuelas que era la colonia Olimpo. Cansado de andar de un lado a otro sin encontrar la calle que buscaba, decidió pedir ayuda. Vio en la acera opuesta a un hombre con ropa andrajosa y se dirigió a él.

—Perdone, busco la calle Hipnos.

Sin verlo a la cara, el hombre le hizo una seña que Manuel interpretó como una orden de que lo siguiera. Caminaron dos cuadras sin encontrarse con nadie. Manuel buscó el nombre de la calle desolada por la cual iban. Vio una placa de metal en la que estaba escrito “Aque...” y otras letras borradas.

—¿Falta mucho para llegar?

Con una seña le indicó que era la siguiente. Manuel buscó en sus bolsillos y sacó una moneda que le entregó.

—Gracias por la ayuda.

El hombre, sin pronunciar palabra regresó por donde había acompañado a Manuel.

Buscó en la pared el número de la primera casa. Tenía pintado el número 329. Llegó a la que seguía: 331. La siguiente era la buscada. La casa era igual a las de aquella colonia, de un solo piso, con la pintura deslavada. Pero además había algo desagradable en ella que Manuel no pudo precisar.

Golpeó con los nudillos y esperó. Del interior surgió una voz.

—¿Quién es?

—Manuel. Manuel Sibuna.

—Un momento. Ahora voy.

Transcurrieron varios minutos desde que escuchó la voz hasta que la puerta fue abierta.

—Pase. Y discúlpeme por no venir a abrir pronto. Estaba en el fondo de la casa.

Al entrar, una corriente de aire húmedo golpeó su rostro, y sus ojos no pudieron penetrar la oscuridad. A

su espalda escuchó al maestro cerrar con llave. Sintió la mano fría del profesor en su brazo y se estremeció.

—Pase a la recámara, por favor.

A tientas avanzó inseguro por aquel pasillo, rozando con la mano derecha una pared rasposa. Tropezó en un escalón y casi cae, ya dentro de lo que consideró la recámara. Al prender la luz el profesor, Manuel pudo observar el aspecto miserable del cuarto. Contra la pared, un pequeño catre con las cobijas revueltas. En el centro, una mesa con una taza sucia, y colgando sobre ella, el foco que los alumbraba, con una pantalla de papel. A un lado, un armario lleno de libros empastados en forma semejante, de diferentes tamaños, unos más oscuros que otros. Una pequeña ventana se abría a otro cuarto.

—Haga el favor de perdonar el que la casa esté toda revuelta, tome en cuenta que yo vivo solo y no me ajusta el tiempo para ordenarla.

Le señaló una silla.

—Siéntese. Ahorita vengo; voy por algo de beber a la cocina.

Llegó hasta la silla en el momento en que el profesor Cervero desaparecía de su vista.

—Vete, vete, vete —escuchó con sobresalto que carraspeó una voz.

Miró hacia atrás y no había nadie.

—Vete, vete, vete —escuchó de nuevo.

Esta vez sí supo de donde provenía la voz. El que habló era un pájaro negro que no vio Manuel al entrar, porque la jaula estaba tras la puerta.

—¡Bah!, yo no me asusto de un cuervo —dijo, y se puso de pie.

Llegó al armario y contempló los libros. De la cocina llegó el ruido de vasos, y el sonido del chorro de agua. Tenía tiempo para curiosear. Tomó un libro y lo abrió. Tragedias de Eurípides, edición bilingüe. Lo cerró y pasó la mano por el lomo, despacio. Murmuró: “Empastado en piel... le han de salir caros”.

Se asustó al oír la voz del maestro.

—No, no salen caros.

Al voltear vio al profesor que acomodaba una jarra con un líquido verde y dos vasos.

—Son ediciones baratas que yo mismo empasto. Es mi único pasatiempo.

Manuel habló lo primero que se le vino a la mente.

—¿No es difícil?

—No. Lo único difícil es obtener la piel, a veces. Todos los que ve ahí yo mismo los encuaderné.

—¿Todos?

—¡Todos!

El muchacho hacía rato que se sentía nervioso, fuera de lugar.

—¿Y qué piel emplea para empastarlos?

—Es secreto profesional —dijo con una sonrisa— no se lo puedo decir.

Tomó la jarra y llenó los vasos casi al borde. Luego, presionó una esquina de la mesa, para comprobar que su desnivel no alcanzaba a derramar el líquido. Se sentaron.

—Y ése pájaro, ¿en dónde lo consiguió?

—Lo compré. Por más que le he querido enseñar palabras no aprende. Sólo dice: “Vete, vete, vete”. Dicen que les cortan la lengua para que hablen. Se llama Dídima.

—¿Dídima?

—Sí, le puse así porque era el nombre de un oráculo griego. No sé por qué se me ocurrió. A propósito, ¿usted se apellida Sibuna?

—Sí, ése es mi apellido.

—Qué raro.

—¿Raro, por qué?

—Pronúncielo al revés.

—Verá usted; diría Anubis.

—Correcto, Anubis.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Nada. Sólo que Anubis es el nombre de un dios menor que se adoraba en Delfos, en Grecia. Es de la mitología egipcia, pero se introdujo su culto en la griega. En Egipto se le representaba en forma de chacal.

El profesor calló y dentro de su cerebro resonó aquella risa de hiena en su clase. Aquella risa.

Miró al joven; éste se levantó y fue hasta el armario a examinar algo que le llamó la atención.

—Este libro es mío: se lo presté a Juan Sánchez, un amigo de la escuela. ¿Cómo es que está aquí?

El maestro caminó hasta Manuel y tomó el libro de sus manos.

—¿Éste?

—Sí.

—Me lo encontré en el patio de la escuela. Debí haberlo entregado en la secretaría. ¿A quién dice que se lo prestó?

—A Juan Sánchez, un muchacho que ya no ha ido a clases. Dentro de una semana va a cumplir un mes que huyó de su casa.

—Juan Sánchez... —repitió el maestro y pasó la mano sobre los libros, acariciándolos.

—¿Me lo puedo llevar cuando me vaya?

—¿Eh? Ah sí, cómo no; si es suyo. Pero espere, le voy a mostrar mis perros. Se llaman Mise, Ortro y Momo. Mise es hembra. Venga.

Llegaron a la cocina. En ella había una pequeña estufa chorreada de grasa, una mesa, un fregadero con una llave que goteaba, un refrigerador flanqueado por dos puertas.

—¿Y ese refrigerador tan grande?

—Es para guardar la carne.

El maestro señaló la puerta de la izquierda.

—Aquella conduce a donde yo trabajo las pieles. Si quiere, después le muestro los utensilios. Ésta es la que da al huerto.

Abrió la puerta y salieron a un patio. Súbitamente los animales se pusieron en pie. Eran negros. Ladraban con violencia, tirando furiosamente de las sogas con las que estaban amarrados. Manuel quedó inmóvil. Los perros trataban de desatarse, revolcándose.

—¿Quiere que se los suelte?

Vio un brillo en la mirada del maestro más terrible que la visión de los animales.

—¡No! —gritó Manuel retrocediendo hasta la puerta. Estaba cerrada.

—En tres minutos lo harían pedazos. Los pobrecitos hace tiempo que no comen. Por eso están así.

Al fin pudo abrir la puerta. Le gritó al maestro, temblando:

—¡Este... yo lo espero allá!

Llegó al cuarto y se dejó caer en la silla, de espaldas a la cocina. Algo se estaba formando en su cerebro, una idea. Algo. Un temblor le sacudía el cuerpo y la camisa se le había pegado a la espalda por el sudor. Jadeaba y trató de tranquilizarse. Escuchó el golpe de una puerta y los pasos del profesor. Oyó el latido de su corazón. Escuchó al profesor entrar al cuarto y al cuervo decir: “Vete, vete, vete”. Después no escuchó. No alcanzó a oír el sonido hueco de su cabeza, ni a percibir el girar silencioso del cuarto.

Allá en otro mundo, en su jaula, el pájaro lanzó un graznido y se le oyó picotear su comida, sin ganas.

Al día siguiente el maestro Cervero se levantó de buen humor. Por fin comerían sus perros y por fin podría forrar sus últimos libros. El color de aquella nueva piel era interesante; quedarían muy bien.

Graciela Ramos Domínguez (1946)

Reynosa, Tamaulipas

Gente fina

Qué feo es vivir en un mugriento edificio. Nomás que junte un poco de dinero y me voy del maldito barrio, y si puedo hasta me largo a otra ciudad. Ya hace meses que llegué a la capital con muchas ganas de ver otras caras, de hacer amistad con gente fina, pero con lo que he conocido ya no tengo muchas esperanzas. No después de tanta mugre que he visto.

El tipo del seis le pone los cuernos a su mujer con la señora del dos. La del tres se ve con el hijo del portero. Luego el portero le sirve de tapadera a la cuzca del ocho que debería de ejercer fuera del edificio. Y la esposa del portero es una vieja fodonga con cara de palo que se la pasa sentada viendo por la ventana y ni me contesta el saludo. No puede uno hacer relaciones con esa clase de gente. Tocan. Y ahora quién será, si nadie me visita.

—Hola, me llamo Luz, soy tu vecina del cuatro; supe que tú ocupas el cinco desde hace un mes —me

dice la muchacha guapa que encuentro ante mí cuando abro la puerta. Va muy bien maquillada y viste ropa fina.

—Sí, mucho gusto, yo me llamo Blanca, nunca te había visto antes —le contesto.

Es que estuve una temporada fuera de la ciudad. ¿Me dejas pasar, verdad?

—Sí claro, pasa, estás en tu casa —le contesto, apenada por mi poca cortesía.

Qué chica tan mona, tan distinta a esa chusma. Enseguida le ofrezco algo de tomar, pues se puede uno dar cuenta de quien sí es gente decente.

—¿A qué te dedicas? —me pregunta.

—Secretaria —le contesto—. ¿Y tú?

—Bueno, estoy en relaciones públicas.

—Qué bien —digo entusiasmada de estar ante una profesionista con clase.

La conversación avanza y yo encantada. La chica por su trabajo viaja mucho. Conoce tanto, come en los mejores restaurantes.

En lo mejor de la plática, que se levanta, pues le pareció que la buscaban. Por los fuertes toquidos en su puerta y los gritotes diciendo su nombre, pensamos que era urgente, hasta acá los oímos. Se levantó a ver qué pasaba, y regresó para decirme que iba a tener que salir. La acompañaba el señor que antes tocaba. Pobre, me dice que en su profesión así sucede con frecuencia.

Con tan bonita plática que tiene y tan inteligente que se ve, sólo me sorprendió lo que me contó de los vecinos cuando me quejé de ellos. Resulta que el tipo

del dos es hermano de la del seis, ésta se peleó con la cuñada y por eso nadamás él la visita, y casi a escondidas de la mujer. Que la señora del ocho da clases de *Braille* y los que la visitan son sus alumnos cieguitos, por eso el portero a veces los ayuda a subir. Además, que el hijo del portero trabaja en mensajería asociado con la del seis que es mecanógrafa de unas oficinas de enfrente, y se mandan los oficios con él. Lo más increíble que me dijo Luz, es que la esposa del portero —la que ni me saluda— es cuadraplémica y la dejan sentadita viendo por la ventana para que se distraiga. Pero para mí que es sólo una persona corriente sin educación. En fin, ni me importa. No quiero nada con la chusma, voy a esperar a que regrese Luz para que me platique más de su chamba.

Ya no ha de tardar; me conviene su amistad, ella sí que es gente fina.

Cristina Rivera Garza (1964)

Puerto Bagdad, Tamaulipas

El desconocimiento

Lo primero que aquella mujer me dijo fue que esperaba a su hombre. No a su marido, no a su compañero o amigo; sino a su hombre. Se habían dado cita a las seis de la tarde, y después de dos horas de retraso, todavía albergaba esperanzas de que su hombre llegara. En realidad no le pregunté nada; cometí la torpeza de pedirle un cerillo para encender mi cigarro y así, mientras hurgaba en un bolso blanco repleto de cosas, empezó a contarme su maravillosa historia, como la denominaba.

—La única de mis historias que está llena de milagros —dijo— que es como la de todos. La historia siempre repetida del amor, ¿no te parece?

Tenían poco menos de un año de conocerse, y desde entonces, se habían dedicado a perfeccionar el viejo rito de tocar a otro, verlo, sentirlo, temblarlo. La banca del parque donde estábamos platicando era su punto de

encuentro, y de aquí, usualmente se iban caminando al hotel más cercano sin hablar demasiado.

—¿De qué sirven las palabras en estos casos, dime? —su lógica me hizo guardar silencio. Mientras tanto, me dediqué a fumar y a mirar las nubes y oírla como quien oye pasar el tiempo. No tenía absolutamente nada que hacer y la historia de la mujer del parque me hacía las horas dúctiles y blandas, como la lluvia que se presentía de lejos. Pensé que la mujer era una idiota o una loca, y en realidad no le di importancia. Cuando las primeras gotas empezaron a caer, tímidas y pegostosas, ella decidió que la espera había sido suficiente. En el acto, de la misma forma distraída y fácil con la que empezó a hablarme, me invitó a tomar unas copas. Salimos corriendo.

—¿Sabes? Es una lástima que no me haya visto hoy —mencionó con palabras entrecortadas por los resuellos—. Nunca había estado tan hermosa. Mira.

Se detuvo de improviso bajo la lluvia para señalar-me el carmín de labios, los rizos sedosos de su cabello, y levantándose la falda de grandes flores color púrpura, me mostró las medias que cubrían sus piernas.

—Son nuevas. No tienen ningún rasguño, ¿te das cuenta? —las piernas parecían huérfanas detenidas como mármol a punto de volverse piel o viceversa—. Me habría gustado tanto que él se diera cuenta de eso al acariciarme los muslos —mencionó, con los ojos clavados en sus propias rodillas.

—Sí, es una verdadera lástima —le dije por toda respuesta y la jalé del brazo derecho para seguir corriendo.

El bar era en realidad un hueco en un resquicio de la ciudad, un lugar de techos bajos y susurros entrecortados. No me fijé en el nombre y casi ni pude observarlo porque la mujer del parque pidió dos whiskys tan pronto como nos sentamos.

—No te preocupes, me avisó— traigo suficiente dinero. Además, ¿ves al mesero?, fue mi amante hace algún tiempo. Un hombre bueno —el silencio espantó las palabras por un momento, y después de unos minutos largos y delgados como orillas, continuó—. En realidad era muy seco, lleno de juicios perfectos sobre todos los acontecimientos del mundo; cualquiera se hubiera aburrido de él como lo hice yo.

Nadie lo soportaría por más de dos meses, ni tú que te ves tan paciente y juiciosa —aseveró. Su comentario me hizo reír con gusto y con sorpresa confundidos, y así, aún con la boca abierta, brindamos. La cereza danzando en el fondo del vaso se convirtió de repente en un enigma, la parte perdida de una caligrafía complicadísima.

A través del humo de mi cigarro observé su rostro mientras se empinaba el primer Manhattan como si fuera agua. Me impresionó su nariz fina, larga, puntiaguda, como si estuviera acostumbrada a decir mentiras; una nariz aristocrática o extranjera, de ningún modo parecida a los promontorios chatos o rectos que inundan la ciudad. Me impresionaron las mejillas tersas salpicadas de pecas, los labios gruesos cubiertos de un carmín pálido, rosa como coral. Me impresionaron sus ojos risueños, habitados de tranquilidad, llenos de esa

calma de los que tienen dinero y pueden beber hasta que el cuerpo aguante.

—Mauricio, por favor —le estaba pidiendo al mesero juicioso otra ronda de lo mismo como quien se dirige a un viejo amigo, un criado en permanente servicio. Él no necesitó otra seña, se dio la vuelta y al cabo de un rato regresó con dos vasos de lo mismo. Cuando se llevó a los labios el primer sorbo, la mujer empezó a hablar con el tono de los que contestan cuestionarios, el orden ficticio, el sinuoso sarcasmo.

—Me llamo Ángeles y soy una de ellos —dijo entre risas, burlándose de las dos en realidad—. A veces paso por aquí, verás. Este es el sitio favorito de él y el mío también. Por lo regular nos sentamos al final de la barra, tú sabes, le gusta tocarme las piernas por debajo de la mesa enfrente de todos, y no se puede hacer eso aquí, ¿no es así? —Ángeles acompañaba sus palabras de gestos chiquitos, tímidos. Toda ella se resumía en sonrisas ruborizadas como si fuera una niña contándole sus primeras travesuras al cura de la familia. A él lo llegué a conocer casi completamente en el cuarto Manhattan, su manera de caminar como sobre nubes, su distracción, los días festivos en los que se afeitaba una barba terca, sus rabetas, la curvatura exacta de sus manos al resbalar por la espalda de Ángeles, la marea de vellosidades que se mecía en su cuerpo como barcas pequeñas en el más calmo de los mares. Su hombre.

Nada de eso me importaba. Siempre fui reacia a esos amores enfermizos que atacan a las mujeres, a

esas epidemias de cercanías y violencias que se desatan en sus cuerpos como si hubieran sido inoculadas por un virus mortal, uno de esos gérmenes loquísimos que minan la cordura y la paz, ese pedazo de ácido ribonucleico que destruye una figura hermosa para convertirla en un montón de carne macilenta, expectante, sólo deseosa del deseo. Eso que es peor que la heroína y nadie se preocupa ya por ello. Pero, a pesar de todo, la estaba escuchando sin señales de fastidio. Además, el licor era realmente delicioso como para irme. Todavía afuera seguía lloviendo. Ella era muy hermosa. Una desconocida.

Ángeles me pidió que le encendiera un cigarrillo, pero fue Mauricio, el mesero que había sido su amante, quien se acercó solícito al percibir el gesto. De cualquier manera me lo agradeció.

—Es lo que yo llamo un hombre bueno —murmuró lentamente, las palabras arrastrándose una tras otra como caracoles sobre la tierra húmeda. Luego, de repente, empezó a llorar, no con aspavientos, ni desesperada; simplemente dejó escapar una o dos lágrimas mientras repetía “ese es un hombre bueno”, “ese es un hombre bueno”, como si fuera su mantra. Cuando sus ojos enrojecieron, yo, lejos de sentirme interesada, empecé a molestarme por estar ahí, escuchando tontería tras tontería de una historia un tanto larga, otro tanto amarga. Ángeles usaba el whisky para chantajearme; Ángeles manipulaba ese aire de tristeza antigua, muy guardada, para mantenerme a su lado; Ángeles ponía ese rictus extraño, esa mueca de ironía y de cinismo

que acompaña a las criaturas que están muy lejos y son por lo tanto inalcanzables, para desestabilizarme y aumentar mi interés. Mi coraje aumentaba cada vez que me daba cuenta que no sabía en qué me estaba metiendo. La falta total de certeza me erizaba la piel. Ella, en cambio, parecía manejarse con facilidad en la incertidumbre; la provocaba, la recibía con las manos abiertas como una bendición sagrada.

—Vamos Ángeles, no es para tanto, mujer —lo dije sin pensar mientras le tomaba las manos y su piel suave, casi invisible, me dejaba un escozor extraño bajo las yemas de los dedos. Ella volvió a sonreír, volvió a llamar a Mauricio para pedirle otro vaso de lo mismo.

—Tienes razón, Xian —dijo, sin preocuparse si ese era o no mi nombre, bautizándome con todo su poderío—. No es para tanto pero a veces, tú sabes, uno se pone tan tonta. Ya llegará él otro día. Mira, voy a brindar por haberte conocido, nada ha pasado aquí.

Entonces sonrió con una burla muy oscura, con una burla tremenda. Brindamos muchas veces por nuestro encuentro en el parque y por la lluvia que nos había empujado hacia su bar favorito y por sus medias impecables y por el amor que todo lo crea y todo lo destruye, por el velo mágico con que nos cubre el rostro para soportar el mundo. Vacíos ya, los vasos entrechocaban como accidentes, cristal partido.

—Ese hombre me ama, Xian, me ama tanto —nunca supe a quién se refería, pero Ángeles, sin duda alguna, se burlaba de sí misma. Inventaba un sarcasmo muy parecido a la tristeza que no era tristeza sino

lástima. Así y todo, Ángeles volvió a llamar a Mauricio, pero esta vez le dio dinero suficiente para comprar una botella entera. Luego, otra vez en el acto, salimos con ella escondida bajo la chamarra.

Había poca gente en la calle y miles de lunas eléctricas emergiendo, amarillas, en cada charco. Alcanzamos a oír el sonido de nuestros pasos solos; se oían, de verdad, tan solos. Salpiqué varias veces las medias immaculadas de Ángeles con agua sucia. Ya estábamos ebrias cuando decidimos abrazarnos para poder continuar de pie.

—¿Te acuerdas de aquella canción sobre un hotel para corazones rotos? —le contesté que sí con un movimiento de cabeza.

—Pues lo vas a conocer ahora. Vas a entrar al lugar donde los corazones se quedan solos y se quiebran y se esparcen como la arena. ¿Has visto su sangre? —se interrumpió, buscando otra imagen—. Es como cuando se quiebra una ventana, los cristales te desgarran los pies descalzos, pero estás muy contenta de no tener que abrirla para ir hacia fuera, ¿me entiendes?

La dejé hablar mientras nos aproximábamos a un edificio de cantera con ventanas largas y balcones de hierro. Cuando empujamos la pesada puerta de madera y cruzamos el pasillo estrecho, apenas alumbrado por la luz turbia de un par de lámparas color marrón, comprendí que nos estábamos adentrando en otro siglo. Ángeles actuaba, sin embargo, como una libertina del nuestro. Pidió un cuarto con la voz firme, y sin discreción, sacó la botella y la colocó sobre el mostrador.

El encargado nos miró con asombro, con zozobra, y aunque dudó al entregarnos la llave, no tuvo tiempo de reaccionar. Ángeles se la arrebató con un manotazo diestro. Ya en el cuarto de paredes salitrosas y muebles desvencijados, Ángeles estuvo mucho rato, casi la mitad del whisky, contándome detalles y más detalles acerca de él: su poderosa lógica, sus piernas ágiles, las más ágiles del mundo se corregía ella misma, sus libros, sus ojos de eso ermitaño y asustadizo, lo blanquísimo de sus dientes. Al oírla uno podía concebir, qué era eso de agarrarse a otro, de sostenerse en otro totalmente. Cada vez que Ángeles volvía con sus recuerdos sobre él, su hombre, yo me apuraba a tomar otro trago de licor porque no podía soportar a una mujer sufriendo de aquel modo. No supe si la náusea se debió a su repetitivo rondar de fantasmas o al exceso de alcohol, lo cierto fue que me incorporé de la cama y fui a vomitar al baño. Todo salió así, desde el poco alimento que traía en el estómago, hasta los muchos piquetes de dolor que me dejaban las palabras de Ángeles sobre la piel. Ya vacía, me dirigí al lavabo para enjuagarme la boca y me di las buenas noches frente al espejo. *Vamos chica, tienes que salir de todo esto, esa mujer está loca, Xian, salte de aquí, tú sólo eres humana, Xian.* Al acordarme de mi nuevo nombre me sonreí, decidí que me gustaba ser una desconocida que habla a solas frente a un espejo en el que tantos otros desconocidos seguramente habían hablado. Sin identidad, regresé hacia el lugar que ocupaba Ángeles. Temía por ella.

—No estás acostumbrada, ¿verdad? Vamos Xian, no es para tanto, mujer —repetía mis palabras y no pude dejar de reconocer una nueva burla, ese sarcasmo con lo que se tatúa a lo que nunca se acercará lo suficiente—. Ya sé que te aburro, pero ya todo pasó. Me voy a portar bien contigo, ¿me crees?

Me recosté a su lado pensando que Ángeles tenía la maldita costumbre de terminar cada una de sus frases con una pregunta para la que yo nunca encontraba la respuesta. ¿Le creía en realidad? Ella me abrazó, y recargada completamente en ella, me sentí protegida del aire seco que pudiera entrar por las ventanas rotas. Me sentí protegida de los muchos días y más años que llevaba dentro de mí misma. Me sentí protegida del frío, del calor. Me sentí.

—El amor es esto Xian, inventar mentiras y creértelas a fondo —abrí los ojos y observé su nariz. Era eso. Por supuesto que era eso. La Pinoccia. No había duda.

Ángeles me despertó antes del amanecer. Se estaba desnudando en el más escandaloso de los silencios. Ya había colocado su falda de flores en el respaldo de la silla y se desenrollaba con delicadeza las medias de seda que había robado en un almacén. Esperé a que se quitara el corpiño, esperé a que se tejiera los rizos en una delgada trenza, esperé todo el tiempo porque necesitaba su regazo para poder dormir. Ya desnuda se tendió a mi lado. Su cuerpo blanco entre las sábanas blancas era la síntesis de algo hermoso, algo único, algo terriblemente bello porque está abandonado y al alcance de la mano y es intocable. Nadie puede tocar a

una mujer loca que sufre, se burla y se desnuda. Dormimos abrazadas hasta que el sol llenó de bochorno el cuarto y a nuestros cuerpos de sudor. Tuvimos que levantarnos.

Seguramente ambas estábamos demacradas, pero en el rostro de ella había una suerte de violencia honda, contenida, que me llenó de espanto. Era el rostro del animal salvaje que está en cautiverio en un zoológico cuando ve a la madre que se aproxima con el niño en brazos para enseñarle la superioridad de su especie. ¿Ya viste qué bonita está la pantera? Los labios de Ángeles se contraían en un temblor finísimo muy parecido a la ira y a la burla juntas. Toda ella apareció en la mañana como un nudo débil, lleno de espasmos, a punto de abrirse.

No comimos nada. Nos fuimos directamente al parque donde nos habíamos conocido, y ahí nos tiramos sobre el pasto. Observamos las palomas que se detenían sobre las estatuas. Vimos correr niños y madres detrás de los niños. Vimos el sol y nos hirió las pupilas. Ángeles se rasgó las medias al intentar acercarse hacia mí. Volví a dormir otro rato, otra vez recargada en ella. Ángeles, en cambio, no dormía, parecía no necesitar ya más el sueño; parecía que ella era el sueño con los ojos abiertos. Despierta, Ángeles parecía necesitar sólo alcohol y a su hombre para mantenerse viva. Seguramente era una idiota o una loca, o ambas cosas, y yo estaba con ella.

Yo había hablado poco, es cierto. También era cierto que no tenía nada qué decir. Tal vez fue esa la

razón para susurrarle en el más imbécil de los tonos quedos *todo es estúpido, Ángeles, tan estúpido que no vale la pena*. Ángeles se incorporó, fue a tirar la botella vacía en un bote de basura y ya no se volvió a sentar junto a mí.

—Si Xian, pero yo lo voy a burlar todo. Yo me voy a reír de todo —me gritó desde lejos mientras sonreía y agitaba una mano en el aire.

Todavía recostada, ahora sobre un pedazo de tronco húmedo por la lluvia del día anterior, alcancé a ver el fantasma veloz de Ángeles. Esperaba que de un momento a otro saliera volando sostenida por un par de alas enormes y blancas; entonces supe que habíamos hablado de la muerte.

Después vi cómo saludaba a un hombre, cómo lo besaba, cómo se iban abrazados rumbo al bar. Eran las seis de la tarde y él era, sin lugar a dudas, su hombre.

Ramiro Rodríguez (1966)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

Libres del Norte

Cuando Lucio Blanco vio a lo lejos las tierras de Matamoros, los primeros rencores del verano herían el aire violento, caliente, áspero y lleno de polvo. La sal del Golfo llenaba los pulmones. Muy temprano había empezado la movilización de la gente. Aún no eran visibles los rostros, los movimientos, los pasos; pero los contornos eran más que los que había contado meses antes. Al general se le habían unido grupos armados con intereses similares. Entre éstos se destacaba el de Luis Caballero, conocido por sus habilidades de batalla y su inteligencia. Los Libres del Norte estaban fortalecidos.

Amanecía. Dos de junio de mil novecientos trece. Los insectos habían enmudecido, cansados de su actividad nocturna. Árboles y arbustos iniciaban su movimiento debido al viento del sureste. Las voces se mezclaron con trinos de pájaros. Habían subido a los

caballos. Iba con ellos la decisión que distingue a los valientes cuando se enfrentan a los grandes acontecimientos. Cada hombre iba armado hasta los dientes, dispuesto a defender la integridad física del general, a servirle de coraza para conservarle la vida, en caso necesario. Lucio Blanco ganaba confianzas. Su vocación, su actitud protectora, las palabras que infundían valentía, lo habían llevado a ser líder. Desde joven se distinguió por su habilidad para hablar frente a los grupos; sobre todo, por la fascinación colectiva para que se le creyeran sus palabras, su capacidad de persuasión para lograr la adherencia.

Los Libres del Norte conocían los ideales del hombre que alcanzaba sus metas por imposibles que parecieran, el motivo de su lucha, la fuerza que lo movía en la geografía nacional, exponiendo su vida por los derechos de otros. Su iniciativa revolucionaria estaba avalada por otro gran hombre, intachable, inteligente para colaborar en la toma de decisiones: el capitán Francisco J. Múgica, jefe del estado mayor, quien contribuyó, de manera significativa, al fortalecimiento de las filas de Blanco.

Durante el trayecto a Matamoros, recordó la tarde en que había sido ascendido a general por proclamación de su tropa. Habían conquistado la plaza de Burgos sin problema ni complicaciones. Después de tomar otras plazas en su paso al norte, se dirigió a Reynosa, punto importante en sus planes. Para el general era prioritario Matamoros. Al ver los rostros que lo seguían, Blanco comprendió la necesidad del pueblo para creer

en alguien que no se vistiera con la armadura apócrifa de la benevolencia ni con la máscara de la hipocresía. “Todos necesitamos creer en algo o en alguien, que nos indique el camino que debemos seguir”, dedujo. Los subordinados lo seguían con la fidelidad que se le guarda a quien orienta en la tormenta, a quien muestra el rumbo de los acontecimientos memorables, a quien se desplaza por la tierra con la bandera que les pertenece a los justos.

El general había tenido una visión en su adolescencia. No estaba seguro si había sido un sueño o uno de esos momentos en que se sueña despierto. Soñar despierto era una forma de hacer proyectos, de modelarlos con juicio crítico y hacerlos realizables. Se fijaba metas, definía sus actos con base en la justicia y trazaba mecanismos para hacer realidad sus objetivos. Desde que tuvo conciencia supo que su destino era darles dirección a los desorientados, hacer caminos para que otros siguieran sus pasos y encontraran motivos para salir adelante. Esa fue su visión desde la adolescencia.

Cuando dejaban Reynosa, después de tomarla, el general reinició una conversación que había quedado pendiente con Múgica. Blanco le pidió que le hablara sobre Michoacán, su tierra de origen, que le dijera cómo había sido su relación con la familia, cuáles habían sido las cosas y quiénes las personas que había dejado para venir al norte a luchar por la causa. No le insistió mucho. El capitán dejó fluir su nostalgia al hablarle sobre su tierra, sus padres y todo aquello que había quedado en el sur. En aquella soledad, lejos de la fami-

lia, parecía benéfica la exploración de la memoria. Hacía tiempo que no hablaba sobre su pasado y su origen, su infancia, adolescencia, sus padres y amigos. Escuchar era otra virtud de Blanco, no sólo conectar palabras, darles estructura y traducirlas en discursos liberales.

El general pensó en Coahuila, en su infancia. Se abstuvo de compartir sus pensamientos, no por egoísmo, sino por guardar el lado débil de su pecho. Si el capitán hubiera insistido, habría logrado que Blanco hablara sobre su pasado. ¿Quién puede negarse a revivir lo bien vivido? Recordó sus primeros años en Nadadores, su lugar de nacimiento; su estancia en Múzquiz, donde terminó la primaria. La imagen de sus padres, clara desde todos los ángulos que se le viera, se abrió como una mística aparición. Recordó que dejaba la cama temprano para ayudar en las labores del campo. En su padre, el niño veía a quien se debe a la tierra, quien la prepara para que dé sus frutos, al hombre que suda gotas de sangre para llevar el pan a la mesa. Admiraba su iniciativa para luchar por la familia, su vocación por el trabajo, su voluntad para ponerse de pie, aún con problemas de salud. En su madre vio la ternura, mujer al pendiente de su bienestar y su alimentación. Antes de salir al lado del padre, el aroma de las tortillas recién hechas era un detonante que lo ponía de pie con buen humor. El general sintió melancolía por las conversaciones durante el desayuno. Esos diálogos, donde siempre había algo nuevo por aprender de sus mayores, eran fundamentales para la comunicación en la familia.

El general dio un suspiro que se disolvió con el viento de la mañana. Las imágenes quedaron colgadas en los mezquites a la orilla del camino. Para Múgica, esta acción no pasó inadvertida; en el rostro del general se habían pintado la nostalgia, el olor de la tierra, los aromas de familia, los sonidos de otros tiempos. El capitán quiso preguntarle sobre lo que había dejado atrás, pero su discreción fue mayor que su interés. Para Blanco, esas imágenes eran motivación para luchar por la gente de su pueblo, estímulo para llevar beneficio a las familias humildes que poblaban su país.

Luego de caminar bajo el sol, su caballo negro mostraba la fortaleza de los animales nobles, los que reconocen por vista y olfato a quien se le debe obediencia. El animal reconocía a su dueño, aunque hubiera distancia entre ambos, caballo y jinete, animal y dueño. Una vez que empezó a llevarlo de un lugar a otro, su caballo jamás permitió que jinete distinto le dictara órdenes. La fidelidad hacia su amo se mantuvo viva, hasta el último día en campos de batalla.

En Matamoros, como en otros lugares del país, los hacendados acumulaban riqueza por encima de gente humilde como su padre. Sabía que Félix Díaz era dueño de “Los Borregos”, hacienda próspera en el norte. Pero esa prosperidad se teñía de manchas negras: alevosía, injusticia, burla y explotación. La gente trabajaba para el sobrino del antiguo dictador por un pago risible, insulto menos que salario. El abuso de aquel hombre de apellido importante no era un secreto. Blanco tenía el plan de acabar con el estropicio de unos cuantos acau-

dalados, de participar en la revolución que propone y defiende los derechos del pueblo y de la nación.

Al llegar al noreste de Tamaulipas, Lucio Blanco dio la orden para acampar al oeste de Matamoros, en el rancho “Las Rusias”. Había enviado con Pedro Valentín, uno de sus hombres de confianza, la notificación para el jefe de la plaza Esteban Ramos. Solicitaba que presentara su rendición ante el ejército liberal. El momento para proceder de acuerdo a las leyes de la equidad y la justicia había llegado. Blanco había tenido la cortesía de enviar la propuesta antes de atacar las plazas que había conquistado. Su interés no era derramar sangre. Un pacto entre él y sus subordinados. Por lo general, la propuesta era rechazada por los jefes de las plazas. No deseaban manchar su reputación ante los demás federales que los acompañaban en la defensa. Si la decisión de negarse a luchar contra los liberales llegaba a oídos de otros grupos de federales, los traidores eran buscados por cielo, mar y tierra, localizados y muertos en el paredón de los cobardes. Por esta razón, los federales les daban batalla a las fuerzas liberales.

La vegetación era distinta al rostro de la Sierra Madre. El general recordó la ocasión en que dejó Nuevo León rumbo a la plaza de Burgos. Al igual que en Reynosa, abundaban las ramas retorcidas de mezquites. El campo era una sábana amarilla de girasoles, arbusto típico de esa región. Las aves más comunes eran las urracas, pero también se veían cuervos y zopilotes volando en círculos concéntricos. “Algún animal desdichado será festín de estas aves de mal agüero”, pensó

al ver zopilotes. Aunque no era supersticioso, Blanco lo había escuchado de sus padres. Decían que se paraban en los techos de las casas para anunciar la muerte de algún cristiano. A lo lejos, los cenizotes soltaban sus cuatrocientas voces, un contraste con la estridencia de las urracas. Pensó en las aves enjauladas que cuidaba su madre. Entre calandrias, canarios, gorriones pecho amarillo y otras aves, destacaba el canto del cenizote. Recordó la ocasión en que una vecina de su madre le había obsequiado un polluelo de cenizote, aún sin plumaje, que había caído de un nido en tiempos de sequía. Su madre se dio a la tarea de criarlo con purina humedecida y trozos molidos de plátano, mezclados en una especie de puré, el cual ponía en su dedo índice para alimentar al polluelo hambriento.

Al ponerse bajo la sombra de un mezquite para beber un poco de agua, recordó un sueño que había tenido días antes, cuando descansaba antes de tomar Reynosa. El general recordaba sus sueños con precisión, elementos específicos, personas detalles y contenidos.

Pero esta vez su sueño no tenía la calidad de otras ocasiones.

En el sueño, los rifles de hombres sin rostro se humedecen con la incipiente lluvia de la mañana, la cual se convierte en vaho que cae a la tierra para humedecerla, para transformarla en material itinerante. Algunos pequeños ríos se congregan y murmuran su debilidad de aguas frágiles. El agua traza su cauce ligero hacia el río Bravo. Los riachuelos raspan la tierra con sus dientes líquidos, se abren surcos que quedan

como testimonio del paso de la lluvia hacia los ríos, que a su vez, encuentran el abrazo del mar y su sal. El agua en movimiento se confunde con disparos repentinos de rifles que escupen fuego a diestra y siniestra. Los mezquites cuelgan ramas al suelo como enormes tortugas verdes, cargadas de humedad y de hojas, con la peste insoportable que provoca la injusticia humana, con la dureza caliente del plomo asesino y el olor nauseabundo de la cobardía. Los pájaros se van hacia otros rumbos, espantados con el grito que arroja el disparo. Extienden sus alas entorpecidas por la lluvia para salvaguardar su plumaje. Pero chocan en el aire. Caen a la tierra como insectos fulminados de espanto. Entre riachuelos y mezquites se alza la figura de un hombre que lleva los ojos vendados. No se le distinguen los rasgos. Las líneas de su rostro no tienen palabras. Sólo las fauces babeantes de fieras que relamen sus dientes, antes de saltar sobre el hombre fuerte que lleva los ojos vendados, entre riachuelos improvisados por la lluvia y mezquites con ramas tocando la superficie de la tierra.

—Ahí viene Pedro, general.

Las palabras de Mùgica lo sacaron del sueño. Por instantes se pregunta qué son los sueños, si son representación alegórica de los eventos o manifestaciones del subconsciente que cobran vida cuando el cuerpo padece la inmovilidad de la muerte.

Miró al jinete que venía de Matamoros, levantando una espesa nube de polvo detrás de su caballo.

—Prepárese capitán. Conocemos el significado de aquella nube de polvo.

Después de que Pedro Valentín colocara su mano derecha cerca de la sien en señal de respeto a sus superiores, el general le autorizó la palabra. El subordinado le dijo que Ramos había rechazado la orden. Agregó que el federalista mandaba decirle que si deseaba tomar Matamoros, tendría que luchar duro. Lucio Blanco subió a su caballo negro. Dirigió su mirada hacia Múgica. Las miradas sustituyeron palabras. En realidad, ya se habían dicho suficientes. Levantó el brazo derecho para dirigirse a los Libres del Norte y señaló el camino hacia Matamoros. El enfrentamiento entre las tropas del general y las fuerzas federalistas ya estaba escrito con letras de triunfo a su favor en las páginas del destino.

Ramiro Rodríguez (1966)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

Debajo de las piedras

Santiago Rivera quedó perplejo cuando el muchacho le dijo:

—Mi madre me dijo que usted es mi padre.

Lo vio llegar en una camioneta negra, de reciente modelo, por el camino empedrado que viene de San Juan de los Esteros. Se detuvo frente al hombre que arrojaba piedras a las aguas del arroyo San Arnoldo, cerca del cementerio de Timones. A lo lejos se escuchaba el canto de los gallos. El sol de la mañana le había invitado a caminar por sus tierras, cubiertas de hierbas silvestres, crecidas con desenfreno, donde un rebaño numeroso de chivos y borregos se alimentaba. A los cincuenta años, Santiago Rivera estaba orgulloso de sus logros en la vida. Era dueño de tierras fértiles en Timones, próspera región cuyo principal cultivo ya no era algodón, sino sorgo y maíz. Aunque no era agricultor, porque nunca se había propuesto serlo, tenía

las escrituras de varios terrenos en esa región. No se ruborizaba al confesarle a sus amigos la fuente principal de su ingreso económico: un sueldo por mantener contentas a un sinnúmero de mujeres casadas, “¿qué se puede hacer cuando se nace con estrella?”, cuestionaba con picardía, sin esperar respuesta. Compartía su casa y su cama con Remedios Hinojosa, mujer que desconocía el significado de su nombre para controlar la natalidad. Tenía once hijos e hijas, bien hechos, al decir de los campesinos de la región, que aquel hombre le había ayudado a concebir año tras año. “Entre más güercos, mejor. Míralos, a poco no están rete chulos los condenados, igualitos a su padre”, le decía a su mujer con el humorismo de siempre, por el cual era conocido en las rancherías aledañas.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó al recién llegado. El muchacho veía en el rostro del hombre una respuesta favorable, sin necesidad de intercambiar más información para conocer su origen. Para Santiago Rivera, el parecido físico no era prueba suficiente para determinar una paternidad. Necesitaba palabras escritas en un acta de nacimiento para confirmar lo que a simple vista era confirmación.

—Soy Santiago Rivera Vázquez —le contestó con emoción. Había esperado ese día durante muchos años. Siempre había sentido la necesidad de mirar de frente a su padre biológico y mencionarle su nombre, poniendo énfasis en el apellido de la madre—. ¿No le dice nada mi apellido materno?

Ese rostro era, sin discusión, su propio rostro. Se sabía un hombre apuesto. La numerosa cantidad de mujeres en su vida, imposible de determinar, se lo había repetido una y otra vez al oído, en el momento de descargar dentro de ellas la locura incontenible de la pasión. Era dueño absoluto, principio y fin, amo y señor, de tantas mujeres, así como de tierras de cultivo, parcelas y propiedades que le daban solvencia económica.

—¿Pues quién es tu madre? —preguntó—. Debe ser una mujer muy bella, si es verdad que eres mi hijo.

No le quedaba duda de su paternidad. Sin embargo, no perdió su postura de hombre discreto, aprendida de su padre, quien a su vez la tomó de su padre. Quería ganar tiempo para recordar el nombre de aquella que había contribuido para traer al mundo un hijo casi idéntico a él. Podía verse en el muchacho a sus veinte años, como en un espejo. El joven era alto, delgado, recto en su porte, de piel clara, ojos castaños, bigote y cabello castaños claros, nariz y orejas grandes; su vivo retrato treinta años atrás.

—Mi madre se llama Laura Vázquez —le dijo con el orgullo que sienten los hijos ante las madres que son padre y madre a la vez, mujeres que se dedican al crecimiento y educación de sus hijos cuando no existe figura paterna que comparta las responsabilidades de la crianza. Le confesó que había ido a buscarlo porque quería conocer su origen. Siempre tuvo la esperanza abrazar a su padre, aquél que había intervenido en el milagro de su concepción.

El hombre volvió sus ojos hacia las casas de Timones. Entre todas, destacaba la suya, rodeada de árboles, con cientos de jaulas que resguardaban la integridad de sus aves finas. Su pasión por los gallos era conocida, no sólo en el ejido, sino en pueblos cercanos. Los mejores animales se criaban en sus tierras, por lo que muchos vecinos, amigos de los vecinos y amigos de los amigos de sus vecinos, venían desde lejos para comprarle aves, aún a los precios altos que fijaba el dueño. Satisfecho de sus logros económicos, jamás sintió pena por el origen de los otros ingresos empleados en el mantenimiento de la propiedad. Por el contrario, hacía alarde de su suerte con las mujeres. Al ver los ojos de su nuevo hijo, se sintió más contento con las ganancias que la vida le retribuía, a pesar de que otras personas le denominaran descarado. Tal vez el inminente encuentro le había hecho saltar de su cama esa mañana con más ganas de vivir que nunca, con la desfachatez casi irreverente de quien lo puede todo, con la inquietud de caminar por sus tierras para encontrarse de frente con una situación emocionante por desconocida.

—Bendita sea su madre, mi hijo. Venga acá, pues. Ahora ya sabe quién es su padre —le ofreció sus brazos como nunca lo había hecho. Santiago Rivera Vázquez se sintió satisfecho al develar el misterio de su origen.

Por otra parte, el hombre conservó una interrogante que lo acompañó hasta el día de su muerte. Nunca recordó el rostro de aquella mujer anónima que le había dado su vivo retrato en la figura del hijo, como si sólo

fuera hijo de él y de nadie más. Aunque el muchacho prometió volver para conocerse un poco más, nunca lo hizo. El hombre quería detalles sobre Laura Vázquez, deseaba ver fotografías, que le contara anécdotas de su vida, tal vez reencontrarse con ella para agradecerle el magnífico trabajo de educación en el muchacho. Pero el hijo no volvió.

Cuatro años después del encuentro, una escuela periodística le hizo regresar a Timones para ver a su padre por última ocasión, inmóvil bajo el cristal de una caja negra, frente a sus once medios hermanos, los hijos oficiales, y cualquier otra cantidad de medios hermanos, tan bastardos en su naturaleza original como él, que su padre se había encargado de diseminar por todo el municipio. “Tu padre tenía hijos hasta debajo de las piedras”, como si fuera secreto de confesión, le dijo la viuda que en su juventud debió ser muy hermosa, esa tarde en que el color negro predominaba en el ambiente y los gallos habían suspendido su canto. El número ascendía a cincuenta, según el discurso de la mujer que había tenido no a un esposo, sino a un ídolo de carne y hueso, a quien le toleraba sus infidelidades por temor a perderlo. A fin de cuentas, ella era su legítima esposa, la mujer que despertaba al lado del hombre, creado y criado de acuerdo a la tradición masculina de muchas generaciones, un hombre que le había satisfecho sus necesidades de mujer y amante cada vez que lo requiriera, y aún cuando no le apetecía. Ella, fuente apacible y viento huracanado, le había dado al hombre el honor de perpetuarse en la sangre de once

hijos, aunque bien supiera que otros treinta y nueve descendientes lo despedían esa tarde en el cementerio de Timones, cerca del arroyo San Arnoldo.

Marcos Rodríguez Leija (1973)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

La dama del espejo

Facundo llegó cansado del viaje, con ganas de dormir. La mañana siguiente empezaría la investigación. Le habían solicitado un reportaje sobre leyendas y apariciones, y qué mejor lugar que Guanajuato. Ahí se hospedó en un hotel sencillo, decorado con muebles estilo colonial.

Cuando encendió la luz del cuarto, apareció *ella* en el espejo, desnuda, sobándose los pechos con una mano, mientras los dedos de su diestra los metía lentamente entre su vulva.

—Ven —le dijo—. Hazme el amor.

Facundo experimentó una erección y atraído por el morbo quiso tocarla para demostrar si lo que veía era real.

Su mano se hundió como si no hubiera vidrio y traspuso el marco rústico de aquel cristal al dar tres pasos, pero la mujer desnuda se esfumó.

Cuando Facundo volteó hacia el cuarto, sólo vio su rostro reflejado en un espejo. Estaba atrapado entre cuatro paredes sin salida.

Federico Schaffler (1959)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

El delito

La tumba vacía confirmaba mis sospechas. El sello de cemento blanco que sostenía la placa de mármol parecía haber sido pulverizado desde adentro. El cadáver de mi padre ya no estaba ahí.

Alguna vez tuve un padre, por poco más de siete años, hace veintitres. Un día se fue y ya no supimos nada de él. Mi hermano, tres años menor, fue criado al igual que yo, con la idea de que fue un mal hombre, que mejor valía la pena haberlo perdido.

Pero a pesar de todo, tuve un padre. Lo recuerdo bien. Recuerdo haberlo amado y haber sido amado por él. Sus detalles, el pastelillo diario de nieve fina, los chabacanos que tanto nos gustaban y dos docenas de gatos sobre el tejado.

Un día se fue. La mujer abandonada tuvo que refugiarse con sus dos chiquillos en la casa de su madre, en la frontera de México con los Estados Uni-

dos. Sus lágrimas de impotencia se mezclaban con las de despecho, dolor, amor y voluntad por sobrevivir. La hospitalaria abuela era una mujer de coraje. Su educación pueblerina, de principios del siglo pasado, alteraba todo para apretujar a la realidad dentro de su lógica y sus deseos.

Al mover la sencilla lápida veo el polvillo blanco escurrirse entre mis dedos. Ahora sé que mis sospechas inconscientes tienen algo de verdad. Siempre pensé que volvería a unirme con mi padre, pero no así.

El abandono de nuestro padre era un tema soslayado. Sólo se tocaba marginalmente. Para todos nuestros nuevos conocidos, él había muerto alcoholizado en un estúpido accidente en Los Ángeles, California, cuando vivíamos por allá.

Su vida fue itinerante. Afirmaba haber nacido en Austria, en un pueblito milenario llamado Villach, ahora ubicado equidistante entre las fronteras yugoslava e italiana. Su pasaporte decía que era canadiense por naturalización. Sus papeles de trabajo lo hacían norteamericano. Fechada en México, quince meses antes de mi nacimiento, el acta de matrimonio atestiguaba la legalidad de los hijos.

El último recuerdo que tengo de él contrasta fuertemente con la fotografía que tengo entre mis manos y que estaba empotrada en la lápida. Lo recuerdo inclinado sobre mí, apoyado en sus brazos mientras sus ojos dejaban fluir lágrimas que no tenían explicación. Era de noche y mi sueño infantil fue roto por sus sollozos. Desperté y vi su rostro cerca del mío. Los golpes que

después supe tenía en la cara y el cuerpo, y que mi madre nunca quiso decirnos quién se los hizo, en ese momento eran cubiertos por el manto de la noche que empezaba a retirarse lentamente. Un momento después alcé mis bracitos y lo abracé. Lloramos juntos. Me dijo adiós. En ese momento supe que era para siempre.

Observo su foto. La tomo entre los restos de la cubierta de su cripta y le sacudo cuidadosamente el polvo. El cementerio de Adeje, en Tenerife, Islas Canarias, es apacible y bello, pero triste. El Atlántico se extiende por todos lados mientras la bruma se levanta lentamente.

Es un buen lugar para vivir. O para morir. Aquí pasó los últimos meses de su vida, con una buena y abnegada mujer, quien lo siguió por todos los países en los que fugazmente vivió, dedicado a su profesión de restaurantero.

¿Qué me movió a buscarlo al fin? Las circunstancias y coincidencias se agolpan en mi mente. Un patrón que sospechaba, pero no quería creer, va tomando forma.

Ahora recuerdo con extrañeza algunas de las veces que, medio en broma y medio en serio, mi madre me decía que mi padre no había sido de este mundo. Uno de mis primeros recuerdos es vívido. Jugábamos dos amiguitos cubanos, un norteamericano y yo, allá en el patio delantero de nuestra blanca casa de madera en Los Ángeles, a cincuenta metros del Sunset Boulevard, no precisamente por donde cruza Hollywood y por lo cual es famoso. Nos revolcábamos en el brillante zacate de agosto. Nuestras madres platicaban sentadas en

la galería, con un café en la mano y un ojo sobre los chiquillos retozones. En ese momento mi padre debía de estar trabajando en su restaurante. Nadie le quita que fue un buen trabajador, incluso más de lo humanamente posible. Tenía mucha energía. Nuestros gritos y juegos se vieron interrumpidos bruscamente por un agudo sonido oscilante que parecía provenir del Echo Park y que se aproximaba hacia nosotros. Mi madre fue la primera en reaccionar. Corrió, me tomó del brazo y me introdujo rápidamente a la espaciosa sala-comedor. Las mamás de los otros chiquillos hicieron lo mismo. Cerraron fuertemente la puerta. “*Los hombres de negro*”, dijo mi madre. Nadie le entendió qué era lo que quería decir. Toñito, el mayor de mis amigos, dijo sencillamente. “*Es un OVNI, yo los he visto en la televisión y en el cine con mi papá*”. En ese momento, recién cumplidos los siete años, recuerdo haber pensado en la futilidad de mi escondite debajo de la mesa del comedor. Recuerdo haber pensado en que si esos seres desconocidos podían volar por el espacio, debían poseer aparatos para traspasar el techo, las paredes y la madera de la mesa para doblegarme. Ellos sabían dónde estaba yo. No es posible huir de ellos. Desde ese momento aprensivo me impresioné por la ciencia ficción que hoy me apasiona y por todo lo que tuviera que ver con el espacio misterioso. Siempre soñé que algún día sería parte de él.

El sonido penetrante oscilaba sobre nuestra casa. Volteé y vi a mi mamá con mi pequeño hermano entre los brazos. Su redonda cara reía, contrastante con la

preocupación y el miedo que se reflejaba en los castaños ojos de mi bella madre. El tiempo que estuvo el sonido sobrevolándonos fue interminable, hasta que se fue tan rápido como llegó. La mujer rubia dijo muy segura de sí misma: *Son los rusos. Mi marido, que es piloto de Air Force, dice que nos quieren invadir. Ya verán lo que les pasa si lo intentan*”, decía mientras sacaba al pequeño Eddie de donde estaba escondido conmigo y mis morenos amiguitos.

Se rompe el hilo de mis pensamientos. Advierto una presencia extraña al fondo del largo y solitario pasillo enmarcado por cientos de tumbas y gavetas encajadas en la pared. Caben seis a lo alto. Miden ochenta centímetros de ancho por otros tantos de largo. Están construidas de inexpugnable concreto, selladas, excepto por el frente, por donde había entrado y salido el cadáver de mi padre. No presté atención al hombre vestido de oscuro, mas no de negro. No tenía por qué hacerlo en ese momento.

La viuda de mi padre sollozaba, preguntándose quién sería capaz de haber robado su cadáver. Me levanté de mi inspección y la conforté. Pude ver así de frente al hombre que estaba a cincuenta metros de mí, estudiando una lápida cubierta de flores marchitas. Su rostro y apariencia no tenían nada fuera de lo común.

Cuando mi atención regresó a mi madrastra, yo ya había olvidado la cara del hombre. “*Algún deudo*”, pensé. Mientras encaminaba a la mujer hacia la salida pasé a un lado del individuo. Era un poco más alto que yo. Me daba la espalda.

Era extraño, pero no me sentía incómodo ni fuera de mi ambiente en la cálida isla española cercana a la costa africana de Marruecos. Mi llegada hasta aquí, donde he encontrado algunos detalles sobre la vida de mi padre que escapan a la lógica, son difícilmente aceptables. Jamás pensé que podría cruzar el océano y pisar tierras de otros continentes. Ahora estaba aquí y encontraba detalles que acicateaban mi curiosidad humana y todos los instintos de mi oficio. Antes de abordar el pequeño coche de mi padre, me volví para tomar una fotografía del lugar. Era una imagen para mi hermano. Mientras accionaba el obturador y enmarcaba en el objetivo la entrada del pequeño cementerio enclavado en los montes del sur de la isla, vi cómo el hombre se dirigía hacia el portón de acero pintado de negro. Agradecí su presencia para darle perspectiva a la foto. Aprendí hace mucho que al tomar gráficas de edificios, monumentos o lugares más grandes que el hombre, una figura humana dimensiona al lugar. El oscuro e imperceptible individuo servía bien para tal propósito.

Llegamos a la recepción y oficinas del cementerio y expresamos nuestra amarga y enérgica queja sobre la violación a la tumba. “Nunca ha ocurrido algo así en este lugar”, dijeron. Levantamos la queja, avisando que reportaríamos el suceso al departamento de la guardia civil.

Mientras nos dirigíamos velozmente por la autopista rumbo a la capital Santa Cruz de Tenerife, ubicada a ochenta kilómetros del cementerio de Adeje, volvie-

ron a mi mente los recuerdos de las incongruencias, coincidencias y casualidades que me habían llevado hasta ahí. Tengo grabadas en la mente las palabras que en menos de cinco minutos habían reunido a un padre y a su hijo, a través de una deficiente conversación telefónica que cruzó el Atlántico. Tengo presente su turbación, culpabilidad y emoción. Recuerdo mi frialdad, mas no rudeza o grosería. Simplemente me daba mucho gusto saber que estaba vivo, pero conscientemente sabía que no había hecho ninguna gracia al abandonarnos. De todos modos, mi perdón fue tácito. Lo que no sé, es si alguna vez me perdonaré que no le dije “Padre” o “papá”, en esos cinco minutos de reencuentro. *“Tiempo habrá para conocernos, ya no nos vamos a perder. Te lo aseguro”*, me dijo al despedirse y quedar ambos formalmente en escribirnos y recuperar el tiempo perdido. Unos cuantos días después, exactamente cuatro, murió de una embolia cerebral. No alcanzó ni siquiera a escribir o volver a llamarme. La carta que yo le envié, jamás la recibió. Dolor sobre dolor. Ausencia sobre ausencia. Frustración de frustraciones.

Llegamos al puerto capital y tras efectuar nuestra denuncia del robo nocturno ante las autoridades y recibir vagas y difusas disculpas, la hija de la viuda de mi padre, mas no de él, me llevó y me dejó en el departamento con vista al mar que renté por los días de estancia en Tenerife. Nos despedimos y mi hermana política quedó de regresar al día siguiente por mí. Me di un buen baño y envuelto en la toalla, empecé a repasar los hechos. Había que ser objetivo y evitar conclusiones

absurdas. Agotado por el largo viaje desde México y la desagradable sorpresa, me recosté y dormí profundamente, arrullado por los embates de las olas ante el rocoso acantilado sobre el cual estaba construido el condominio.

Soñé esa noche a mi padre. Lo oí repetir dos palabras una y otra vez. “*Sólo*” y “*Teide*”. En el aeropuerto vi una tarjeta postal con el volcán apagado que es la cumbre más alta del territorio español, el “Teide”, y quizá de ahí fue donde se me grabó el nombre.

Amanecí descansado y después de almorzar me comuniqué por teléfono con mi madrastra. Me informaron que no podrían atenderme durante todo el día, pero que hiciera o fuera a donde quisiera con un auto que habían dejado a mi disposición. Decidí ir al volcán.

Después de pedir informes sobre cómo llegar hasta el Teide, manejé más de cuarenta kilómetros de sinuoso camino, lleno de bruma y nieve y llegué a la parada del teleférico. La lava está por doquier. Es un paisaje extraterrestre. De hecho, han filmado aquí varias películas de ciencia ficción.

Entro al teleférico y tras llegar a la cumbre, me dispongo a recorrer y subir a pie los 360 metros adicionales. Frente a mí camina un caballero vagamente familiar, pero no alcanzo a ubicarlo. Es mi imaginación. De hecho, no conozco a nadie por aquí.

Al pensar que mi padre recorrió estas veredas, como ahora lo hago yo, un puñado de tristezas me aprieta el corazón. Mi madrastra me comentó fugazmente que de todo el archipiélago de las Canarias, éste

era el sitio preferido de mi padre. Al estar aquí y subir a la cima, me siento espiritualmente junto a él.

El hombre que sube frente a mí no voltea para nada. Me llama la atención su rigidez y decisión. Admiro su prisa por llegar al tope del Teide. De pronto, sé que algo muy importante va a sucederme.

Cuando remonto el último promontorio, una vista magnífica del océano y de Gran Canaria se abalanza sobre los horizontes, pero el hombre me está viendo fijamente. Un poco desconcertado por su incisiva observación confronto su mirada. Me está esperando. Quiere hablar conmigo.

Se dirige hacia mí con el diminutivo de mis recuerdos. Me detengo extrañado, se me fractura la voz y le pregunto:

“¿Padre?”

“No. Lo siento. Tu padre ya no está aquí. Lamentamos mucho que no hayas podido verlo antes que fuera liberado. Ahora ya es imposible”, me dijo directamente, derrumbando todas mis esperanzas.

“¿Quién es usted? ¿De dónde viene?”, pregunté angustiado. *“Soy un simple mensajero. No soy de la Tierra, como tampoco lo fue tu padre”,* escuché.

Nos sentamos en unas rocas y el hombre empezó a platicarme cosas de mi padre, cosas de su planeta de origen, no muy diferente al nuestro, pero increíblemente avanzado, donde las relaciones humanas y familiares están sobre todas las cosas. No abundó en la razón de su presencia aquí, ni la de mi padre, ni en lo que él hizo aquí. Pero quería decirme algo. Giraba lentamente

sobre sí mismo mientras sus ojos cambiaban de paisaje, me reconfortó saber de dónde era. La carga de incertidumbres se aligeró. Sentía cómo estaba dándole vueltas al asunto sin querer decirme algo.

Platicamos de temas intrascendentes, intercalados en larguísimos silencios. Cuando estaba por caer el Sol, le pregunté:

“Cuando dijo liberamos, ¿qué quiso decir con ello?”.

Me entregó su mirada limpia de agravios, como agradeciendo la pregunta.

“Si has aceptado con tranquilidad el hecho de que somos extraterrestres, creo que puedes asimilar la verdad. Tu padre estaba cumpliendo una condena penitenciaria aquí en la Tierra. Al llegar al plazo fijado por el juez-ordenador, se le liberó y trasladó de regreso a nuestro hogar”.

Se levantó y me tendió una diestra suave y cálida, bien cuidada. Sus gestos eran agradables y atentos. Se puso de pie para marcharse. Yo no pude resistir la curiosidad y le pregunté:

“Disculpe. Quisiera saber. Por favor dígame ¿Qué delito cometió mi padre en su planeta de origen?”.

Se dio media vuelta. Inició su descenso del volcán apagado. Se detuvo un instante. Volvió la cabeza.

“Abandonó a su familia”, contestó.

Federico Schaffler (1959)

Nuevo Laredo, Tamaulipas

La traición

El bisturí laser cortaba con exactitud los pliegues bajo el ojo derecho de la paciente. La experta mano de José Manuel Briseño estiraba y acomodaba la piel para hacer desaparecer la última ojera del rostro de la primera dama de Honduras.

El médico mexicano pidió le secaran el sudor de la frente. “Maldito calor y maldita contaminación. Todavía no comprendo como la Ciudad de México puede estar tan caliente en pleno diciembre”. Revisó la sutura, le dio el visto bueno y procedió a seguir con la múltiple operación estética. Ahora tocaba el turno a los flácidos pechos, que en unos minutos más tendrían la firme consistencia y silueta de los de una jovencita de 18 años, aunque pendieran del torso de una mujer de cincuenta. Después seguiría con la reafirmación de la elasticidad de los esfínteres púbicos y la liposucción de la grasa acumulada en el vientre y muslos, así como el

levantamiento de los glúteos. Planeaba seguir la misma estrategia que utilizó cuando intervino a su esposa. *Ella sí que me quedó bien.* Sintió un chispazo de excitación al recordar el bello rostro, los duros pechos y las sugestivas curvas. *Yo sí pude crear a la mujer de mis sueños, aunque ahora me provoque pesadillas.* Hizo a un lado la imagen de su mujer y regresó su atención a la paciente. Sonrió al pensar que una vez restablecida de las intervenciones, el presidente hondureño disfrutaría de su consorte como cuando eran jóvenes. Si es que ella no lo hacía para engañarlo.

El regalo que la mujer le otorgaría en su cumpleaños número 60 con toda seguridad sería bien recibido, además, la publicidad que la dama podría traerle entre las mujeres centroamericanas prometía un año lleno de venturosas y productivas operaciones para su equipo médico.

Terminó con el injerto de la pasta sintética y una vez suturados los cortes, se despidió de dicha área de trabajo con un suave pellizco a un pezón, ante las risas divertidas de las enfermeras y su compadre, el anestesista. Cubrió el tronco con la sábana y dio las órdenes necesarias para que prepararan el área del bajo vientre para la siguiente fase.

El rasurado pubis enmarcaba una vulva donde era notorio el estrago producido por el nacimiento de ocho hijos. *Actitud típicamente machista,* pensó al reafirmarse que el no tener hijos le permitía sobresalir en su carrera y disfrutar de más tiempo con su mujer. Ajustó con el pulgar la intensidad del rayo rubí que

había reemplazado al escalpelo convencional y empezó a efectuar cortes semicirculares en el área vulvar, para hacer aparecer los músculos. En eso, se escuchó uno de los radiotransmisores que llevaba al cinto. No le gustaba el término “beeper” que tanto se usaba. Al interpretar la señal acústica, sus manos se crisparon y el laser segó tejidos que no deberían, la sangre manó en abundancia. Lanzó una maldición y aventó el bisturí electrónico a un lado. “Maldita sea. Perra desgraciada. Limpíen esto mientras regreso. Ahora vamos a tener que darle un himen nuevo a esta mujer para tapar el daño. “Bueno, va a ser un gratuito regalo extra que no creo le desagrade.” Aventó la mascarilla al suelo y salió apresurado del quirófano. El anestesista lo siguió de cerca.

“Qué te pasa, compadre. Ya mero le amputas los labios a la señora. Por qué te alteraste tanto.”

José Manuel lo estudió mientras recuperaba la calma. Luis Huerta era un buen hombre, un excelente anestesista y su mejor amigo. Tenía que confiarle la verdad.

“Esa señal me indica que mi mujer me está engañando en estos precisos instantes. El maravilloso cuerpo que le fabriqué lo está utilizando otro. ¡Maldita puta!”, expresó mientras se llevaba la mano derecha a la frente y la bajaba tallándola fuertemente contra su rostro sudoroso.

Luis guardó silencio. Recordó que su mujer le dijo durante el desayuno que acompañaría a su comadre al gimnasio, como hacía casi todos los días y después a

hacer unas compras. No quería pensar que Ana María estuviera protegiendo a Connie para que ésta engañara a su marido, pero ellas se conocían desde jóvenes y era muy factible que así fuera. Ninguna de las dos tenía hijos que atender y esto las acercaba aún más.

“¿Cómo puede ese aparato decirte si tu mujer te está engañando? Serénate, porque tenemos que volver a la operación. Es muy importante, intentó tranquilizarlo.

“Cuando le di ‘mantenimiento’ hace cinco meses a las intervenciones estéticas que le hice a mi mujer, injerté bajo la piel del muslo un pequeño transmisor que detecta el incremento de hormonas, y me indica precisamente cuando está excitada. El receptor se dañó, lo mandé reparar a la fábrica y apenas me llegó la semana pasada. Ya comprobé que el aparatito japonés funciona y sí da resultados”, le dijo mientras respiraba hondo y se esforzaba inútilmente por bajar los niveles de bilis y de adrenalina que lo mantenían alterado.

“¿Y cómo puedes saber si no está masturbándose y eso provoca la secreción de hormonas?”.

“Porque el aparatito está diseñado para inhibirse ante la autoexcitación, y además a mi mujer nunca le ha agradado masturbarse”.

“Ah, entiendo. ¿Y de quién sospechas, compadre?”.

“No sé. Ni siquiera dudaba de ella cuando le instalé el microchip. No sé por qué lo hice, pero ahora veo que no fue una precaución innecesaria. ¡La voy a destrozar!...”, expresó irritado mientras se levantaba del silloncito en la sala de doctores y llegaba hasta el ventanal desde donde se veía el ennegrecido cielo de la

capital de México. Luis se acercó a él, observando sus ojos nublados por lágrimas reprimidas que no encontraban un cauce digno para fluir.

“Cálmate compadre. No vayas a cometer una tontería, ya sabes que las agresiones contra las mujeres son ahora muy penadas por nuestro gobierno. No vayas a pensar en golpearla o matarla”, le dijo mientras le ponía una diestra solidaria en el hombro. “Anda, vamos, sé que puedes controlarte y terminar la operación. ¿O quieres que le llame a Cárdenas para que él se encargue del resto?”.

Luis sabía lo que hacía al herir su amor propio, más que la traición de su mujer. Cárdenas había sido su maestro y era su más fuerte competencia entre la alta sociedad que requería de sus servicios de cirugía plástica. Eso lo hizo reaccionar. “No. Ya estoy mejor. Si llamas a Cárdenas la gente se va a enterar que no fui yo quien operó a la señora y se nos van a escapar los potenciales clientes. Además, ya le adelanté a hacienda los impuestos de ésta operación. Yo puedo seguir, nada más déjame decirte que cuando dije que voy a destrozar a mi mujer mi intención fue otra. Ya verás”, dijo en tono serio al tomar una mascarilla y salir apresuradamente de la estancia, sin agregar más hasta que traspasaron la puerta del quirófano. “¡Vamos, haraganes! Hay mucho trabajo por hacer!”. Luis se alegró de que su compadre volviera a ser el mismo de siempre.

“¿Crees que tu marido se entere de lo nuestro, mi amor?”.

La mujer entrecerraba los ojos al sentir los labios y la lengua de su amante recorrer su intimidad. “No, es un pendejo. Si él quiso darme este cuerpo que yo no le pedí, ese es su problema”. Tomó con sus delicadas manos la cabeza que tanto placer le daba y dejó que otro clímax la envolviera. Pronto tendría oportunidad de devolver el favor a su amante, quien esperaba con ansia el momento.

“Me alegro, no sé que haría sin ti. Fue mucho el tiempo que perdimos”, le dijo mientras se incorporaba y circulaba el frágil y perfecto cuerpo con sus fuertes brazos y ofrecía su boca para un prolongado beso. Te amo, mi vida”.

No fue difícil convencer a su mujer de que era necesaria otra intervención de mantenimiento. Durante el último mes había escuchado una y otra vez el fastidioso pitido del “beeper”, que le comprobaba la sospecha de que su esposa experimentaba placer con otro hombre y eso le enervaba, pero era un médico racional y prestigioso que no pondría en peligro su prestigio por más que amara a su mujer, y después de todo ella seguía entregándole su cuerpo casi todos los días. Él hacía a un lado la repulsión y disfrutaba de la relación, pensando que cada contacto podría ser el último.

Durante la prolongada intervención acompañaron a José Manuel un amigo de su infancia que era destacado médico especialista en bioelectrónica, sus dos enfermeras y Luis, como anestésista. Recorrieron todos los puntos que habían sido alterados quirúrgicamente

en el cuerpo de su mujer por el especialista en cirugía estética: mejillas, labios, cuello, pechos, glúteos y la región púbica. La mesita llena de micro cables, pastillas de silicón, transmisores y receptores flexibles fue vaciándose a medida que transcurrían los minutos. Finalmente sólo quedó un receptor maestro que el bioespecialista le entregó a José Manuel.

“Confía en mí, compadre”, le había dicho José Manuel al principio de la operación a su amigo. “Tú sólo límitate a cuidar que no se nos quede en la plancha por la anestesia. Terminando esto te explico para qué sirve todo lo que le injertamos. Luis aceptó la explicación de su amigo sin cuestionarlo. Después de todo, de verse él en una situación similar, recurriría inmediatamente a su compadre y esperaría toda su colaboración. “Pero a mí Ana María nunca me va a hacer eso. Es incapaz”, pensó mientras verificaba el nivel de la anestesia y los indicadores de ritmos vitales.

Terminaron la operación y trasladaron a la mujer a una habitación del hospital, donde esperaría la recuperación para regresar a su casa, “*Más buena que nunca en mis 40 años*”, como ella misma había dicho antes de perder el conocimiento en el quirófano. “*Sí, más buena que nunca*”, recalcó su marido en ese instante.

Luis, José Manuel y el médico decidieron trasladarse a un fino restaurant-bar para brindar por el éxito del plan. Amparados tras grandes copas de coñac, le explicaron con detalle a Luis el objetivo de la intervención y éste no pudo menos que sonreír ante el ingenio de su compadre. Esperaba ver pronto los resultados.

Bueno, aquellos que pudieran apreciarse a simple vista. Bartholin empezó sus secreciones.

Connie se despojó del leotardo y mallas que usara en el gimnasio con deliberada lentitud, buscando prolongar unos instantes más la agónica espera de dos meses desde que su marido le dio ‘mantenimiento’ y no había podido usar su cuerpo para la acción sexual. Permitió que sus enhiestos pechos, coronados por dos duros pezones cafés, despertaran aún más el deseo de su amante ante el inminente contacto físico.

“No sabes cómo te extrañaba. Voy a devorarte esos pechos a besos y caricias. Vas a ver, no voy a dejar centímetro cuadrado sin atender.”

“Promesas, sólo promesas”, dijo Connie mientras se deslizaba lúbrica sobre las sábanas y dejaba que su amante cumpliera su amenaza.

José Manuel y Luis bebían un par de cervezas mientras unos jugosos filetes se asaban sobre la parrilla. Cuando José Manuel escuchó una hora antes la alarma que indicaba que su mujer volvía a las andadas, llamó por teléfono a su compadre, urgiéndolo a que lo visitara cuanto antes, para ver los resultados del experimento.

“Tráete a la comadre, para ver si así a Connie le da más vergüenza”, le pidió José Manuel.

“No puedo, andan juntas en el gimnasio. Mejor voy solo compadre. Creo que Ana María iba a visitar a su mamá después de hacer ejercicio, aunque por lo visto

y por lo que me dices, debe haber dejado a Connie por ahí. En veinte minutos estoy contigo”, le contestó.

“Bueno, no importa que no venga la comadre. Lo que me interesa es que vengas tú. Además, te esperan unas “heladas” y unos buenos “filetes”, le prometió.

Un rato después, el crepitar del carbón y los sorbos de cerveza de los dos hombres, fueron suspendidos con brusquedad al escuchar el chirrido de las llantas del carro de Connie, y el fuerte portazo que indicaba que la mujer había llegado ya de su infiel interludio amoroso.

“¡Manuel! ¡Manuel! ¿Dónde estás?”, gritó alocada desde la sala, hasta que los encontró en el patio sentados frente a las fichas de dominó sobre la mesa de metal forjado con cubierta de vidrio.

“¡Manuel! ¡Qué bueno que te encuentro! Buenas tardes, compadre. ¡Ha ocurrido una desgracia!”.

“Contrólate, mi amor, dime ¿qué te pasa?”, preguntó él con la cara seria. “Siéntate. Ven, tómate una cerveza”, la invitó a un lado suyo.

“¡Quién chingados está pensando en cervezas en éste momento! Perdón compadre. ¡Mira, Manuel! ¡Se me cayeron las chiches!” , gritó histérica mientras se bajaba la parte superior del leotardo, sin importarle que estuviera presente su compadre. Después de todo, él también estuvo en la operación, pensó. “¡Mira!”, dijo mientras dos globos desinflados amenazaban con golpear la mesa y tumbar las cervezas.

“¡Tu pinche mantenimiento no sirvió para nada! ¿Ahora qué voy a hacer, Manuel?”

“¿Has pensado en comprar una hamaca?”

“¡Baboso!, ¡estúpido! ¿Cómo se te ocurre hacer bromas en este instante?”, gritó la mujer mientras se sentaba en la mesita, sin preocuparse en subirse la prenda. Con cuidado intentó levantar las fichas del dominó que habían tumbado sus pechos al caer sobre la mesa con un sordo golpe.

“¡Tienen que ayudarme! ¡Vamos al hospital! ¡Tienes que hacer algo Manuel!”, le pidió al punto de la histeria.

“Si quieres puedo revisarte, pero la intervención es aún reciente y no puedo operarte otra vez hasta dentro de algunos meses. Además, esto pasa en algunas ocasiones. No te preocupes. Después te arreglo”, le dijo mientras revolvía las fichas para un nuevo juego.

“¿Cómo puedes seguir jugando, y yo en este estado?”

“Simplemente porque no puedo hacer nada de momento. Ándale, tápate eso y déjanos jugar”, le dijo serio mientras veía cómo su compadre rehuía la mirada de Connie.

Molesta, hizo esfuerzos por cubrirse con la tela elástica, y refunfuñando, se levantó y entró a la casa seguida de un nuevo portazo.

“Como eres, compadre —le dijo Luis—. Oye, una pregunta. ¿Cómo vas a hacerle para que cuando tú le hagas el amor no se le afloje todo?”, quiso saber.

“Muy sencillo, apago los transmisores con el control maestro. Cuando termine vuelvo a encenderlo y ya. Vamos, juega o te ahorco la mula de seises. Ya viste el show que te prometí”, le dijo, alejándolo del tema.

“¿No te quiso componer el busto tu marido, mi amor?” quiso saber mientras se quitaba la ropa y la

dejaba sobre el buró del hotel. Seguía amándola, a pesar de la impactante comparación de ver los pechos caídos otra vez, mucho más que como estuvieran hasta hace poco.

“No, mi vida. Me dijo que tenía que esperarme. Ya sabía yo que de vez en cuando algunos de sus trabajos le quedan mal, pero por lo general jamás se sabe”, le contestó Connie al acostarse a su lado en la cama. “¡Ámame!, no pensemos en eso ahorita. Tenemos poco tiempo”, suplicó mientras acercaba el cuerpo al suyo para que iniciara el encuentro “Quiero sentir tus besos, pero en mi busto no. Me da mucha pena”.

“No mi amor, no tienes porqué sentirte así. Ya sabes que desde antes que te operaran yo te amaba tal y como eras. Además, ya quería ver otra vez a este par”, le dijo sonriente mientras le prodigaba una suave caricia, pero haciéndole caso de su súplica y enfocando sus labios hacia otra parte.

“¡José Manuel! ¡José Manuel! ¿Dónde estás?”, gritó Connie al correr escaleras arriba hacia la recámara, donde pensaba estaría su marido después de llegar del trabajo ¿Dónde estás, animal?”

“Aquí estoy mi vida y gracias por llamarme animal. Hacía mucho que no lo hacías. Ya extrañaba tus palabras”, le contestó desde adentro de la habitación.

Ella entró corriendo, deteniéndose un instante al verlo preparar su maleta. “¿A dónde vas?”

“Me voy para Honduras. Hubo algunas complicaciones con la esposa del presidente y mandó un avión especial para que nos fuéramos para allá de inmediato.

Lo siento. Tengo que irme”, le dijo mientras levantaba la maleta, le daba un ligero beso de despedida en la mejilla y se encaminaba a la puerta.

“¡Espérame!, me ocurrió otra desgracia, se sentó en la cama y con rapidez se quitó la falda y la ropa interior. “¡Mira, mira lo que me pasó ahora que estaba en el gimnasio!”, le dijo al acostarse y abrir las piernas.

El se acercó, mostrando curiosidad que no tenía. “Déjame ver”. Empezó a hacer una exploración exterior y movía repetidamente la cabeza. “Esto ya está empezando a preocuparme. Fíjate que lo mismo le pasó a la primera dama hondureña, por eso vamos para allá. No te mortifiques, cuando regrese hacemos algo para remediar esto. Por lo pronto, ten cuidado y no te lo vayas a pisar”, resolvió minimizando el incidente, mientras se daba la vuelta y abandonaba la habitación. “Hasta luego”.

“¡Oye, baboso! ¡Haz algo inmediatamente! No puedo quedarme así”.

“Lo siento, mi amor. El avión está esperándome y mi compadre ya está allá. Te veo en ocho días”, dijo antes de salir, mientras Connie se quedaba mascullando su coraje.

“No puedo creer que no haga nada por ayudarme”, se preguntaba Connie al saborear una taza de café que le había hecho su comadre. Estaban sentadas en la cocineta de la casa de ésta última y las dos mujeres se mostraban verdaderamente preocupadas por la situación.

“¿A qué crees que se deba? ¿No será una reacción provocada por la excitación? Ambas cosas te han sucedido inmediatamente después de hacerlo”, aventuró Ana María.

“Es posible, pero no creo que José Manuel sea capaz. Ya sabes que es un tonto para las cosas del amor y la venganza. Él sólo es bueno para su trabajo y no creo que haya hecho esto a propósito. Además no me explico cómo lo haría. No, debe haber otra explicación. ¿No será la menopausia?”, dijo de repente, rompiendo en sollozos, mientras su comadre se levantaba y le tendía un brazo protector por encima de los hombros, tratando de consolarla.

“No seas tonta, corazón. Cuando te llega el cambio de vida no pasa eso. Anda, vamos, no llores más comadre. Acuérdate que en un rato tenemos la consulta con el Dr. Cárdenas. Quizá él pueda ayudarte”.

“Es que no sé si debemos ir. Después de todo es la competencia más fuerte de mi marido y estoy segura que va a enojarse”.

“Que eso te valga. Lo importante es que vuelvas a estar como antes. Además, el viaje de nuestros maridos se prolongó y no llegan hasta la semana que entra. ¡Anda, vamos!”, la levantó con facilidad de la silla y la llevó al baño, para que hiciera desaparecer las huellas de sus lágrimas.

“Señora Briseño, después de revisarla, estudiar las radiografías, los ecosonogramas, las fotos y video que le tomamos, me duele decirle que todo lo que le pasó fue provocado ex-profeso, por su marido”, le explicó

el famoso médico. “Le fueron injertados una serie de transmisores electrónicos y receptáculos de silicón maleable a distancia, así como un detector de hormonas. Lo demás es fácil suponerlo. Cuando usted se excitaba, él lo sabía y hacía que la parte que recibía “atención” en ese momento se tornara flácida. En realidad no es tan difícil como parece. Con la tecnología de hoy se pueden hacer incluso muchas más cosas”, explicó.

“¿Y qué puedo hacer, doctor? ¿Puede ayudarme?”

“¡Claro que puedo ayudarla! Y lo voy hacer con mucho gusto. Porque creo que lo que le hizo su marido es una salvajada poco ética y hay que remediarla. La espero mañana a las 7:00 a.m. en el Hospital General. Nada más necesito que me firme estas autorizaciones y eso es todo. Puede traer a su comadre, si así lo desea, para que le haga compañía después de la operación”, le dijo el médico al levantarse para despedir a las dos mujeres, después de que Connie estampó su rúbrica en el documento que autorizaba a Cárdenas utilizar como quisiera el material recabado durante la consulta y la operación.

“Claro, doctor. Se lo agradezco mucho”.

“¡Ah!, para cuando salga del hospital tendrá lo que me pidió. Le agradezco la oportunidad que me da de tratar como se merece a mi competencia”.

Las dos mujeres sonrieron al salir del consultorio. Abordaron el auto de Ana María y tras manejar varios kilómetros por las enloquecedoras avenidas de la macro urbe, fueron a parar a un restaurant a orillas del holograma gigante del antiguo lago de Chapultepec.

Pidieron dos cafés americanos y dedicaron las dos horas siguientes a la planeación de la venganza y el futuro.

La operación no fue muy sencilla, pero el Dr. Cárdenas era una eminencia y retiró todos los injertos en pocos minutos. Alteró y reacomodó los tejidos y tensión muscular de acuerdo a las fotografías anteriores a las intervenciones de la señora Briseño, no de las recientes. “Ante las circunstancias, le había dicho durante la consulta prefiero quedar como antes y no como José Manuel me quería tener”. Cárdenas cumplió las instrucciones.

La recuperación fue rápida, dos días después estaba ya en su casa, adolorida y vendada pero feliz. Ana María no se había despegado de su lado un instante, como debería de ser. Sus maridos llegarían esa noche y se alegraron una vez más de no tener hijos ninguna de las dos parejas. El enfrentamiento sería violento, por lo menos emocionalmente.

José Manuel y Luis recibieron en el avión un mensaje de que ambos se presentaran en la casa del primero. Llegaron y dejaron sus maletas en un lado del vestíbulo, se acercaron a las dos mujeres que estaban sentadas en un sillón de la sala, viendo una serie de fotografías colocadas sobre la mesita de centro.

“Mira, pendejo”, le dijo Connie a su esposo. “Quiero que veas tu fin. Bueno, el fin de los dos, porque usted también se va para abajo, compadre”. Los hombres se acercaron y observaron los montajes típicos de los cirujanos estéticos de “antes” y “después”, sólo que ahora no eran dos fotografías, sino tres, y la última

llevaba el encabezado “más después”, y mostraban los deteriorados aspectos íntimos de Connie, a quien poco le importaba que los periódicos la reprodujeran así, con tal de consumir su venganza y liberarse de un estorbo.

José Manuel y Luis tomaron algunas de las fotos entre sus manos y las observaron nerviosos. “¡No puedes hacerme esto, Connie! ¡Tú fuiste quien te lo buscaste! Me engañabas con otro hombre y te merecías lo que te hicimos. ¡Ahora sí me las vas a pagar! ¡Quieres destrozarme!”, le dijo amenazador al acercarse y tomarla de los hombros, intentando levantarla del sillón.

Ana María se incorporó velozmente y con los fuertes brazos, llenos de músculos por su afición al fisicoculturismo y sus asistencias al gimnasio, hizo a un lado a su compadre, atenazándolo de las muñecas para que no lastimara a Connie, quien lo miraba adolorida aún, pero con ojos burlones y una sonrisa de triunfo.

“¡No la toques Manuel, o te rompo la cara! ¡Y tú estate quieto, Luis!, ya sabes como te va cuando te me opones”, le gritó a su marido que se aproximaba a intervenir. Decidió mejor no hacerlo, ya sabía a qué se refería. José Manuel intentó resistirse. “¡No te metas en esto, Ana María! ¡No tienes nada que estar haciendo aquí!” forcejeaba sin poder zafarse de las manos de su comadre. “Al contrario pendejo, sí tengo qué hacer aquí, y mucho. Nos has estado perjudicando a las dos y ya no puedo quedarme quieta. Los dos son tan tontos que jamás se han dado cuenta que Connie y yo nos amamos. Ella no te engañaba con un hombre, animal, sino conmigo. Ya no podemos vivir separadas. Lo siento

Luis —se volvió a su asombrado marido— te quiero mucho, pero lo nuestro no puede continuar. Amo a Connie”, con un ligero esfuerzo aventó a su compadre José Manuel a uno de los sillones y usando su delicadeza escondida, ayudó a su comadre a levantarse. Se dirigieron a la puerta de salida. “Luis, no vayas a la casa. Me voy a quedar con ella. Después te mando tus cosas”, él asintió en silencio, después de todo, la propiedad era de ella y estaban casados por separación de bienes.

José Manuel se incorporó y empezó a romper las fotografías frenéticamente mientras risas y carcajadas nerviosas se agolpaban en su garganta, saliendo entremezcladas con las palabras. “¡Se les olvidaron las fotos, estúpidas! ¡Ahora ya no tienen pruebas en contra nuestra!”

“El estúpido eres tú, José Manuel. Las originales las tiene el Dr. Cárdenas y para este momento ya están en las redacciones de los periódicos y revistas sensacionalistas de todo México. Chao”, dijo Connie a manera de despedida, mientras traspasaban el umbral hacia su felicidad.

Altaír Tejeda de Tamez (1922)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Salón Parasol

Marcos y Felipe terminaron la preparatoria con muy buenas calificaciones y sus padres los premiaron con un viaje a la ciudad de México. Allí, se hospedaron en la casa de un tío, hermano de la mamá. Su primo Nicolás se comprometió a pasearlos y desde que llegaron, no hicieron otra cosa que visitar los diferentes lugares que de antemano se había propuesto por iniciación paternal y otros, por recomendación de sus parientes.

Un día, después de haber cumplido la agenda diurna, el primo les dijo:

—Voy a darles una sorpresa: esta noche vamos a ir a bailar, pero no a una discoteca, sino a un sitio en donde tocan música suave, de la del tiempo de nuestros padres y abuelos —los muchachos protestaron, pero el otro les prometió que tendrían una experiencia que no iban a olvidar nunca. Ante tamaña expectativa, los dos hermanos se animaron—. Hay que ir de traje —dijo

Nicolás— y de traje y corbata se fueron los tres detrás de la aventura.

El salón estaba en penumbras. Una música tranquila inundaba el ambiente. Marcos y Felipe se quedaron a un lado de la puerta, pero el primero lo instó a ocupar unas sillas de las que estaban alineadas a lo largo de la pared.

—Es que aquí las cosas se hacen al revés —aclaró—. Ellas van a venir a invitarnos a bailar —esa fue la primera sorpresa. La segunda se presentó cuando los ojos estuvieron acostumbrados a la media luz. Al ver para un lado y otro, los muchachos no distinguieron a ninguna joven; las damas que ahí se encontraban eran, cuando menos, de la edad de la madre de ellos. Marcos protestó:

—Oye, yo no voy a bailar con una vieja —le dijo a Nicolás.

—¿Y por qué no? —preguntó éste. Para cuando eso decía, ya tenía frente a sí una mujer gorda y sonriente que le tendía los brazos y en ellos cayó el muchacho, riendo también. Marcos le dijo a su hermano:

—Vámonos, no me gusta esto —pero ya Felipe tenía bailadora, sólo que más delgada y más joven que la de su primo y él no la despreció. Al otro no le quedó más remedio que tomar asiento, cruzado de brazos y rumiando su descontento. Frente a sí veía pasar a las mujeres, temiendo que alguna se detuviera y lo invitara, cosa que no sucedía y que empezó a inquietarlo.

—¿Pero será posible? —se preguntaba— ¿será posible que yo no le guste a ninguna de estas mujeres?

—su orgullo varonil sufría un desmedro considerable y él no hallaba qué hacer. Se dio en sonreír a alguna que fijaba en él los ojos, pero nada, ni así se detenían, seguía ahí como un salero en medio de la hilera de sillas vacías. Enfadado, cerró los ojos esperando que el tiempo pasara y llegara la hora de ir a su casa. De pronto, una voz juvenil le preguntó:

—¿Bailamos? —abrió los párpados y miró a la propietaria de la voz. No lo podía creer. Lo que tenía enfrente colmaba las aspiraciones del más exigente de los jóvenes: era delgada, de mediana estatura y un rostro muy lindo, sonriendo, volvió a preguntar— ¿bailamos?

Marcos se levantó embobado y pronto se encontró con la muchacha en sus brazos y platicando, encantado de la vida, al son de aquella melodía que propiciaba el acercamiento. Le preguntó su nombre. Ella se lo dio. Que dónde vivía.

—Aquí enfrente —respondió ella. La invitó a salir el día siguiente y ella se excusó. El tiempo se le fue sin sentir. De pronto, vio a Felipe y a Nicolás que desde la puerta lo buscaban con los ojos, entre las parejas; volteó de nuevo para decirle a la chica que ya se tenía que ir, pero ella ya no estaba. Pensó que habría ido al baño y esperó unos minutos. Los muchachos lo vieron y llegaron hasta él. Felipe le preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Esperando a la muchacha con la que bailé todo el rato.

—No nos quieras presumir —le dijo— te vimos planchando toda la noche, pobre hermanito —habían llegado a la calle.

—Óyeme, no —se defendió Marcos—. Yo bailé con esa muchacha. Vive aquí enfrente. Se detuvo Nicolás y tomó el brazo de su primo.

—Mira, mira —le dijo— ¿qué ves?

—Una tapia —contestó Marcos molesto.

—Sí, es una tapia. Detrás está un panteón —los tres guardaron silencio hasta que llegaron a la casa. Ya solos en el cuarto, los hermanos, no hablaron tampoco. Al encender la luz, Felipe se fijó en el rostro de Marcos.

—Oye, ¿qué es eso? —se le acercó a la cara y le frotó el dedo pulgar en la mejilla y examinó el resultado de la acción— mira, es lápiz de labios —Marcos se le quedó viendo y sólo dijo:

—Era muy bella.

Altaír Tejeda de Tamez (1922)

Ciudad Victoria, Tamaulipas

Los dos cartuchos

Yo sabía que tarde o temprano surgiría un volcán, se precipitaría un alud, habría una inundación, en fin, no sé qué cosa, pero algo, algo terrible iba a pasar en ella.

Lo sabía...

Cuando sucedió, el periódico se ocupó ampliamente de ello. Durante mucho tiempo sólo eso se comentaba. ¿Cómo no iban a hacerlo?, si tratándose de un pueblo chico, en donde nunca pasa nada, aquello constituyó una tragedia. Toda la gente opinó y todas las opiniones fueron condenatorias para la madre.

Sin embargo, yo sabía la verdad. La sabía desde hacía más de veinte años. Desde que Amalia y yo íbamos juntas al jardín de niños. Al principio no éramos amigas, a pesar de vivir cerca, pero en un carnaval nos tocó ser damitas de la reina infantil. Entonces, la gente nos encontró cierto parecido y creyó que éramos, si no hermanas, cuando menos de la misma familia.

En las ciudades chicas todos acaban por conocerse, así nos pasó a nosotras. Teníamos casi la misma edad y compartíamos ciertos problemas familiares. A raíz de ese carnaval, principiamos a frecuentarnos. Vivíamos a tres cuadras de distancia y los sábados nos visitábamos. Confieso que me gustaba a mí más ir a su casa a que ella viniera a la mía. La razón era que en la suya tenían una hermosa hamaca yucateca que era mi delicia. Por una de esas alteraciones gramaticales que suelen hacer los niños, yo la llamaba la “maca” y cada Navidad pedía una de regalo. Regalo que no llegó nunca, por lo mismo, más codiciado.

Ella tenía unos ojos grandes parecidos a los de su padre. De su madre no había sacado nada. Era casi pelirroja, carirredonda y de pantorrillas cascorvas. A fuerza de andar en bicicleta corrigió ese defecto y adquirió unas pantorrillas tan bonitas que era la envidia de toda la escuela, sobre todo la mía a quien atormentaba lo largo y delgado de mis piernas. Quise modificarla con ese ejercicio, pero lo único que saqué fue un soberano raspón en las rodillas al irme de bruces en una zanja.

Nunca hablábamos de nuestra situación personal. Su padre era ganadero, el mío, maestro. Nuestras madres coincidían en la Sociedad Protectora de la Infancia, pero nunca supimos qué asuntos trataban en las juntas. Cuando salíamos de la escuela nos íbamos al río. Nos levantábamos los vestidos y con los zapatos en una mano en alto, recorríamos abrazadas grandes trechos. Una vez nos caímos. Ya empapadas seguimos río abajo y gozamos como nunca, mientras el sol se

acostaba detrás de la sierra. Yo llegué a la casa a la carrera, me cambié de ropa y me puse a estudiar el piano. A la hora de la cena papá me preguntó:

—¿Por qué estás tan rara?

—Porque me castigaron en la escuela.

—¿Por qué?

—Porque contradije a la señorita Luz. (A papá le molestaba que contradijera a mis maestros).

—¿Y tenías razón?

—Sí, y se enojó. Pero ahora me da pena. Mañana le daré una disculpa.

Aquello disipó la tormenta.

Una vez Amalia me preguntó si yo quería a mi mamá. Me quedé pensando y le contesté:

—Yo creo que sí. No me gusta llegar a la casa y no encontrarla porque anda haciendo visitas. En cambio, cuando está, me da gusto... ¿por qué me preguntas?

—Porque yo no quiero a la mía. Le tengo mucho coraje.

—¿Por qué?

—Porque ella tampoco me quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—Por todo me regaña. Se enoja porque papá me hace cariños o me lleva al rancho y además consiente mucho a ese muchachillo recogido que tiene.

Yo me quedé mirándola y me pareció que en sus ojos amarillos brillaban lucecitas raras.

—¿No serán cosas tuyas?

—No. Es cierto. ¿Sabes? Es más. La odio. Quisiera que se muriera.

Ese día regresé muy pensativa a la casa. Mamá lo notó y me preguntó si me sentía mal porque casi ni quise cenar. Al día siguiente, Amalia no fue a la escuela. Cuando salimos fui a su casa y su mamá no me dejó entrar.

—Está castigada —me dijo— se ha portado mal y va a estar encerrada toda la semana.

Cuando la volví a ver, todavía tenía señales de unos moretones en los brazos y en la cara. Le pregunté qué le había pasado y clavando sus ojos en el infinito, dijo entre dientes:

—La odio.

Vino por esos días una hermana de la señora, la que vivía en el extranjero. Amalia estaba feliz. Todo el día nos platicaba de lo buena que era su tía. Era soltera, ya mayor, y muy rica. Un día, la niña llegó a la escuela riendo (entonces advertí que nunca la había visto reír) y nos dijo:

—Mañana me voy con mi tía a su casa. Voy a vivir con ella.

—¿De veras? ¿Por cuánto tiempo?

—No pienso volver nunca... ¡Nunca! —y su rostro volvió a endurecerse.

Efectivamente. Amalia no volvió. Pasaron los días, los meses, los años y su recuerdo se fue haciendo cada vez más desleído. Murió su padre y todos creíamos que vendría al funeral pero no fue así. Su madre llamó a vivir con ella a otra hermana que tenía y aquel muchachito que había adoptado, ya convertido en un jovenzuelo, era su compañero permanente.

Una vez encontré en la calle a la señora y le pregunté por Amalia. Ella me contestó como quien hablara de un extraño:

—Se casó con un francés. Tiene un niño —fue todo.

La vida da vueltas y más vueltas. Gira y nos hace girar. Todas mis amigas fueron perdiéndose en el horizonte. Yo misma abandoné el hogar y no volví a saber de nadie.

Un invierno, regresé a pasar la Navidad. Dos de mis amigas lo supieron y vinieron de visita. Los ¿te acuerdas?, no se nos caían de la boca. En una pausa de la conversación, Lola, una de ellas, dijo en voz baja:

—Aquí está Amalia.

—¿Y qué hace? —pregunté.

—Murió su madre. ¿No supiste?

—No. No sabía nada.

—Murió su madre y vino a tomar posesión de sus bienes. Se divorció.

—Tiene un hijo muy lindo, un joven casi, anda por los catorce. Se llama Pierre.

—Me gustaría verla.

—No, no lo hagas. Es muy rara. Tiene pleito casado con todo el barrio y no frecuenta a nadie.

—¡Qué lástima! De todos modos voy a visitarla. Total, si no me recibe, no pierdo nada.

—Allá tú.

Fui. Casi no nos reconocimos. Yo le parecí demasiado delgada y ella a mí, demasiado vieja. Sus rasgos se habían endurecido aún más. El niño no había salido de la escuela, al menos, eso creí pues era muy

temprano. Con toda intención esperé a que él llegara. A las seis entró por la puerta trasera; ella no lo llamó. Entonces, yo le pregunté:

—¿Ese es Pierre?

—Sí. No le hables. Tiene que hacer su tarea.

Yo esperaba que ella me invitara una taza de café, un refresco, algo que me hiciera sentir el calor de la vieja amistad, pero en cambio me embargaba la sensación de que mi visita molestaba; de que ella ya no era o no había sido nunca mi amiga y que ahora deseaba con toda el alma que me marchara.

—¿Por qué? —pensaba dentro de mí—. ¿Por qué le molesta mi presencia? ¿Qué es lo que tiene que hacer? — En las piezas interiores veía a una muchacha, sirvienta sin duda, yendo de un lugar a otro y ejecutando los quehaceres domésticos. La casa, descuidada, parecía una casa en donde a la gente no podía importarle vivir. Mi paciencia llegó a su límite y cansada de mi propia curiosidad ¿era curiosidad?, me levanté y me despedí con las palabras tradicionales. Sólo en ese momento, una luz interior iluminó a mi amiga y su rostro adusto esbozó una sonrisa.

—Todavía guardo la hamaca —me dijo— y la verdad, no sé porqué lo hago. ¿Te gustaría llevártela?

La pared de hielo se deshizo como si un viento huracanado y ardiente se hubiera desatado. Me volví a sentar.

—Amalia —le dije— ¿qué sucede?

Me miró con tufos ojos de fiera herida. Yo había dado en un blanco invisible.

—No comprenderías.

—Trata cuando menos de explicarlo, te hará bien.

—Han sido tantos años. Y yo creí que al morir ella todo terminaría pero creo que ha sido peor.

—¿Por qué?

—Porque ahora empieza el remordimiento.

—¿La heriste alguna vez?

—A ella, nunca.

—¿A quién entonces?

—A mi hijo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? ¿Él qué culpa tiene?

—No sé. No lo entiendo, Chela, no lo entiendo. Soy mala. Muy mala.

Entonces, una sombra se recortó en la puerta sin querer, volteé. Al mirar de nuevo a Amalia el rostro de ésta había cambiado por completo. Era otra vez la vieja y amarga mujer que me recibió al llegar.

—Chela, ¿te acuerdas de Juan?

Juan era su hermanastro y estaba convertido en un hombre impresionante: extraordinariamente bien parecido, con el cabello color miel y los ojos de tonos cambiantes. Al verme, una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

—¿Ya no se acuerdan de cuando me corrían del corredor porque no querían que oyera lo que ustedes platicaban?

Yo puse la cara más seria que pude y contesté:

—Éramos muy pequeñas, perdona. Yo no recuerdo nada.

—Y yo nada he olvidado.

Él permanecía de pie, creando una tensión semejante a la que precede a las tormentas.

Amalia habló:

—Está bien, Juan. Ya saludaste. Puedes irte.

Él no se movió.

—Te hablé —dijo Amalia.

—Te oí. Pero ya no soy el mocoso al que le dabas puntapiés. Me iré cuando quiera.

En ese momento, Pierre entró a la habitación. Era muy alto, y nos vio a cada uno con ojos temerosos.

—Ven acá Pierre —le dije— yo soy tu tía Chela. El muchacho me lanzó una mirada que no podré olvidar nunca. Muy despacio y muy quedo, replicó:

—Usted no es mi tía. Yo no tengo a nadie. Dio la media vuelta y se fue al interior de la casa.

Juan seguía sonriendo. Amalia era una estatua de piedra y yo me sentía la más infeliz del mundo.

El clima no podía ser más tenso. Amalia me dijo:

—Ya te ibas, ¿no?

Me quedé estupefacta. Me levanté de mi asiento y confirmé:

—Sí. Me voy.

—Ojalá vuelva pronto —dijo Juan, con un palillo jugando entre sus dientes blanquísimos—. Es agradable verla de cerca.

Ignoré sus palabras. Fui directamente a la puerta y abandoné la casa sin volver la cabeza.

Por la noche, pensé mucho en lo sucedido. Por supuesto, decidí no regresar a casa de mi amiga aunque una voz interior, me decía que la infeliz necesitaba ayu-

da y que tal vez yo podría prestársela, pero el recuerdo del hombre recargado en la puerta, vedaba cualquiera buena intención que yo pudiera tener.

De lo que pasó después, nadie pudo dar una versión exacta. Lo que sí es cierto es que ella conservaba como recuerdo de su padre, una pistola. Los rumores que se extendieron por todas partes eran igualmente dramáticos, pero distintos. Por fin, uno quedó fijo en la mente de las personas y al pasar el tiempo es el que prevalece: Pierre tenía pésimas calificaciones. Amalia lo sacó a colación y lo golpeó sin piedad. Juan, en defensa del niño, tomó la pistola y la obligó a ceder en el castigo. El niño no derramó una lágrima. Se encerró en su cuarto y no salió a cenar. Amalia y Juan pelearon como fieras salvajes. Llegaron a las manos, después se insultaron mutuamente. Juan la tomó por la cintura y cuando estaban cara a cara, la besó con pasión. En ese momento, salía el niño de su cuarto y presencié la escena. Corrió enseguida y tomó la pistola y con ella apuntó a los dos. El hombre quiso impedir el disparo, pero el niño, girando en sus emociones, volvió la pistola hacia sí e hizo fuego.

¿Cómo explicar al barrio y al pueblo lo sucedido? Las primeras personas que llegaron al oír la detonación, pudieron ver el pavor dibujado en el rostro de la madre, y creyéndola fuera de sí, admitieron su deseo de no dejar entrar a nadie hasta después de haber recibido el ataúd y cerrarlo, después de colocar dentro al niño, tarea en la que no permitió que nadie le ayudara. Impávida recibió condolencias, sin pronunciar palabra.

Alguien, hurgando en donde no debía se encontró el diario de Pierre y se lo llevó. Lo que allí estaba escrito, era la historia de un niño atormentado, castigado, rechazado e infeliz. Y el pueblo entero odió a la madre. La condenó. Nadie recordó la desgraciada infancia de la mujer. Nadie dio importancia del odio que sentía hacia aquel extraño al que obligaban a llamar hermano, ni hizo memoria de cómo había huido del hogar para casarse y engendrar un hijo que en todo momento, inconscientemente, le recordaba al odiado intruso acaparador del afecto materno que legítimamente le correspondía a ella.

Yo hablé con varias gentes. Estás tan loca como ella —me dijeron— lo que pasa es que es mala. Siempre ha sido mala.

Mi estancia en el pueblo se prolongó unas semanas y desafiando opiniones, la fui a ver llevándole una canasta con ciruelas y guayabas. Abrió el postigo, cuando llamé a la puerta y lo volvió a cerrar. Entonces pronuncié dos palabras casi olvidadas que eran nuestra clave en los días de infancia: Tirulí Tirulá... Ella volvió a abrir el postigo. Yo sonreía de oreja a oreja, y ella, poco a poco fue cambiando su expresión. Abrió la puerta y me dejó entrar pero cerró enseguida.

Es que me quieren matar. Están enojados conmigo porque mandé a Pierre con su papá. Su confusión mental me consoló.

—Hiciste bien —le dije, y luego, adentrándome en el peligro pregunté— ¿Y Juan?

—¿Qué Juan?

—No... nadie. Me equivoqué —no había querido insistir, al ver que instantáneamente desaparecía su confianza.

—Sí, te equivocaste. Yo también me equivoco a veces. De repente sueño que tenía un hermano que así se llamaba, pero ahora me doy cuenta de que no es verdad.

—¿Me crees?

—Claro... ¿por qué no?

—Sabes... —me dijo— ahora que estoy sola he pensado dedicarme a hacer obras de caridad. ¿Cómo ves?

—Nada más bueno. El día que quieras te acompaño a la cofradía de San Vicente. Allí necesitan mucha ayuda.

—Ven por mí mañana.

Fui al día siguiente y ella sacó dos o tres bultos de ropa. Al desenvolverlos en la cofradía, me aterroricé al ver toda la ropa de Pierre y... de Juan. Ella no se inmutó ante las miradas que le dirigían. Entregó las cosas entre el azoro de los presentes y prometió asistir a las juntas.

De regreso, la invité a tomar una nieve y no aceptó argumentando que las cosas de la calle estaban envenenadas. Su conversación era clara y precisa. Me contó las mejoras que pensaba hacerle a la casa. La acompañé hasta ésta y me enseñó el jardín y el patio, cosa que no había hecho en mi visita anterior. Cuando me despedí, fue hasta un cajón y sacó la pistola. Yo me atemoriqué, pero ella dócilmente la tendió hacia mí y me dijo:

—Dicen que necesito tener licencia para guardarla y yo no la tengo. Me da miedo pensar que me vayan a meter en la cárcel. ¿Me la quieres guardar?

No me atreví a decirle que yo tampoco tenía licencia para tener armas, pero no sé qué inconsciente temor me impidió hacerlo. Tomé el arma y me fui a mi casa, prometiéndole volver lo más pronto posible antes de mi partida definitiva.

Una vez en mi habitación, me quedé pensando en todo lo sucedido. Un impulso extraño me hizo tomar la pistola y descargarla. Había dos cartuchos quemados.

Norberto Treviño (1937)

México, D.F.

Mi urgencia es de vida o muerte

Mi mercenario arrepentido resultó ser un humano más bien bajito, de piel morena y nariz chata arremangada sobre dos grandes bolsas que habían sustituido sus párpados inferiores. Labios gruesos y desiguales completaban un conjunto facial bastante desagradable. A pesar de que únicamente lo vi una vez en mi vida, jamás olvidaré que las líneas de su cuerpo eran sinuosas, y quizá por su juventud dañada, ni un músculo se percibía a través de su pobre vestimenta. Seguramente por eso su perfil general era completamente heterodoxo y no carente de sorpresas.

Antes de continuar, insistiré que hasta que ocurrió lo que a continuación narraré, nunca le había visto... lo desconocía por completo, ya que durante el proceso de nuestro arreglo no me permitieron tener contacto con él. En todo momento fuimos dos desconocidos... él con su interés y yo con el mío.

—No, de ninguna manera, eso no es conveniente, respondieron a mi pregunta. Al principio sí lo permitimos, pero después nunca más —continuaron—. El no prever las probables consecuencias nos acarreó graves dificultades en los dos primeros casos, que después de sortearlas decidimos terminar con ello... la experiencia fue desagradable y muy desgastante. Tuvimos serios problemas legales, económicos y de parte de los participantes hasta de conciencia. Fue muy doloroso —continuaron— y en consecuencia decidimos agregar esta regla que por ser absoluta e inquebrantable, tiene el firme propósito de protegernos a todos, en especial a usted... concluyeron.

—Perdón señores, entiendo sus razones, pero no son suficientemente válidas —insistí— al fin y al cabo, la acción de mi benefactor fue valiente y humanitaria.

Ya no me contestaron, para ellos el asunto había concluido y ante mi último cuestionamiento sólo agregaron una vez más:

—No, no es conveniente... y ¡qué razón tenían!

Cuando oriné 1,500 ml al día me dieron de alta del hospital. Poco a poco desapareció el edema de mis piernas y el color de mi piel se normalizó. Lo mismo pasó con mi vista y aquella cara de luna llena, en tres a cuatro semanas pasó a cuarto menguante. En dos y medio meses regresé a la empresa familiar y algunas semanas después ya peinaba mi antigua cabellera. Mi satisfacción era enorme, regresé a vivir, lo que se llama vivir, no como antes: dietas de muerte, cortisona, diálisis de todo tipo y no sé qué tanta porquería. De la

operación para acá, poco más de un lustro, fueron años excelentes, logros profesionales, dinero, amor y distracciones. Volví a nacer, en opinión de otro, pero para mí fue más que eso. Al apreciar lo que valía mi salud fui más feliz que nunca... lo fui hasta que ocurrió lo que jamás, ni ellos ni yo hubiéramos imaginado, mucho menos cuando fui testigo de que todas las precauciones tomadas no fueron suficientes a pesar de que, repito, siempre me parecieron exageradas.

El cambio se inició al terminar de ver una interesante película sobre hechos extraordinarios e inexplicables que según dicen, les ocurren a algunas personas. Fue una buena historia que tenía el título de “El Protegido”.

Iba solo, lo cual no es raro ya que soy cinéfilo de corazón. Antes de abandonar la sala para dirigirme a casa, pasé por los sanitarios para varones. Y aquí empieza mi nueva pesadilla.

Poco antes de entrar a los servicios, que estaban bastante de las salas de proyección, al dirigirme a mi objetivo noté que un hombre me miraba con fuerza e insistencia. De primero pensé que sólo era una coincidencia, tal vez me confundía con alguien, porque noté que al verme, apretaba los párpados, tal como hacen los miopes para ver bien. Seguí mi camino, pero aquel individuo continuó fijando su vista en mí. Yo la bajé, con la esperanza de que todo fuera una equivocación, pero francamente ya no pude librarme de la sospecha.

Primero entré yo y casi atrás de mí, pasó él. Hasta aquí, todavía todo era normal o casi, pero al cruzar el

umbral de la puerta sentí una sensación nunca experimentada, como si algo me tocara levemente; miré a derecha e izquierda... nadie cerca de mí. Y eso no fue todo, además percibí un ligero movimiento que emergía exactamente debajo de la única herida que tengo en el cuerpo. No había duda, ese como latido venía desde el fondo de ella.

—Es un calambre pensé, y con la mano derecha me di un ligero masaje sobre la zona de donde provenía la incómoda sensación. Creí que con eso no repetiría el extraño fenómeno, pero en vano, la sensación no desapareció. Por el contrario, aumentó cuando aquel hombre, ya decidido, se me acercó. No pude evitarlo más... volteé a verlo. Tenía ojos negros, pero sin brillo, más bien opacos, como recién embadurnados por alguna pequeña tela mojada. Me impresionó su mirada llena de tristeza. Como terminó antes que yo y no se retiró, tuvo tiempo de mirarme a placer. Primero de espaldas, a través del espejo, y después, al pasar a lavarme las manos, cara a cara. Le aguanté la mirada y con paciencia y mucho detalle, lo recorrí de norte a sur y de oriente a poniente.

Era un hombre bajito de estatura, de piel color moreno cenizo y una nariz chata arremangada sobre las bolsas de sus párpados inferiores. Sus labios eran gruesos y desiguales pero ahora castigados con la misma expresión que yo había tenido la fortuna de enterrar hacía bastante tiempo. Aquel pelucho delgado y quebradizo. Los ojos entre pálidos y amarillos, la cara redonda cubierta de una pelusa de púber desnutrido

que ocupaba su frente y parte de sus pómulos, dándole al rostro la ridícula apariencia de aquellos a quienes no les funcionan los riñones. Desde luego también tenía ese diminuto acné que yo había sufrido —es la cortisona, me dijeron los médicos—. Sus manos estaban hinchadas y su vientre era tan voluminoso que no podía disimularlo la amplia camisa que le flotaba fuera del alcance de su enorme pantalón. Recordé ese semblante, era igual al que tuve cuando estuve enfermo... horrible, absurdo. ¡Pareces sapo!... un pendejo me soltó un día, así nomás, gratuitamente.

Por segundos nos escudriñamos uno al otro, y montado en ellos me llegaron recuerdos dolorosos de mi padecimiento ya superado. Además, con esa infinita velocidad que tiene el pensamiento, tomé nota de algo sobre lo cual nunca había reflexionado: la enfermedad nos iguala a todos. Es una desgracia que hasta llegar a ella caigamos en cuenta que en esencia somos lo mismo. No importa la posición social, la riqueza, la pobreza o el color de la piel... Supongo que el individuo captó mi estúpido ensimismamiento de filosofía barata, pero él no me dijo nada, únicamente me miraba y me miraba.

La situación no podía seguir así; me di valor e inicié un diálogo que sabía no podía acabar bien:

Buenas noches, le dije. No me respondió, pero vi cómo sus párpados abotagados, como los tuve yo, se humedecieron con dos o tres remedos de lágrimas. Se las enjugó con las yemas de dos de sus regordetes dedos izquierdos, el índice y el medio, para enseguida agregar:

Disculpe señor, pero cuando le vi tuve una sensación muy extraña... me estremecí a tal grado que poco faltó para perder el equilibrio. Fue algo alucinante... rápido, entendí hacia dónde se dirigía y le juro que de inmediato a mí también me dieron las mismas ganas que a usted. ¡Demonios!, fue algo extraordinario. ¿Se da cuenta? ¡Claro que sí!, usted sabe mucho de este castigo de dios. Por eso ya no lo perdí de vista y le seguí, y ahora estoy completamente seguro; es usted, no podría ser otro. Que grande es el Señor... entre diez millones de cristianos Él lo puso en mi camino, y me dijo: ¡Ése, ése es, ése es, no lo dejes escapar!

—Y sin más, el ingrato me lanzó la frase que tanto temía.

—Por lo que más quiera, por su santa madre, regrésemme mi riñón, lo necesito... usted sabe, mi urgencia es de vida o muerte. Por favor, devuélvame, lo necesito —volvió a decir— al fin que usted en cualquier momento podrá comprar otro.

Al oírlo, mi mente dejó de funcionar, no le contesté, sólo huí de ahí, corrí hasta mi automóvil y de allí a mi recámara, sin pasar ni siquiera por la cocina para saciar la terrible hambre que tenía antes de todo esto. Nunca lo pude olvidar y cuando por temporadas lo lograba, ese como latido que me nacía de la parte más profunda de la única cicatriz que tengo en el cuerpo, me lo volvía a recordar. Ya nunca fui completamente feliz gracias a mi mercenario arrepentido.

Norberto Treviño (1937)

México, D.F.

De regreso a casa

—**C**uando se deja de vivir, se deja y ¡ya!

Eso fue todo lo que aquel médico me dijo cuando terminó de examinar a la desdichada mujer que recogí en la calle.

Yo venía de disfrutar una cena con mis amigos y estaba por llegar a casa... cosa de 10 a 15 minutos.

Las once con cincuenta y dos minutos marcaba el reloj digital de mi automóvil cuando, al dar vuelta en una esquina, me topé con ella... estaba tirada, inmóvil. Instintivamente puse mi pie en el pedal del freno... lo presioné tan fuerte que por el enfrenón me golpeé ligeramente el pecho con el volante. La desconocida tenía la parte inferior del cuerpo por debajo de la acera, en pleno asfalto. Confieso que verla así me impresionó... sí, me asusté y sin más, apreté el acelerador para alejarme de allí. Decidido avancé algunos metros, pero no pude evitar buscarla con el espejo retrovisor. Lo que vi, volvió

a estremecerme... estaba ligeramente incorporada y con uno de sus brazos me llamaba. Por segundos no supe qué hacer... continuar mi huida o regresar. Detuve la marcha, retrocedí, apagué el motor y bajé del vehículo. Reconocí que lo que hacía era peligroso, pero me pareció inhumano no averiguar que pasaba. Me acerqué, pero antes, instintivamente miré hacia todos lados... nadie... bajé mi vista, avancé, y como a metro y medio de ella me detuve y le pregunté:

—Señora ¿qué le pasa? ¿Le puedo ayudar?

No me contestó, ni siquiera se movió. Permanecí de pie, alerta y en espera de alguna respuesta... inmóvil y a la caza de algún indicio que nunca encontré... ni un cristiano a la redonda; raro, pensé, pero nadie. Me agaché hacia ella justo en el momento en que de nuevo levantaba ligeramente la cabeza. Le vi el rostro y me pareció que no fingía. Verla en esas condiciones, con cara de enferma, me tranquilizó (recuerdo y me da pena) pues descarté que fuera una treta. Era morena, rostro común, pero de facciones muy afiladas. De tan negro, su cabello brillaba... tendría de 40 a 45 años. Sus ojos, apenas abiertos reflejaban angustia, pero nada más; estaba limpia, sin ninguna herida, busqué algún golpe en su cuerpo y no lo encontré. No había sangre.

—¿Señora, qué le pasa?, ¿cómo se llama? —insistí.

Como respuesta, únicamente la imagen de su cara de un talante que yo no conocía... con sus ojos parecía implorar, ¡ése!, su mirada era implorante y comprendí que quería que me acercara.... sudaba. Su frente y su

cabello estaban empapados. Con cierto asco la tomé de la nuca para acercar su oído a mis labios y le pregunté.

—Dígame mujercita. ¿Qué le sucede?, ¿qué tiene?

Nuevamente abrió sus ojos y percibí que su mirada era como; no, no supe como qué, pero rara, muy rara. Después, casi sin mover sus labios me dijo:

—Ssoooy diiaabb... diaabbétt...

No pudo terminar, pero fue suficiente. Sus párpados ya vencidos no volvieron a abrirse, pero su respiración, fuerte, profunda y muy frecuente, continuó pidiendo ayuda. La acomodé en la acera, me puse de pie y busqué ayuda.

Algunas de las ventanas de los edificios vecinos, al ver que me erguía, apagaron su luz. Nadie para auxiliarnos, sólo esa pobre mujer y yo.

—¡Carajo, se me va a morir y eso no puede ser... no puede ser! La llevaré a donde la atiendan... ¡A mí no se me muere, no señor!

La tomé entre mis brazos, pesaba poco y sin esfuerzo la llevé a mi automóvil, la coloqué en el asiento de atrás, tomé el volante y con gran cuidado pero con rapidez me dirigí a la clínica más cercana. Pronto me encontré frente al pequeño edificio. Bajé, otra vez tomé a la moribunda entre mis brazos y casi al correr llegué a una puerta de cristal. Quise abrirla, no pude, intenté dos o tres veces mas con el mismo resultado Adentro, como a dos metros, dormitando sobre una silla, se encontraba un hombre muy desaliñado.

—Oiga señor... señor. ¡Ábrame por favor!

No se movió, alcé la voz y le repetí la petición al tiempo que cambiaba mi mirada hacia la mujer que traía en brazos. Entendió, y sin moverse agregó:

—¡Por urgencias!, por aquí no podemos recibirlo.

Simultáneamente me mostró un letrero que decía:

“Después de las 22 horas sólo se atenderá a los pacientes en el servicio de urgencias”.

Las reglas son las reglas, y las obedeces o te jodes. Con la mujer en alzas caminé por aquí y por allá, me cansé, se me durmió el brazo y el lado izquierdo del tórax, pero por fin llegué al servicio de urgencias, entré y no había nadie. Por fortuna, a unos metros vi una camilla que casi había dejado de serlo y sobre ella deposité mi carga. Ya ligero me dirigí a la recepción. Nadie, pero sí un timbre con un letrero arriba de él que decía: “Toque usted”.

Lo hice varias veces y nadie respondió. Regresé con mi desconocida. Respiraba igual que cuando la recogí y como había más luz la pude observar mejor. El sudor había disminuido; sin embargo, yo tenía mi camisa y mi corbata ligeramente húmedas y despidiendo un olor diferente al mío. Sus párpados los percibí raros, sumidos y sus labios muy secos. Retomé el timbre, lo volví a tocar, pero ahora dejé mi dedo pegado muchos segundos.

—¡Ya, ya voy! —dijo una mujer vestida de blanco, casi vieja y con aspecto de poco fiar, que despacio se desplazaba hacia mí.

—Caray que impaciente es usted. ¿Qué demonios quiere? —Me preguntó...— ¡Huy mi señor, lo que usted

desea aquí no se va a poder, el médico de guardia no vino, se reportó enfermo!

—Bueno, pero debe haber alguien en su lugar, le dije. Aquí traigo a una señora que necesita atención urgente. Yo la veo muy mal.

—No, mi vida, en esta clínica hoy no se va a poder, no tenemos médico. El otro está de permiso.

—Pero ¡por dios, enfermera, entonces qué hago! Lo que usted me dice no puede ser, es absurdo. ¡Carajo, no se vale, no se vale!

—No te preocupes mi amor y cálmate, no te sulfures. Estos casos los enviamos al hospital de zona.

—No, no puede ser, ¡haga usted algo, la señora está muy mal!, a mí me parece que está grave. Usted es enfermera ¿no?, por favor atiéndala. Traiga sus instrumentos, quiero que la examine...

—Calma mi rey, calma... se te va subir la presión. Vamos a ver, vamos a ver...

La enfermera fue hacia la mujer, le tomó el pulso, le escuchó su corazón, después le abrió la boca, la vio por dentro, sobre todo la lengua, le tocó ambas canicas de los ojos; finalmente le levantó un párpado y con una pequeña lámpara alumbró uno de sus ojos, hizo lo mismo con el otro y luego exclamó:

—¡Qué bárbaro, esta mujercita está bien grave... ¿es diabética?

—Sí, sí, eso me dijo cuando me la encontré casi inconsciente hace algunos minutos, pero no pudo agregar más.

—Creo que la señora está en coma, agregó la vieja dama vestida de un blanco desteñido.

—Pues haga algo mujer de Dios, acaso no es usted enfermera.

—Sí, claro que sí, pero no taruga. Entiende mi niño, sin médico yo no puedo hacer nada, no estoy autorizada. Nosotras las enfermeras únicamente ejecutamos las indicaciones de los médicos, que además deben estar por escrito. De veras mi vida, no puedo ayudarte, así que mejor llévatela a otro hospital, y pronto, que está muy grave.

—Pero ¿adónde?, ustedes deberían hacerlo... es su obligación, no la mía.

Un quejido de aquella desgraciada terminó mi letería... fue un soplido aprisionado, pero no cualquiera porque intuí que con él algo me indicaba.

—Bueno mire, présteme su ambulancia —agregué— llame a un camillero para que me ayude y me acompañe al hospital, ése a donde ustedes envían a sus pacientes. Pero apresúrese, no se quede ahí parada como idiota, le ordené.

—Oiga, no me grite, usted no es nadie para darme órdenes ni menos para insultarme. Vámonos respetando. Eso tampoco puedo hacerlo. No tenemos chofer, creo que también está de incapacidad. No, ya recordé, está disfrutando uno de sus días económicos. Mira mi rey, no seas tontito, aquí estás perdiendo minutos preciosos. Te aconsejo que tú mismo la llesves al hospital de zona. Está allá por la avenida División del Norte,

justo a lado del Parque de los Venados. ¡Ándale, no pierdas tiempo!

Ante tal actitud, confieso que pensé dejarle allí a la enferma. Yo ya había cumplido con creces y en ese momento pensé que hasta en demasía. Volví a ella, respiraba con gran dificultad y ese ligero olor que me dejó en la ropa, ahora era más penetrante. Dios es testigo que mi intención era dejarla en esa clínica, pero no pude, era condenarla a muerte sin ofrecerle alguna opción. Volví a tomarla en brazos, la sentí más pesada, qué curioso, bastante más, y nuevamente la llevé a mi coche, en donde con dificultad, otra vez la deposité en el asiento posterior. Está más pesada, me repetí, y en ese trance recordé que de niño un día mi padre, al regresar de un sepelio, me dijo: “El alma da ligereza a las personas; cuando les abandona, sus cuerpos se tornan más pesados”.

Después me pregunté ¿estará muerta?, y sino está, para allá va, me contesté muy asustado.

En camino al hospital de zona, recordé que tenía que avisar a casa que llegaría más tarde, que todo estaba bien conmigo pero que había surgido un imprevisto. Ya después le explicaría con detalle. Lo hice con mi celular (qué maravillosos son estos aparatos).

—Sí mi vida, no te preocupes, todo está bien. Ya te contaré. Sí, yo también te quiero mucho...

Llegué al hospital y me fui directamente a Urgencias. Bajé del vehículo, lo cerré así nomás, sin llave, sin preocuparme que pudieran robármelo y me dirigí a la recepción. Tuve que hacer fila, en ella escuché muchos

lamentos y reclamos. Finalmente llegué y le dije a la persona que me atendía:

—Señorita, en mi coche traigo a una señora que es diabética y creo que está muy grave. ¿Podrían ayudarme a traerla? Debe ser atendida de inmediato... eso me parece.

—¿Cuál es su nombre? —me contestó.

—¿El mío o el de ella? —respondí.

—El suyo señor...

—Guillermo Ramírez Méndez.

—Y la enferma, señor Ramírez ¿qué es de usted?

—Nada —y para que entendiera mi respuesta, empecé a contarle la historia, pero ella me detuvo.

—No, no le siga, no tengo tiempo, ya después veremos ese asunto. ¿Usted se hace responsable?

—¿De qué? —le contesté sorprendido.

—De ella, de los gastos de recuperación, de su ropa, de esas cosas.

—No, no puedo —antes le comenté que la señora no es nada mío— literalmente me tropecé con ella, estaba semi-inconsciente casi a mitad de la calle; sin embargo pudo avisarme que es diabética... verá usted...

—Ya le dije que no tengo tiempo para sus historias. Si quiere que la atendamos ponga aquí su nombre, su dirección y firme. ¿Cuál es su nombre?

—Ya se lo di... Guillermo...

—No señor, el nombre de la enferma.

—No sé nada de ella. La recogí en la calle desmayada...sólo alcanzó a decirme...

—Está bien, señor Ramírez, está bien, entonces nada más termine de anotar sus datos personales y después que firme todos estos documentos espere por ahí, yo le diré cuando podamos ir por ella. No se retire mucho.

—Señorita, por favor apresúrese, le repito, para mí que la señora está muy mala, muy grave. Terminé de anotar mis generales y un pequeño relato de lo que yo sabía de la señora y firmé. Fueron cinco firmas en documentos diferentes...

—No se preocupe, yo le llamo. Todo se va a arreglar —dijo para terminar conmigo y seguir con la jovencita que estaba detrás de mí. Venía llorando.

Esperé... fue un lapso que me pareció una eternidad. Yo entiendo (me dije) que hay muchos enfermos, demasiados, pero todo tiene un límite y no pude esperar más. Observé que la que en la cola venía atrás de mí, sollozando, cambió el llanto por muchos gritos y reclamos, pero al final se retiró, iba desesperada. Regresé al coche, como pude la saqué y otra vez entre mis brazos la llevé a urgencias. Ahora fue necesario descansar en dos ocasiones, pesaba una enormidad y no sudaba, sus labios estaban muy secos y tenía otro color... su olor, ese olor tan peculiar, ahora era más intenso. Formamos una pareja muy pesada, pensé, y decidí aprovechar la ventaja. No sin protestas, pero pronto nos hicimos espacio entre tanta gente y rápido llegamos al frente.

—Señorita, aquí tiene a mi enferma ¡dígame en dónde la acuesto!

—Pero señor mío, quién le dijo que la trajera... ¡no ve usted, hay exceso de pacientes! No tenemos dónde ponerlos... por favor ¡retírese!, ya le llamaremos.

—Yo de aquí no me muevo, hágale como quiera —casi le grité— y como ya no puedo con ella —le amenacé— la pondré aquí mismo, sobre su mostrador.

—¡Carajo! —dijo entre dientes...— está bien, tráigala usted para acá atrás, por algún lado tenemos una camilla... y me ayudó a cargarla tomándola por los pies.

—Aquí... —dijo señalando algo parecido a una colchoneta que descansaba sobre el piso...— acostémosla... caray, de veras que está pesada y no parece, es tan pequeñita.

—¿Y ahora qué? —le pregunté con brusquedad.

—Voy a avisar al jefe de guardia, él dispondrá que algunos de los médicos venga a examinar a su paciente. Me dijo que no era nada suyo, ¿verdad?

Cuando empezó todo eran las 11:52 horas. Ahora, reconocí, son las 2:05 de la madrugada. Miserablemente hemos perdido dos horas muy valiosas. ¡Cuándo acabarán de estudiarla para que me retire a casa!, y ¿si me voy?, pensé... la recepcionista está enterada del asunto y en todo caso ella se ocuparía de la enferma. Pero ¿y mis firmas? No puedo dejar mis firmas así como así, es peligroso, además son muchas, tienen mis datos y con alguna de ellas tendré problemas. Si algo malo pasa, me buscarán y en tanto se aclaran las cosas, pasaré muy malos ratos. En fin, me esperaré para ver cómo termina todo esto. No lo hubiera dicho, porque en esa actitud me dieron las 3:00 de la mañana. A esas horas

mi paciencia estaba agotada... grité, lo hice como loco y no me importó hacerlo.

—Me lleva la chingada, ¡necesito un médico!, tengo aquí más de una hora y nadie ha venido a revisar a mi paciente —grité— ¡un médico, no es posible que no haya aquí un pinche médico!

Maravillosa estrategia, casi de inmediato llegó uno, muy joven, y empezó a examinar a mi desconocida. Eran las 3:10 de la mañana. Sentí miedo por su vida, habían pasado varias horas desde que casi la atropello, y le pedí a dios que la salvara.

A pesar de la distancia que me separaba del médico, pude percibir sus gestos y los movimientos que, creo, son los naturales de un galeno al examinar a sus enfermos. Fue breve y pensé que había terminado porque algo le dijo a la enfermera que lo auxiliaba, a la cual ella se acercó a mí y me dijo que el doctor quería hablar conmigo.

—Mire señor, su pariente murió hace una a dos horas —me escupió sin ningún trámite—. Tuvo un coma diabético. Si usted la hubiera traído antes, quizá la hubiéramos salvado. Lo siento —agregó, al tiempo que dejaba escapar un largo bostezo aprisionado.

De verdad que tuve deseos de pegarle... me con-tuve, primero porque me sentí culpable, y segundo, al pensar que después de todo, ese médico sólo era el último eslabón de tan horrible cadena.

—Doctor, ¿y por qué murió? —le pregunté sin pensar, sólo por decir algo. No se me ocurrió nada más,

quizá por mi sensación de culpa y mi desesperación no pensé en algo más inteligente.

—Ya le dije señor, de un coma diabético, pero ¿sabe?, sobre todo porque cuando se deja de vivir, se deja y ya. Con su permiso y me dio la espalda.

Yo siempre supe porqué murió esa desgraciada, pero el último comentario de ese médico nunca se me olvidará. Fue de una certeza estúpidamente apabullante.

—Señora mía —le digo con frecuencia— usted murió porque dejó de vivir y ya.

José Luis Velarde (1956)
Ciudad Victoria, Tamaulipas

Más allá del Río Bravo

El suelo es una caricia antes de volverse quemadura.
El Libro de las Desapariciones

El hombre entrelaza las manos sobre la boca y tiembla sobre la tierra caldeada. Sus atacantes le supusieron muerto y le abandonaron entre las sombras con un balazo en el pecho. El moribundo mira el espejeo de la luna en las aguas del Río Bravo y piensa en la cantidad miserable que le robaron. Quizá los asaltantes dispararon disgustados por tanta pobreza y no lo comprende, si esta es la ruta de los que no pueden pasar la frontera con los papeles en regla.

Los recuerdos deambulan por los alrededores como espectros y se multiplican entre las ramas de los árboles y la hierba como si no quisieran desvanecerse ante la muerte. La sangre desciende por el pecho, humedece la ropa y forma otro río sobre la tierra resquebrajada. Las cigarras y los grillos zumban arrullos para adormecer al

hombre que no quiere soñar, aunque los sueños sean inevitables. El dolor no existe. Se manifiesta en otro, en alguien que se encuentra tendido muy lejos de la frontera. Las manos ascienden y cubren el rostro. Los ojos permanecen descubiertos a salvo. La máscara otorga alivio y se mantiene serena cuando los peces agitan el agua y las aves nocturnas producen ruidos extraños. La mirada se deslumbra con la luz que procede del otro lado del río. Una familia de mapaches que camina con nerviosismo detiene la marcha y aguarda en las tinieblas. Se escucha una voz dulce que apresura a un niño.

El pequeño se encucilla junto a la madre absorta que mira los círculos amarillos que el agua distorsiona. La oscuridad se aparta despacio. Las crías de mapache se agitan y penetran en la madriguera cálida. Los padres permanecen afuera. El niño los ha visto en los atardeceres; en la hora en que asoman despacio, en fila india y con las colas enroscadas. Siempre parecen tener sed y no se alejan demasiado del agua, pero nunca los había visto de noche. Los ojos de los animalitos son rojos ante la luz y resplandecen.

La mujer se incorpora. La camioneta de la patrulla fronteriza se conformó con ostentar su presencia y se fue de prisa para buscar a los que cruzaron el río. Los guardias piensan que la mujer y el niño no van a intentarlo. Perciben que la advertencia prolongó el miedo más allá del cauce estrecho en el verano sin lluvias y aumentan el volumen de la estación de radio que presenta un especial de música country desde Edinburg.

Los perros ladran en un lugar impreciso y los vaqueros de la melodía beben cerveza y buscan regresar al terruño abandonado. Hay olores de humedad y de miedo esparcidos en la noche. La madre tranquiliza a su hijo y le habla de la suerte que no permitió que los descubrieran. La voz es cálida y luego, sin saber por qué, entona una canción de cuna para el niño que a los siete años comienza a detestar las piezas infantiles.

El niño aguarda otra visión de los mapaches. Desea mirarlos correr y llegar al agua. Admira las manos pequeñas y ágiles que desmenuzan los alimentos humedecidos, antes de llevarlos a los hocicos que parecen sonreír desde siempre. Observa la luz amarilla que persevera en la memoria del hombre silencioso. Él, que no puede incorporarse y es incapaz de olvidar mientras permanece inadvertido en la orilla del río interminable.

La melodía es muy dulce, ahuyenta el calor y la angustia. Reconforta y ofrece descanso. La noche no durará demasiado si las manos de mamá acarician las sienes del niño que entrecierra los ojos y se refugia en el abrazo que le protege de los ruidos que no cesan. Hace mucho tiempo que mamá no le cantaba una canción.

El hombre yerto desea pasar inadvertido. Se contenta con saber que aquellos seres aterrados le acompañarán un rato, quizá hasta la llegada de la muerte. Sigue oculto detrás de las manos. Su mirada escapa entre los resquicios que dejan los dedos. Busca ir más allá de la penumbra y el ulular de un búho recién advertido. Desea encontrar los mapaches que contemplaba con mamá en la orilla de otro río. Un río caudaloso donde

las tortugas se adentraban en las pozas que escondían peces y acamayas frente al Bernal de la Clementina. El río era tan ancho que pocos se atrevían a traspasar las aguas que destellaban con las tonalidades del verde y escondían serpientes de agua dulce que asustaban a los niños.

A veces prefería permanecer en las orillas delineadas por jarales y árboles frondosos que nunca supo distinguir. Sólo se alejaba al atardecer, antes de escuchar el croar de los sapos que semejabán almohadas y escupían el rostro de quien se atrevía a agredirlos. No se atrevía a probar con ellos el arco y las flechas que había fabricado en otro verano. Pensaba que la piel de los sapos iba a rechazar el clavo que remataba cada vara de bambú transformada en saeta y que la resorte-
ra no ofrecía la posibilidad del golpe contundente que necesita un sapo para morir.

La mujer apresura al niño. Le toma en brazos y camina con dificultad entre los matorrales bajos y la oscuridad que le impide distinguir al hombre que se desangra sobre la tierra hendida por la sequía interminable. Son acompañados por la mirada que surge del piso y por la canción infantil que el hombre entona en la memoria. Prefiere pasar inadvertido.

El niño atisba la penumbra. Busca los mapaches y no quiere descubrirse rodeado de sapos. Les teme desde la vez que el tío León le mandó a buscar leña por la noche. El sapo era invisible sobre la tierra amarilla del barranco donde iniciaba el río. Por eso no pudo impedir que el pie derecho se hundiera en la suavidad

imprecisa. La caída le condujo a la orilla del río donde se quedó paralizado. No se atrevió a pronunciar una sola palabra cuando la luz amarilla de una lámpara se reflejó sobre las aguas del estero, pero no se movió hasta que mamá y el tío León le ayudaron a incorporarse.

El viento que había permanecido quieto se intensifica para llevarse cualquier indicio de nubes.

La canícula se reafirma en el noreste de México. Los matojos secos de la ribera son arrastrados para formar esferas reseca que giran entre los aullidos que el aire arranca de las ramas de los árboles. La madre y el hijo caminan a tropezones. El hombre que se muere sabe que se alejan, aún siente la mirada del niño recorriéndolo y agradece no haber sido denunciado. El pequeño es conducido por la madre rumbo al resguardo de una vieja construcción abandonada, ahí permanece en silencio como si hubiera rodado al fondo de un barranco.

El polvo se estrella con fuerza en el hombre muerto y comienza a desfigurarlo.

Bernardina Villanueva B. (1926)

Palmillas, Tamaulipas

El cuento de la suerte

Había dos compadres que sembraban en el mismo lugar, pero uno de ellos levantaba muy buena cosecha, mientras que el otro todo el tiempo perdía su labor, no levantaba buena cosecha. Un día dijo:

—Voy a levantarme temprano, yo creo que por eso mi compadre levanta muy buena cosecha, porque madruga.

Al día siguiente así lo hizo y cuando llegó a la milpa, ya se oía que alguien andaba en la labor.

—¡Buenos días, compadre!

—¡Buenos días!

—Ya me ganó compadre, se levantó muy temprano —dijo.

—No, yo no soy tu compadre, soy la suerte de tu compadre, por eso levanté muy buena cosecha porque yo le ayudo.

—Bueno ¿por qué no me ayuda a mí? Ayúdeme para levantar buena cosecha.

—No, es que la suerte tuya es de robar, tú vas a robar las veces que quieras, y no te hallan y no te agarran porque tu suerte te ayuda.

Al día siguiente se fue a un Banco y robó, y así varias veces robó y no lo hallaron, hasta que dijo: No, con este dinero tengo, ¿para qué quiero tanto? Luego que ya tenía todo aquel dinero reunido, comenzó a amueblar su casa y a comprarle ropa a su familia, a comprarles alimento y todo. Ya bien arreglada su casa, dijo:

—Voy a invitar a mi compadre a que venga a comer al mediodía —le dijo a la señora que hiciera la comida porque iba a invitar a su compadre.

Cuando vino el compadre, dijo:

—¡Ay!, compadre, ¿cómo le hizo? Mire nomás como tiene su casa bien amueblada, yo que levanto muy buena cosecha, nunca he podido amueblar mi casa, ¿cómo le hizo?

—Vamos comiendo, luego platicamos compadre.

—¿De veras compadre?

—De veras, sí le digo.

Comieron y luego dijo:

—Ora sí compadre, dígame. Él estaba inquieto por saber cómo le había hecho; estaba admirado que su compadre era muy pobre y esa familia no andaba vestida antes como ese día. ¡Válgame!, si hasta ni quería comer.

Al fin le dijo:

—Mire compadre, pues yo fui a robar.

—¡Invítame, compadre!

—Pero no vaya a decir.

—No, no digo, invíteme a robar, yo también voy con usted.

—Bueno a la noche, pero, se trae a mi comadre.

Empezó a oscurecer, llegó con la comadre y dijo:

—Mire comadre vamos a hacer un trato yo y mi compadre, porque vamos a ir a robar, usted no vaya a decir, y si me toca la de perder a mí, mi compadre se va a encargar de la obligación de toda la familia y si le toca a él perder su vida, entonces me toca a mí, ése es el trato que vamos a hacer.

—Bueno, está bien.

Se fue la señora a dormir y a ver a su familia; ellos se fueron a robar. Tan luego que se llegó la hora, dijo el compadre:

—Mire compadre vaya usted, yo para qué robo, ya tengo, vaya usted a robar yo aquí lo espero.

Se fue y agarró todo el dinerito que pudo, pero como los guardianes ya habían echado de ver que les faltaba dinero, hicieron un pozo en la puerta. Él cuando pasó, no se hizo nada pero ya cuando iba a salir, que se cae en el pozo, entonces, recordaron los que estaban cuidando, dijeron:

—¡Oy!, el que nos robó el dinero ya se cayó.

Se fueron y se asomaron y como estaba profundo el pozo no les hizo fuerza de sacarlo:

—¡Déjenlo!, vamos a dormir, ahí está seguro para en la mañana que lo vamos a declarar.

Entonces como se dilató el compadre y no venía, el otro que lo estaba esperando, dijo:

—Voy a ver a mi compadre, sabe qué le pasaría, pues a esta hora ya hubiera llegado.

El compadre estaba en el pozo, él llevaba un tranchete y dijo:

—Compadre, ¿qué le pasó?

—¡Ay!, me caí en el pozo, sáqueme.

El compadre que saca el tranchete y que le mocha la cabeza y que se la lleva y ahí dejó el cuerpo. Entonces llegó a su casa y alzó la cabeza. Y luego en la mañanita, antes de que la comadre se levantara, le dijo:

—Comadre, ¿está dormida?

—Ya me ando levantando.

—Fíjese que a mi compadre siempre lo mataron, pero voy a ver que hay allá abajo donde están las autoridades, luego le vengo a avisar.

—Allá dijeron que el muerto estaba sin cabeza, ahora, ¿cómo lo conocemos?

—Pues lo vamos a poner en una camilla y lo sacamos por todo el pueblo y donde lloren ahí es la casa del muerto.

Entonces regresó el señor y dijo:

—Mire comadre, van a sacar a mi compadre por todas las calles, pero usted no vaya a llorar, porque a mí me van a hacer cargos y a usted también; no vaya a llorar.

Entonces cuando venían con el cuerpo, la comadre que se suelta a llorar, pero el compadre que ya estaba listo con ella, que vienen pronto y dicen:

—¿Por qué llora señora?

—¡Ay!, mire, llora por nada —contestó el compadre, pero la señora llorando; con una navajita le cortó el dedo al niño— nomás llora porque se le cortó el niño, dice que se le va a morir; yo la vine a consolar, es mi comadre, nomás que le digo que ese dedo no va a matar al niño, que no llore.

—No, denle pa delante, aquí no es, la señora llora por el niño que se acaba de cortar.

Pues anduvieron todo el pueblo y no pudieron dar de dónde era el muerto.

—Yo me voy comadre, voy a ver qué oigo.

Se fue y dijeron:

—Pues vamos ahora a arreglar el muerto. ¿Qué hacemos con él?, no pudimos dar con la casa, vamos a arreglarlo y a conseguir al sacerdote y a las monjas, para que vayan a arreglarlo.

Entonces oyó el compadre, se fue y llenó un morral con botellas de vino, llegó al panteón donde lo estaban velando.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

—¿Siempre no supieron de quién era el muertito?

—Pues no, no supimos.

—Y ¿ahora qué?, ¿lo van a sepultar ahorita?

—No, vamos a velarlo, quien quita y caiga un familiar aquí de él.

—Bueno, yo les vengo a ayudar a velarlo.

Luego que ya estaba nohecita, que la gente estaba empezando a cabecear, ya quería dormirse, que saca una botella y que les dice:

—Órale, no se duerman, hagan la noche, tengan.

Y de ratito:

—No se duerman, hagan la noche.

Hasta que los emborrachó bien a todos, luego que ya estaban bien borrachos y cayeron dormidos todos en el suelo; entonces sí que saca la cabeza, ahí la llevaba, y entonces la juntó con el cuerpo y no lo sepultó ahí donde lo iban a sepultar, se fue a buscar otra sepultura y allá lo sepultó él, y luego se vino para su casa. Así es que no pudieron dar con el ladrón porque la suerte a él le ayudaba.

Alicia Villarreal Britson (1963)

Ciudad Mante, Tamaulipas

Alicia frente al espejo

Alicia había sido de todo en la vida, pero más que nada había sido un personaje de una historia que ella misma se había inventado. Cuando despertó en aquel agujero profundo y oscuro no podía verse a sí misma, no veía sus brazos ni sus piernas ni su cara, sólo sabía que estaba ahí porque podía sentirse.

No recordaba cómo había llegado ahí, en qué momento, así que tuvo que sentarse un buen rato a pensar, olvidándose del frío y de la oscuridad que la rodeaba, para que a su mente regresaran poco a poco los recuerdos. Se vio caminando en un jardín hermoso lleno de luz y momentos felices y de pronto ¡pum!, se cayó en un hoyo, después había quedado como dormida por largo tiempo y de pronto se vio ahí.

Pensó si alguien habría notado que había desaparecido, que ya no estaba y se preocupó. No escuchaba a nadie gritarle o llamarla, y sintió miedo. No sabía si era

de día o de noche, sólo sentía la soledad, el abatimiento y se puso a llorar, lloró mucho, a ella le pareció un siglo.

Sabía muy bien que alguien se percataría de su desaparición y dejó de preocuparse.

Pensó en sí misma, como era en realidad y sonrió. Se acordaba de Alicia frente al mar, oyendo las olas golpear la orilla, y se descubrió dibujando con un palo su nombre sobre la arena, siempre le había gustado el mar, las gaviotas surcando los cielos en su volar pausado y rítmico, parecían suspendidas en el aire. Después se vio riendo a carcajadas, tanto que las lágrimas saltaban ridículamente de sus ojos como en una caricatura. Parecía como si una regadera de jardín quisiera vaciar su alma a borbotones. También se vio en la cama rezando su oración nocturna, caliente y protegida entre los cobertores. Mil facetas de Alicia pensó, pero la verdadera Alicia, ¿dónde está?

Trató de dormir. Dormir siempre era una forma de olvidar, de evadirse y de no pensar. Quería correr pero las paredes húmedas del agujero se lo impedían, trató de gritar, pero parecía que algo se le había atorado en la garganta y no podía emitir sonido alguno.

De pronto cuando pensaba que no habría nada más para ella, de algún lado, un rayo de luz entró al agujero, algo se presentó, la luz iluminaba una pequeña botella en el fondo del agujero, decía bébeme, pero ella no se atrevió, la tomó entre sus manos y se durmió. Se despertó con ella muchos días y muchas noches después. Tenía miedo de aventurarse con su contenido. Y si la hacía grande y no cabía en el hoyo... podría ahogarse

y si la hacía pequeña como en aquel cuento de Lewis Carroll, nunca podría salir. ¿Qué hacer? ¿Cómo escapar?, necesitaba que algo pasara, que algo la obligara.

Entonces lo vio, a sus espaldas donde brillaba la luz se encontraba un espejo. En el espejo vio por primera vez a Alicia la de verdad. A Alicia la que no quería ser vista o encontrada, la que secretamente se escondía. Era raro que apenas ahora notara el espejo, tal vez viéndose a través de éste podría saber quién era, cómo era, lo que representaba. No lo entendía, había perdido mucho tiempo, sólo tenía que ver hacia atrás y descubrirlo. Tal vez no era tan tarde, se puso frente al espejo, se observó y sin darse cuenta se puso de pie, pudo observar que el agujero era más pequeño que ella misma, se paró, sacó un pie primero y luego el otro, y al final salió.

Alicia Villarreal Britson (1963)

Ciudad Mante, Tamaulipas

Sabor a sal

Se levantó temprano en aquel lugar maravilloso, aspiró la brisa fresca y cristalina del mar. No recordaba nada más hermoso. En el mar, había vivido miles de experiencias diferentes y cada vez que escuchaba romper las olas en la orilla, podía recordar con lujo de detalles cada una de las sensaciones experimentadas; los olores, el contacto. Podía perderse admirando la forma en que el sol se reflejaba en las crestas de las olas; espuma blanca, olor a sal, humedad, arena.

Las sensaciones chocaban en su mente, se acordó del día en que dibujó una interrogación en la arena húmeda. Ese día lloraba sin cesar, se sentía perdida y confundida. Otro día, dibujó el sol y las gaviotas, ese día sentía que resplandecía, sus ojos brillaban y podía sentir la sal en su boca.

Le encantaba ver a la gente caminar y correr por las mañanas, chapotear en el agua. Era todo un es-

pectáculo ver las gaviotas aterrizar como planeadores blancos sobre el agua, picoteando las olas en busca de un diminuto pescado.

Había construido esa pequeña casita para cumplir uno de sus grandes sueños, escribir frente al mar. Siempre deseó pintarla con sus propias manos y adornarla con su gusto estrafalario de mil cosas distintas, sin estilos, sin modas que le ordenaran ser, y lo hizo. La casita era producto del sentir y no del ser. Por las mañanas al asomarse el sol, solía poner café, el aroma se mezclaba con el viento, caminaba con los pies descalzos para sentir la firmeza del piso bajo sus pies, eso la hacía sentirse segura y centrada, en comunión con la tierra.

Planeó una y otra vez su destino, pero el destino obró su magia por sí solo. Una vez escuchó cómo se rompía su corazón, se quebró en mil pedazos distintos, caprichosos. Trató de embonarlos durante muchos días y muchas noches, quiso coserlos, acomodarlos, sujetarlos con cintas de colores hasta que se dio cuenta de que no había necesidad de hallarles una forma determinada, el destino obró su magia por sí solo y le permitió reconstruirse, reinventarse. El resultado fue asombroso.

Dejó de necesitar y se dedicó a sentir y a querer. La brisa jugaba con su pelo, con sus pestañas, con su piel. Le producía cosquillas y le provocaba reír y cantar.

Por las noches, veía salir las estrellas una a una, casi sabía de memoria el orden en que aparecían sobre la negrura infinita. Se servía una copa de vino, pren-

día un cigarro y se dejaba arrullar por los sonidos, se perdía en los recuerdos, leía a Pablo Neruda a media voz saboreando cada verso, cada poema.

Hubiera querido que él estuviera ahí, a su lado pero se fue desvaneciendo hasta desaparecer y nunca volvió a encontrarlo, lo buscó debajo de la cama, en las fotografías viejas, entre la sábana y el colchón, pero no lo encontró.

Sentía nostalgia de otros días, de otros años, pero no tristeza. Estaba bien, entera nuevamente, lista. Había aprendido a disfrutar cada hora, cada minuto, cada segundo y fue feliz en aquel lugar de ensueño al estilo de los cuentos de hadas, por los siglos de los siglos... amén.

Eduardo Villegas (1962)

Palmillas, Tamaulipas

Huellas de gato

Se sabía herido, pero cuando observó sus manos sin huellas de sangre, recuperó la tranquilidad. Entonces decidió dar una vuelta más entre los pasillos. Puso mayor atención en las mercancías de los anaqueles, por si alguna llegaba a interesarle. No recordaba si traía dinero, pero en todo caso, no necesitaba nada de lo que vendían en ese sitio. Su preocupación era que alguien notara su salida del lugar con las manos vacías. Se volvería sospechoso, sobre todo si alguien recordaba su llegada atropellada, como si tuviera urgencia por encontrar alguna mercancía ubicada en los últimos mostradores. Al llegar al fondo del establecimiento, se quedó paralizado frente a la luz que enmarcaba los refrigeradores de productos lácteos y algunos perecederos. Su actitud de inmovilidad se desvaneció al descubrir con su mirada un paquete de carne. El semblante, siempre tan pétreo, se llenó de desconcierto. El rojizo

de la carne lo remitió de inmediato a la herida de su cuerpo. Así giró de inmediato para darle consuelo a su alma tan lastimada.

Desde un principio su buena fortuna se le hizo sospechosa. Pero su pareja, de quien no mencionaba el nombre, ni siquiera en pensamientos, había hecho su labor de convencimiento. El Mollejas siempre tenía puesta la mira en un buen golpe. Él fue quien lo convenció de unirse al grupo. Sin esa presión, Jerónimo hubiera seguido su humilde, pero segura carrera de ladrón. Se consideraba buen carterista, y desde que se juntó con el Mollejas, los atracos a casas habitación salían perfectos. Hurtaban sólo cosas de valor que se pudieran cargar fácilmente. Nunca desmantelaban una casa, porque era repartir el botín entre varios. Esta era una buena creencia: los robos deberían realizarse en pareja, para que no pesara tanto el dolor, de los que habían sido robados.

Ahora Jerónimo se encontraba acorralado, todo por el deseo de ampliar sus expectativas. La policía no lo sabía aún. Después de alejarse del lugar del asalto, se había dedicado a peregrinar hasta que sus pasos terminaron en esos pasillos donde quería mitigar su angustia. Pero sucedía lo contrario. Al llegar al fondo del súper —zona de los refrigeradores— encontró el paquete en una plancha de rejillas frías. El fondo era blanco y la carne estaba acomodada en pequeños trozos y envuelta en plástico. Una etiqueta indicaba los kilogramos y el costo del producto, pero nunca tuvo la intención de averiguarlos, porque al instante imaginó

que los trozos de carne comenzaban a sangrar y esa visión le hizo recordar su herida. No obstante el mareo y el temblor que lo agobiaba, observó sus manos con el temor de encontrar rastros de su propia sangre. La misma mirada que antes le brindó una visión aterradora, ahora no le descubrió nada. Tranquilo abandonó el fondo del establecimiento.

El momento de la carne sangrante quedó atrás. Caminaba de pasillo en pasillo, sin encontrar algo que pudiera interesarle. Sabía que no podía salir con las manos vacías; sobre todo después de tantas idas y venidas por esos pasillos atiborrados. Eran objetos y productos para otras personas. No tomaría cualquiera de ellos, tampoco levantaría sospechas al salir.

Necesitaba un producto con el cual pudiera dirigirse a las cajas registradoras, pagarlo y salir para perderse por esas calles por las cuales llegó. Siempre cargaba con un poco de dinero, sin embargo, en esta ocasión no recordaba si traía su billetera. Se palpó por encima de la chamarra y el pequeño bulto cuadrado le confirmó que era un tipo precavido. Gracias a la confianza adquirida cambió de idea. Enfrente se encontraba una panadería. Al principio se negó a entrar, porque estaba bastante iluminada y la clientela era escasa. El súper parecía mejor opción para proteger su huida: anaqueles altos y repletos de mercancías, una mayor cantidad de personas en el interior... Si se daba el caso de una persecución, los disparos tardarían en llegar... Podría tomar un rehén, pues contaba con su...

Nuevamente lo asaltó la incertidumbre, pues no sabía si contaba con su arma. Buscó entre su cintura. No la encontró. Entonces creyó recordar donde la traía. Revisó en su calzado desde el tobillo hasta la rodilla, y en efecto, en una de sus piernas sintió el bulto metálico. Nadie busca en esa parte del cuerpo. Al menos nadie lo haría al principio. Después, quizás lo harían en un cateo. La pistola estaba bien oculta, ni siquiera por casualidad notarían nada abajo de sus rodillas.

En la panadería había dos mujeres a cargo de las cajas registradoras. Sólo una de ellas levantó la vista al verlo pasar. La otra siguió atendiendo a los clientes. La sensación que experimentó al contemplar las charolas repletas de pan fue bastante agradable. Ahí no tardaría en encontrar algo que le gustara. Un recorrido sería suficiente para escoger, luego retornaría a las calles. Su buena suerte, se dijo, no podía traicionarlo.

Ni siquiera tuvo la necesidad de terminar el recorrido. Encontró un pastel pequeño, pero decorado con buen gusto. Sus ojos nunca lo engañaban, esa era una buena opción para salir. El pastel se veía realmente sabroso, como si alguien lo hubiera colocado ahí para él. Se acercó a la charola de plástico transparente pero, desgraciadamente, perdió un instante más contemplándolo. Cuando quiso extender las manos para tomarlo, el pastel se elevó por los aires y dejó de estar a su alcance.

—Yo lo vi primero, joven.

—No hay problema, señora; quédeselo.

—Entonces, ¿no quiso arrebatármelo de las manos?

—Claro que no. Sólo venía distraído y no la vi llegar.

—Gracias —dijo la mujer— ojalá encuentre otro pastel.

Jerónimo volvió a caminar con la certeza de que no encontraría nada de su agrado. Otra persona en su lugar se hubiera llevado cualquier cosa, con tal de no salir con las manos vacías, él no. No sentía ningún malestar. Tampoco la mujer le provocó ningún tipo de aversión. En otra situación la hubiera maldecido en el pensamiento. Concluyó su visita por la panadería, sin detestar a la anciana. Decidió entonces, que saldría con las manos vacías. No le importaría levantar sospechas. Pero antes de salir descubrió a la mujer tratando de cargar las bolsas del mandado. Sin pensarlo siquiera, se acercó a ella.

—Permítame ayudarla —dijo y enseguida cargó las bolsas.

—Gracias —respondió la mujer y le brindó una cordial sonrisa.

Jerónimo se percató de esa mirada, que siempre tendría presente, porque su dueña poseía unos ojos azules, que más parecían cristales del universo y cuya brillantez le mitigaba los odios que pudiera sentir.

—¿No encontró nada que le gustara? —preguntó la mujer.

—No, ya no quise seguir buscando.

Jerónimo caminó detrás de ella lleno de confianza. No se había sentido tan sereno desde mucho tiempo atrás. Cuando menos desde que se unió al grupo del Mollejas para asaltar restaurantes. Aquello comenzó

a ir bien después. Aparte del botín, encontró placer al tener a las personas llenas de angustia. Hasta que la tranquilidad se retiró cuando llegó el proyecto aquel. Uno que les dejaría muchos billetes. El Mollejas decía que no podía fallar. Sin embargo, los resultados no fueron buenos. Por suerte (siempre ella, esa esquina del destino llamada suerte), ahora estaba en la calle. Estaba al lado de una mujer, cerca de un cruce de vías y no había nada por qué temer. Le ayudaba a cargar las bolsas del mandado, y cuando pasaron delante de las cajeras, la mujer le cedió el paso y lo llamó “hijo”. La gente no olvidaría un detalle como ese y borraría cualquier sospecha de ser considerado un delincuente.

El auto de la mujer era un modelo antiguo. El vigilante del estacionamiento sostuvo la tapa de la cajuela, mientras Jerónimo acomodaba las bolsas. Luego la mujer depositó el pastel y cerró la cajuela, justo cuando Jerónimo lanzó un grito de dolor.

—¿Lo machuqué? —preguntó la mujer.

—¡No, es un viejo dolor de la cadera! —exclamó Jerónimo— Doña Brígida, ¿le ayudo para subirlo al coche?

—Sí, por favor —respondió la mujer.

Jerónimo escuchó que la mujer se llamaba Brígida. En medio de su dolencia, se encomendó a su buena suerte para que nadie viera la sangre. El vigilante la auxilió y entre los dos lo subieron al auto. Más adelante, abrió varias veces los ojos. Primero se vio en el asiento del auto. Brígida conducía con tranquilidad. Le cayó bien la mujer, aunque le resultaba molesta su respiración. El coche se detuvo en un alto y Jerónimo

se esforzó para mantener los ojos abiertos, pero su dolor aumentó tanto que imaginó que del semáforo goteaba sangre. Mientras mantuvo los ojos cerrados aminoró el sufrimiento. Luego sintió que Brígida lo tendía en una alfombra, que le extraía todo el interior de su cuerpo con murmullos. Cuando quedó vacío, sintió como si flotara. Así permaneció un tiempo incontable. Al abrir los ojos descubrió que un gato lo observaba detenidamente desde la ventana. Cerró los ojos sólo para abrirlos al instante y encontrar dos gatos en la ventana. Quiso negarse a mirar a los gatos pero, en cada ocasión que cerraba los ojos y los abría de nuevo, aparecía un gato más. Decidió mantener los ojos abiertos para evitar más apariciones. Su visión permanente fue la señal para que los animales descendieran de la ventana con un gracioso vuelo. Llegaron ceremoniales a la herida de su cuerpo. Sus lenguas le provocaron cierto alivio. Hasta que sintió asco de que estuvieran alimentándose con su sangre. No tardó en comprender que todo había sido un sueño provocado por la fiebre. Brígida le mostraba un algodón humedecido con alcohol para limpiarle la herida.

—Tranquílcese —dijo— la bala ya está afuera.

—¿Dónde?...

—Está en un aposento lleno de sombras, mismas que le ayudarán a recuperarse.

—¿No quiere saber quién soy?

—No hace falta. Sus hermanos me dijeron que estaba extraviado.

—¿Mis hermanos?

—Claro, mire cómo cuidan su reposo —y Brígida señaló a los gatos de la ventana.

Jerónimo quiso aclararle que no tenía hermanos, pero optó por calmarse. Brígida no lo había denunciado a la policía, cualquier otra persona lo hubiera hecho. Quizá está un poco chiflada —pensó— y no comprende que estoy armado.

—¿Dónde está? —preguntó alarmado.

—No se preocupe —dijo la mujer—; está en sus manos.

Jerónimo intentó levantar el torso. Pero carecía de fuerzas y ni siquiera pudo levantar la cabeza. Su ánimo comenzó a extinguirse junto con su conciencia. Permaneció en la cama arrullado por el ronroneo de los gatos. ¿Mis hermanos?, se preguntó. ¡Qué tontería! Se respondió al instante.

Al recuperarse se encontró desnudo en medio de la habitación. Como sentía el cuerpo fortalecido, se puso cualquier cosa encima y rengueando comenzó a salir de la habitación. La pierna herida le dificultaba caminar. Sin embargo, alcanzó la puerta. La abrió con cuidado y dio con un pasillo en penumbras. En un extremo vio un poco de luz y se dirigió hacia ella. Al llegar encontró a la mujer, estaba desnuda, su cuerpo tenía la belleza de una joven, pero su rostro estaba avejentado.

Jerónimo sintió el deseo de asesinarla. Primero le golpearía la cabeza con la pistola, luego escaparía de la casa. Claro, después de llevarse algunos objetos de valor, para que no pensarán sólo en el crimen.

Jerónimo no se consideraba un ladrón fracasado, pese al percance sufrido unas horas antes. Había logrado salir con vida del atraco. Esto marcaba una diferencia con el Mollejas, quien terminó con las piernas hechas pedazos. Seguramente ahora estaría en una loza metálica. Todas esas desgracias habían sido producto de su propia pendejez. Jerónimo siempre le había dicho que esos atracos no eran convenientes para unos rateros como ellos. El proyecto consistía en asaltar una pagaduría ubicada en un tercer piso, en una de las colonias más vigiladas. En ese lugar llegaba el dinero de unas cuantas empresas extranjeras, había dicho al Mollejas. El asunto es pan comido, está planeado por el comandante Jiménez, quien sabía todo sobre la seguridad del edificio.

—Yo no creo nada de eso. Los ricos, los verdaderamente ricos, saben proteger muy bien su dinero y no se atemorizan por un par de sujetos que, con pistola en mano, intentan llevarse su botín. A diferencia de los demás.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó el Mollejas.

—Los jodidos. Por ejemplo los pasajeros de un autobús. A ellos sí es fácil asaltarlos. Basta con amenazar al chofer, ponerles una pistola en la cara, embarrarles el culo en las manos para que sientan que uno se está cagando en ellos, pedirles que cierren los ojos, y al primero que desobedezca, ponerle un par de cachazos en el hocico, para que su sangre deje pendejos a los demás.

El Mollejas sabía que Jerónimo tenía razón, pues los pasajeros asaltados ni siquiera se asomaban por la

ventanilla, porque los balazos rompen cosas que nunca se vuelven a recuperar. Un buen amigo siempre los iba siguiendo detrás del autobús para recogerlos. Luego terminaba el asunto, dándole su parte al comandante Jiménez, quién los protegía más allá de su sector.

Apoyado en estos viejos recuerdos, Jerónimo recuperó su valor. Sólo esperaba empujar la puerta para deshacerse de Brígida quien, sin sospechar su presencia, comenzó a bailar. Los movimientos fueron borrando sus sentimientos de furia. Jerónimo no contaba con su pistola, tampoco con sus piernas sanas para entrar y patear a la mujer que bailaba. Tan fácil sería que ya cambiara su suerte, se decía.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Brigida sin verlo de frente.

Jerónimo respondió que sí, pero al dar el primer paso dentro de la habitación, la luz lo paralizó. Su piel, al igual que su mente, se llenó de una movilidad asustadiza. Un mareo inundó su cabeza y no tuvo otra opción mas que retroceder bajo la risa de la mujer y ante el dolor que le provocaba la luz.

—Será mejor que vuelvas al sitio asignado y que nunca más lo abandones. No habrá quien te defienda de la luz. No salgas del cuarto; los escombros de tu alma pertenecen a la oscuridad.

En su mente, mil voces llenas de rabia le decían lo contrario, pero retornó a su habitación. Ahí se tiró sobre la cama y trató de cerrar los ojos, para impedir que su llanto escapara. Sin embargo, su llanto brotó. No estaba solo en su tristeza, a través de la oscuridad y

de los cristales de la ventana, las sombras de los gatos iban y venían.

En Jerónimo resurgió la osadía para destruir a Brígida. Nunca supo cuanto tiempo había pasado desde su primer intento. No importaba. Se puso de pie y salió del cuarto de sombras. Llegó a la habitación, pero no la encontró. Recorrió la casa hasta que escuchó un canto. Siguiendo el origen de la tonada llegó frente al jardín. En efecto, desde un ventanal pudo contemplarla. Brígida cantaba en medio de la hierba crecida. Frente a ella había una pequeña fogata. Estaba desnuda y tenía en las manos la pistola. La mostró por lo alto hacia los cuatro puntos cardinales. Al terminar, la dejó caer encima del fuego.

Jerónimo quiso recuperarla y buscó la forma de llegar al jardín, cosa que le impedía el ventanal. Sólo cuando Brígida lo descubrió y le hizo señas para que la acompañara, sintió que avanzaba. Sin saber cómo, apareció junto a ella. Con la mirada buscó la pistola y la encontró derritiéndose. Cuando quiso meter las manos al fuego, en ese momento descubrió sus garras. Enseguida contempló su cabeza de gato en los ojos de la mujer. Escuchó también una voz que lo llamaba “michito”. No quería acercarse a ella, pero se encontró deslizando su lomo sobre las pantorrillas de esa mujer. Tampoco pasó mucho tiempo y subió a sus brazos, mientras la pistola se fundía. Brígida dibujó una figura de picos en la tierra y comenzó a verter el metal líquido, siguiendo las formas trazadas, hasta que se llenaron.

La mujer inició un baile, mientras Jerónimo continuaba en sus brazos convertido en gato. No supo su suerte hasta que la mujer le sujetó dos patas en cada una de sus manos y lo estiraba frente al cielo. Jerónimo comenzó a quejarse. Brígida lo sujetó del cuello, y al mismo tiempo, levantó del suelo la figura de metal ya frío. Sus ojos de gato descubrieron una estrella semejante a una figura humana, con un orificio en medio de lo que serían sus piernas. “Fabricué un collar con el arma, pero no lo pueden llevar los de tu especie. De todos modos te lo colgaré un rato”. Se lo colocó al cuello y Jerónimo se sintió herido. Utilizó sus patas para arrancárselo. Todo fue inútil y sólo consiguió herirse la cara. Brígida no estaba dispuesta a permitir que se quitara el adorno. Así que buscó un palo dentro del jardín. El gato descubrió la amenaza demasiado tarde y el primer garrotazo le cayó sobre el lomo. Trató de arrastrarse hacia la barda y justo cuando iba a trepar, otro golpe le quebró las patas traseras. Trató de huir hacia la azotea más cercana, pero sólo alcanzó para introducirse en medio de las paredes.

En este sitio perderé la vida, comprendió Jerónimo. Los policías me encontraran escondido en medio de dos casas. Ojalá me encuentren mal herido y quejándome de dolor, se dijo cuando recibió el cuarto golpe. Como no tendré la pistola en mi poder me acusarán de haberla arrojado durante mi escape, lo único bueno es que no disparé. Recibió encima otro golpe, el quinto, que le quebró varios huesos y varios pensamientos. No les costará trabajo averiguar que participé en el

atracó. Seguramente el comandante Jiménez grabó nuestros movimientos en los monitores y convencerá a la gente de que sus servicios de seguridad impiden cualquier intento de robo. El sexto golpe le detuvo la respiración y sólo alcanzó a pensar que hubiera sido mejor parar en la cárcel. El séptimo golpe le quebró la cabeza y sintió que la muerte era una luz intensa que llega rápidamente.

Brígida, por su parte, continuaba introduciendo el garrote entre los muros. Lo dejó caer repetidamente sobre el animal, hasta que ya no lo escuchó maullar. Entonces, se asomó por entre los muros y vio que el collar había sido su perdición. “Yo tenía razón —dijo—; es una prenda que no pueden llevar los de tu especie”.

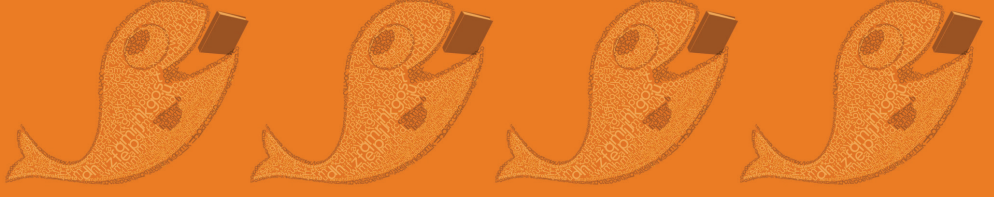
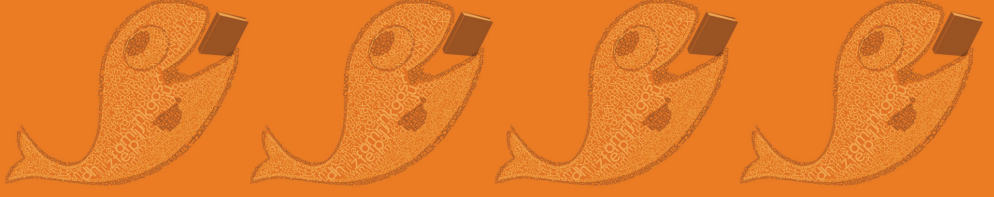
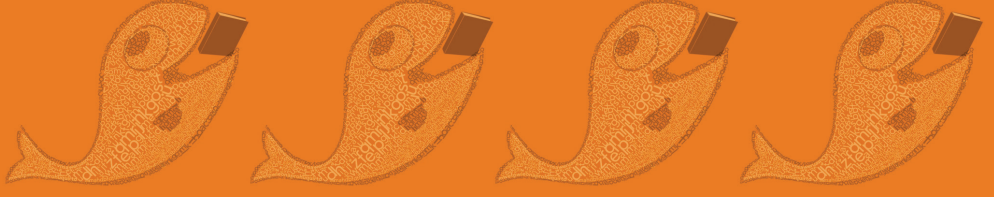
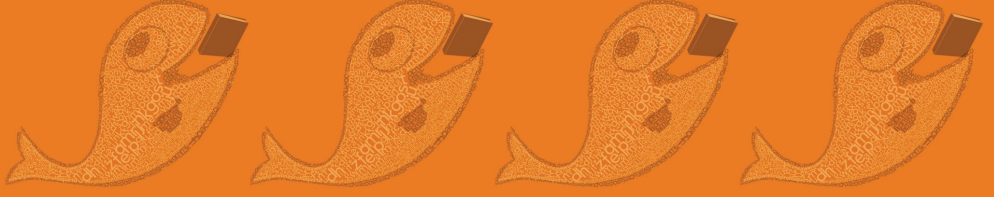
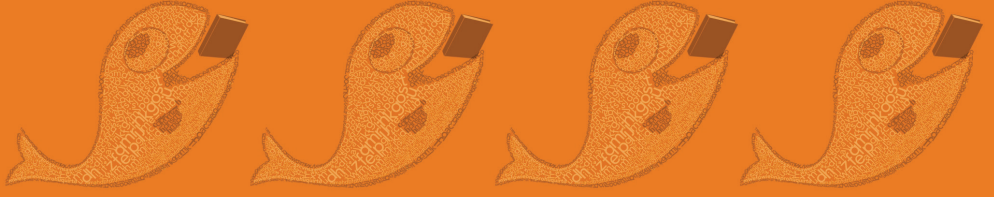
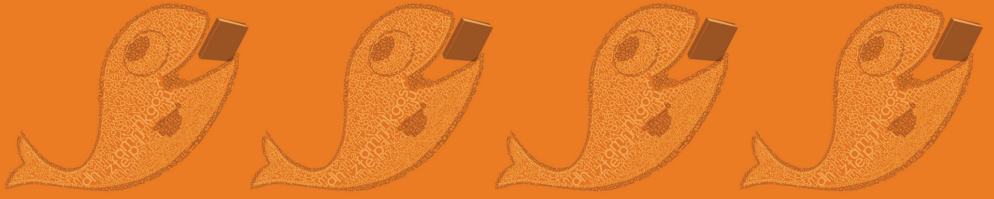
Índice

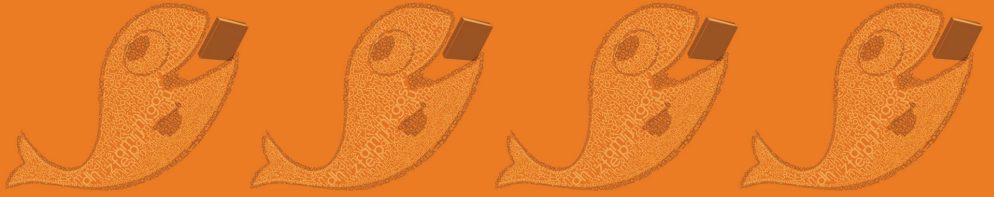
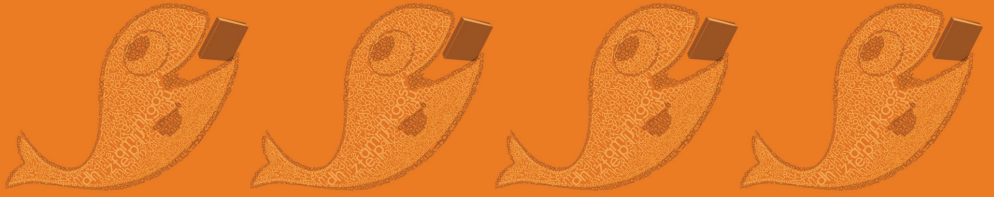
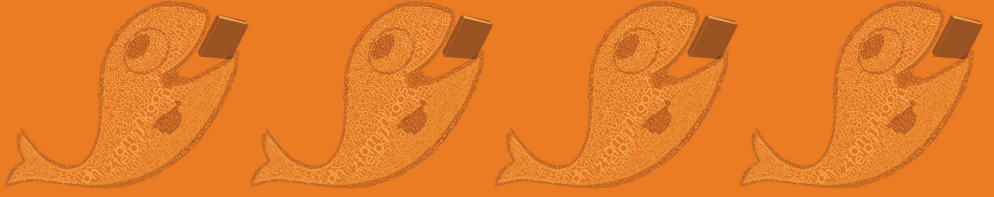
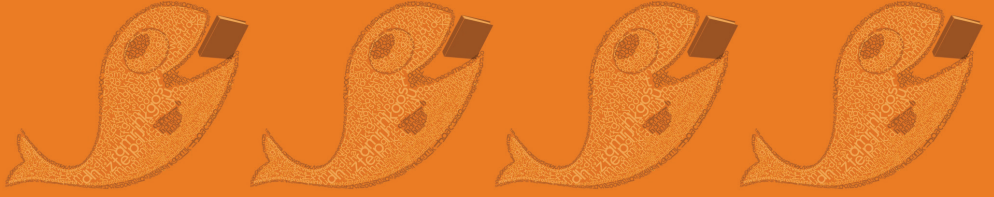
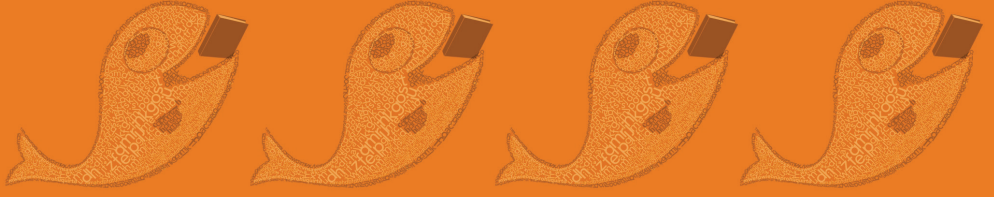
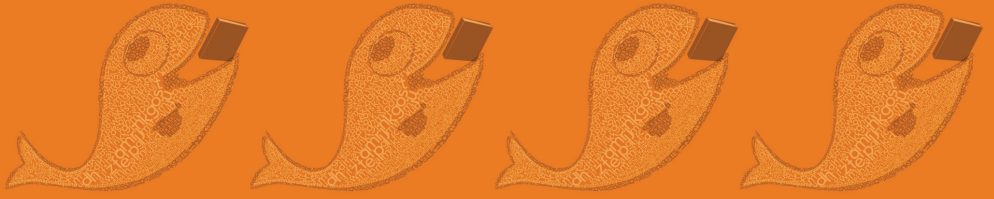
Carlos Acosta	
Irse es nunca volver	7
Y así con los ojos abiertos me encontró el amanecer	13
Rolando Aguilera	
Ellas	21
Marisa Avilés	
Mis zapatos	25
Aarón y Octaviano Camacho	
Del compadre creyente y del no creyente	29
Arturo Castrejón	
Una historia cotidiana	35
Graciela González Blackaller	
El enigma del consultorio	41
Norailiana Esparza	
Gotas de invierno	45
Juan Guerrero Zorrilla	
El refrigerador	53
El abanico sin aspas	57
Pedro Guzmán Reyna	
Las nupcias	61
Guillermo Lavín	
La máscara	65
Óscar Martínez Vélez	
De la luna o la ilusión de muchos calvos	75
Alejandro Merlín	
¿No me piensan matar?	79
El ciego	87
Orlando Ortiz	
La adopción	93
La niña	101
Julio Pesina	
Pastillas para el abandono	107

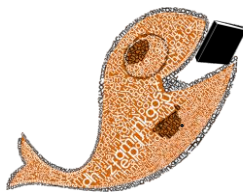
Juan Miguel Pérez Gómez	
Mal de amores	113
El pianista	115
Constancio Porras Botello	
La prueba del amor	117
Descenso	119
Graciela Ramos Domínguez	
Gente fina	131
Cristina Rivera Garza	
El desconocimiento	135
Ramiro Rodríguez	
Libres del Norte	147
Debajo de las piedras	157
Marcos Rodríguez Leija	
La dama del espejo	163
Federico Schaffler	
El delito	165
La traición	175
Altaír Tejeda de Tamez	
Salón Parasol	193
Los dos cartuchos	197
Norberto Treviño	
Mi urgencia es de vida o muerte	209
De regreso a casa	215
José Luis Velarde	
Más allá del Río Bravo	227
Bernardina Villanueva B.	
El cuento de la suerte	233
Alicia Villarreal Bricton	
Alicia frente al espejo	239
Sabor a sal	243
Eduardo Villegas	
Huellas de gato	247

Cuentos tamaulipecos

Este libro se terminó de imprimir el
10 de enero de 2013,
se utilizó la fuente Bookman Old Style.
Su tiraje fue de 15,000 ejemplares.







Porque **LEER**
nos hace
fuertes

EN TAMAULIPAS

**TODOS
A LEER**